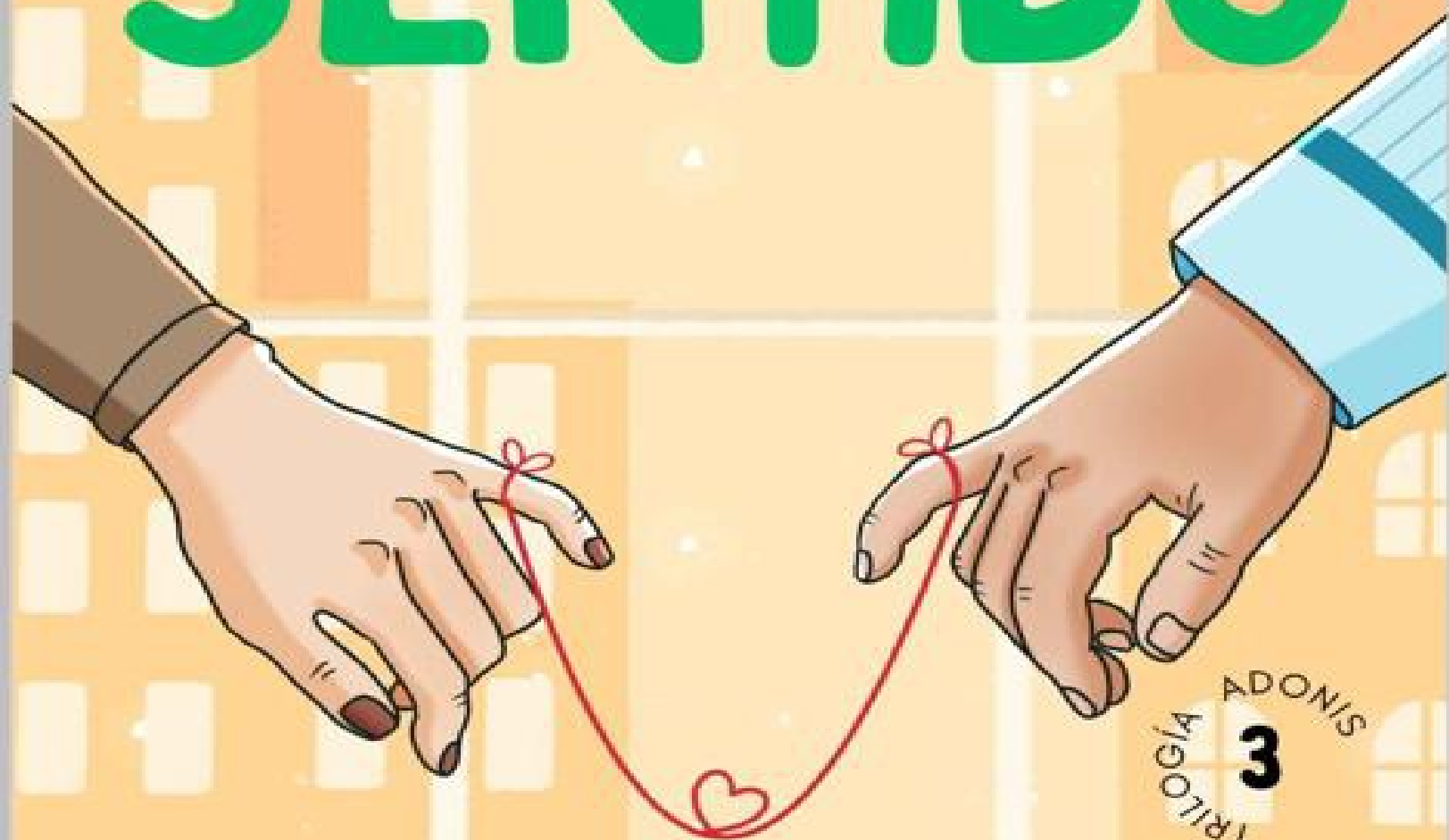


ESCRITORA LOLA POP

LO NUESTRO ES *un*

Sin SENTIDO



TRILOGÍA
ADONIS
3

[CAPÍTULO 1. NO SIEMPRE SE LLEGA](#)

[CAPÍTULO 2. BARCELONA](#)

[CAPÍTULO 3. CAFÉ PARA DOS](#)

[CAPÍTULO 4. TRAMPAS SIN SALIDA](#)

[CAPÍTULO 6. NO TE PERMITO](#)

[CAPÍTULO 7. PIES PARA QUÉ LOS QUIERO](#)

[CAPÍTULO 8. UNA NUEVA VIDA](#)

[CAPÍTULO 9. SOSTENERSE EN PIE](#)

[CAPÍTULO 10. UTOPIA](#)

[CAPÍTULO 11. UN DÍA EN FAMILIA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

TERCER LIBRO DE LA TRILOGÍA 'ADONIS'

Escritora Lola Pop es mi seudónimo. Publico textos en redes sociales como @escritora.lola.pop

La ilustración de las manos de la portada son de mi BFF. Podéis ver su trabajo en su Instagram @anime_erika_

El fondo amarillo que representa una ventana es de Canva, con autoría de Drawcee.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de la escritora o la ilustradora de la portada. Obra registrada en el Registro de la propiedad intelectual.

Se trata de una versión no revisada por editor profesional.

Esta aventura ha llegado a su fin.
Los sueños se cumplen.

CAPÍTULO 1. NO SIEMPRE SE LLEGA A TIEMPO

La ambulancia llegó en cuestión de minutos. Mario dejó de respirar y latir mientras recibía atención médica.

Corrí tras la camilla, salté dentro de la ambulancia y ocupé el asiento más cercano a él. Los médicos seguían intentando reanimarle mientras yo le rezaba al destino para que no me obligase a despedirme de él.

Sigo aterrorizada desde entonces.

— Carmen — me advierte el padre de Mario.

— ¿Cómo está? — Me acerco a ella a toda prisa — . Llévame con Mario. Llévame, por favor... Llévame hasta él — imploro.

— Está con el doctor Salas. El estado de Mario es demasiado crítico para recibir visitas.

— ¿El doctor Salas? — Javi se acerca.

— Están haciéndole pruebas, hijo. No puedo decirles nada más.

Esa mirada no me convence; siento que Carmen no nos está diciendo la verdad desde hace horas. Evita mirarme a los ojos, desviando la vista hacia otro punto de la sala de espera, cuando le pregunto por el estado de Mario.

— ¿Has podido estar con él, mamá?

— No, hijo mío. — Y esquivo de nuevo la mirada. Nadie se da cuenta de que ese tono y esa evitación no es creíble. Tengo el pálpito de que lo ha visto, ha hablado con él. Miente.

— Pobre chico mío... — se lamenta José.

— ¿Se va a...? ¿Se va a morir? — titubea Javi, asustado.

— Llegó al hospital muy mal — murmura Carmen — . No sé lo que va a pasar, pero hay que tener fe. Ojalá pudiese estar yo en su lugar, hijo. Confío en que luchará hasta el último segundo para mantenerse con vida.

He sentido el peso de la decepción y el desprecio de Carmen desde que llegamos con la ambulancia. Me apartó de Mario al llegar a urgencias y tomó la mano de mi adonis, arrancándomela prácticamente a manotazos. Sé que cree que no hice lo suficiente para salvarle la vida, solo que su marido y su hijo lo han dicho en voz alta, abofeteándome con sus duras acusaciones sobre mi modo de actuar.

— Nuestro hijo va a quedar bien, ¿verdad?

— Rezo para que así sea, José. Ojalá no quede postrado en una silla de ruedas.

— Hasta hace prácticamente 1 mes, Mario tenía una vida feliz y planes de futuro — se queja Javier.

Vuelvo a la silla donde he permanecido durante siete largas horas para no tener que escuchar de nuevo sus acusaciones sobre mí. Estoy agotada de las discusiones, los reproches y la culpa que cargan sobre mis hombros.

José se sienta en la silla que queda a mi lado.

— Ni siquiera sabía que esto iba a pasar cuando lo vi tumbado en el suelo — musito.

— Debiste llamar a la ambulancia.

— Cómo te atreves a seguir hablándome así.

— Llamaste a mi esposa para que ella se encargase. A Mario le iba de segundos. — Suspira sonoramente y deja caer su peso en el respaldo de la silla — . Son justo los segundos que ahora le faltan.

— No quise ponerlo en peligro.

— Siempre que apareces, a Mario le ocurre algo malo. Es todo lo que sé.

— ¡Respiraba cuando llegué! Decía cosas ... y yo... yo... luego, yo...

— Lola, basta. — Se sienta en una silla más alejada de la mía poniendo distancia entre nosotros — . Basta. No quiero revivir un pasado que a todos nos duele mucho.

— ¿Crees que yo quiero verlo así? — Lo encaro, enfurecida.

— Da igual lo que yo crea. Lo importante es que Mario se dé cuenta cuanto antes de lo mucho que le perjudicas.

Y yo no puedo cumplir mi promesa de perdonarles, después de hacerme responsable de la salud de mi adonis. Observo a Carmen y José: siento que se victimizan de algo que ellos mismos han provocado, mientras yo soy la cabeza de turco.

— Vuelvo a urgencias para hablar con el doctor Salas — anuncia Carmen.

— Gracias — le responde José.

— Mamá, intenta verle — insiste Javier.

Ni siquiera me miran. No he recibido un solo abrazo por su parte al verme llorar desconsolada por el estado de mi adonis. Me han hecho sentir una mierda desde que coincidimos en la sala de espera.

— Espero que algún día os deis cuenta del daño que le hacéis a Mario — musito.

Cuando Carmen pasa frente a Javi, acaricia su mejilla con ternura. Él, sin embargo, sigue mirando sus deportivas, cabizbajo, victimizándose de lo ocurrido. El desgraciado ha llegado al hospital fumado de marihuana hasta las cejas y con la ropa oliendo a alcohol. Al no ver a Carmen, se ha quedado arrinconado en la pared del fondo de la sala de espera, como si su padre y yo no estuviésemos ahí.

— Y tú deberías darte cuenta de que esta familia quiere lo mejor para mi hijo.

Freno mi respuesta en cuanto José, con ciertas dificultades para ponerse en pie y dar los primeros pasos, se encamina hacia el pasillo que da a la cafetería, dejándome plantada con la palabra en la boca.

Pasa por al lado de su hijo mayor, pero no lo acuna como Carmen lo hace.

— ¡Lola! — Meli y su marido entran a toda prisa en la sala de espera.

La hermana de Mario tiene la cara empapada en lágrimas, está muy pálida y se toca el vientre mientras recupera la respiración en cada sollozo.

— ¿Quién te ha llamado? — se sorprende José. Detiene sus pasos justo delante de su hija — . ¿Qué haces aquí?

— ¡Meli! — Me pongo en pie para recibirla.

— Oh, Lola... — Corre hacia mí y se lanza a abrazarme con fuerza — . Dime que está bien.

— No sé nada todavía.

— ¿Has cogido un avión en este estado? — le reprocha José.

— Papá, ¿por qué si Lola no me llama no me entero de algo tan grave? — le recrimina enfurecida — . ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡No me puedo creer que me hayas alejado de esto!

— No queríamos alterar tu estado. — Señala el vientre de Meli.

— ¡Se trata de mi hermano! Maldita sea... ¡Papá, sabes lo mucho que significa Mario para mí!

— Para todos nosotros significa mucho, Meli.
— Entonces, deberías haberme llamado como al resto de la familia — le reprocha mientras desvía la vista hacia Javier.
— Será mejor que me marche a la cafetería — masculla José.
Meli vuelve a prestarme atención al ver que su padre le da la espalda.
— ¿Estás bien, Lola? ¿A ti te ha pasado algo? — Inspecciona mi aspecto — . ¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Ha sido con el coche?
— Había salido a comprarle algo para desayunar y al volver a casa ya estaba en el suelo. No sé qué le ha pasado. Estaba bien, creo. ¡Te juro que no sé qué ha ocurrido!
— Menos mal que estabas allí.
— Tengo miedo. Meli, Mario estaba muy mal en la ambulancia.
— Dios..., solo de pensarlo... — Me aprieta contra ella con más fuerza y llora desconsoladamente sobre mi hombro — . Imagino a mi hermano sufriendo y... — El llanto le impide seguir — . Gracias — solloza.
Su cariño y comprensión es lo que he necesitado estas malditas siete horas de hospital.
— Te juro que hice lo que pude por salvarle — suplico que me crea.
— Lo sé, lo sé — solloza.

Zarandean mi brazo. Abro los ojos lentamente, parpadeando varias veces hasta enfocar mi vista al frente.
— Lola, despierta. — Escucho la voz de José.
— ¿Qué pasa? — Busco al dueño de la voz — . ¿Dónde...? ¿Qué?
José está justo frente a mí, de pie.
— Es Mario.
— ¿Qué? — Escapo un quejido al notar unos agudos pinchazos en mi cabeza — . ¿Me he quedado dormida?
— Para eso te di la pastilla — dice Carmen. Está justo detrás de mí.
— Joder... — Gruño — . Me duele mucho la cabeza.
— Mario está en planta — dice José.
— ¿Está bien? ¿Está...? ¿Mario está bien? — Siento mi lengua adormecida y la garganta seca — . Solo te pedí un ibuprofeno. — Suelto un quejido — . ¿Qué coño me has dado?
— Miro a mi alrededor, completamente aturdida y desubicada. La sala de espera está vacía — . ¿Qué hora es? — Intento mirar mi reloj, pero la vista nublada cruza las manecillas y los números.
— Las once de la noche.
— ¿Las... once? — Masajeo con fuerza mi sien y muerdo mi lengua para despertarla — . ¿Cuánto he dormido?
Javi está al lado de su padre mirándome de mala gana. Remarca su malestar cruzando los brazos sobre el torso y ladeando su peso.

— Doctor — le da paso José al hombre de bata blanca que está justo a dos pasos de mí. Ni siquiera me había percatado de su presencia.

— Lamento lo que les está tocando vivir. — El médico hace una pausa para acabar de leer algo de la carpeta que tiene entre sus manos — . Las pruebas realizadas nos han dado indicadores claros de lo que le ha ocurrido. Con los últimos resultados, — Desvía su mirada hacia Carmen, esperando que ella le de paso para seguir. Ella asiente con la cabeza — , podemos asegurar que el paciente ha sufrido un infarto cerebral.

Me dejo caer en el respaldo de la silla al escuchar el diagnóstico. Esa noticia me ha abofeteado con fuerza.

— Mi hijo ha sufrido un ictus — aclara la madre de Mario.

— ¿Un ictus? — pregunta un asustado Javier.

Esa palabra me rompe el corazón.

— Pero..., mi hijo se cuida — cuestiona José — . Hace deporte, come sano, no fuma... No lo entiendo. ¿Por qué?

— Por lo visto, ha estado sometido a mucha presión — aclara el doctor — . Por lo que me ha contado Carmen, Mario ha estado quejándose de dolores de cabeza muy intensos, pérdida momentánea de la visión, parte de su cuerpo adormecido y problemas en el habla en momentos puntuales. Su cuerpo le estaba mandando señales que no ha escuchado lo suficiente.

Esa lista de dolencias las conozco a la perfección. He visto cómo Mario iba sumando más y más dolor a medida que pasaban los días. Yo tampoco escuché las señales.

— ¿Acaso no tenemos pruebas suficientes de que la historia se repite, mamá? — interviene un enfurecido Javier — . ¡Mi hermano no se merece esto!

— Calma, hijo.

— Mamá, ¿qué hay de sus viajes a Barcelona? ¿Qué hay de que está llevando una vida que no le conviene? ¿Lo sabe el doctor Salas? — Alza la voz y crecen los pinchazos en mi cabeza.

— Ahora no es el momento de esto — masculla Carmen.

— ¿Qué está pasando aquí? — interrumpe Meli, llegando a la reunión.

— Meli — pronuncio a duras penas.

El británico le sigue los pasos con dos vasos de té en las manos.

— Hija, calma. Tenemos el diagnóstico de tu hermano — aclara Carmen.

— ¿Vas a dejar que ocurra otra vez, mamá? — continúa un sulfurado Javier. Masajeo mi sien — . Mi hermano estaba bien hasta que ella ha... — La madre de Mario alza la mano para que se calle.

— ¿Qué coño estás diciendo? — le reta su hermana.

— ¡Lola lo altera! — me sentencia el mayor. Cierro los ojos con fuerza tras su grito — . Cuando ella aparece, mi hermano siempre cae al pozo. ¡Parece que soy el único que protege a Mario de ella! Doctor Salas, ella debe irse. ¡Debe irse!

Abro los ojos lentamente. Meli tiene las mejillas encendidas y mira de reojo a su padre y su madre, que observan el melodrama del cretino del mayor.

— ¡El que debería irse eres tú! — grita la hermana de Mario.

— *Honey* — susurra el británico al ver que su esposa empieza a tener mala cara. Meli niega con la cabeza — . *Honey* — insiste su marido.

— ¿Cuánto tiempo va a estar en el hospital, doctor? — balbuceo. Me pongo en pie y me dirijo al de bata blanca, sujetándome con los respaldos de las sillas.

— Mínimo once días.

— Once días — pronuncio en un suspiro.

— Si Mario vuelve a estar al mismo nivel de estrés, padecerá otro infarto cerebral — aclara — . Por el momento, ha tenido bastante suerte de que haya sido transitorio. Es mejor no tentar a la suerte exponiéndose del modo al que ha expuesto en los últimos meses. Quiero decir que solo una persona podrá entrar a verle. Es mejor que todo vaya poco a poco.

— Mamá — se queja Javier — . ¿Vas a dejar que ella entre en la habitación?

— Carmen, sabes lo que es mejor para él — sigue José.

Ahora entiendo las ganas de huir de Mario. Todo encaja: él y yo, juntos en Barcelona, disfrutando de una vida sin órdenes y sin prohibiciones.

Esas maletas y esas cajas que quería empaquetar cuanto antes, no solo son un acto de amor, son la paz que necesita para resurgir.

— He pensado que mejor entre yo en la habitación, cuando despierte — propone Carmen mirándome de reojo.

— No, mamá.

— Meli, escucha a tu madre.

— Lola, para Mario eres muy importante — se dirige a mí — . ¿Cómo no te va a ver a ti primero?

— Es que...

— Mi hermano querrá estar contigo — interrumpe mi titubeo — . Estará asustado.

— Ya has oído al doctor — respondo sin fuerza en el timbre — . Necesita una vida tranquila, sosegada.

— Eso eres tú — masculla mientras controla de reojo a su madre — . Lola, ella lo va a empeorar; sé de lo que hablo.

— Tengo que pensar en lo que necesita él. — Masajeo de nuevo mi sien.

— Te necesita a ti ahora mismo. Sé que es lo que quiere — insiste.

— Quiero que esté recuperado del todo para marcharnos a Barcelona. Si me ve...

— Mario ya tiene su cabeza en Barcelona desde hace semanas. No deja de hablarme de eso. El color de las paredes, los paseos por la gran avenida, la comida que te hará los domingos... Sé todo lo que sueña.

— Meli, es una imprudencia — interviene José.

— ¿Quieres usar tus remedios, papá? — le reprocha alzando la voz.

— *Honey, please.* — Acaricia su hombro el británico.

— Me quedaré aquí, todas las noches, aunque tenga que pasar las madrugadas despierta en estas sillas de la sala de espera, hasta que él esté con fuerzas para el reencuentro — cedo a las órdenes de esta familia — . De lunes a viernes, tomaré un tren de vuelta a Barcelona, todas las mañanas, para trabajar. Por la tarde, volveré aquí para esperar el día en el que pueda entrar sin ponerle en peligro.

— No hace falta — me reprocha de mala gana Javier — . Mi madre se ocupará de todo.

— Sí, Lola — le da la razón Carmen — . Podemos llamarte para informarte de todo. Así no tienes que venir todos los días. Cuando tenga el alta ya os veréis.

— ¿En serio, mamá? — le reprocha Meli — . ¿Qué coño pretendéis? ¿Sabéis cómo se va a sentir Mario si no ve a Lola? ¡Parece mentira que aún no sepáis cómo piensa!

— Mario pasará unos días en casa después de estar en el hospital, hija. — Carmen sigue haciendo planes por mí — . Será lo mejor para él. Reposo absoluto. Con su familia — masculla.

— ¿Te crees que Mario va a querer dormir en esa casa? — Suelta una irónica carcajada — .

¿Sabes por qué durmió en un puto hotel cuando se separó de Helena?

— Para ti no seremos de la familia, pero para él sí — le espeta Javier — . Muy bonito el marcharse a otro país dejándolo solo y darnos lecciones a nosotros.

— Serás... — Cuando Meli va a dar un paso al frente, la tomo del brazo y la detengo con las pocas fuerzas que tengo.

— Mario vendrá Barcelona en cuanto esté recuperado, os guste o no os guste — anuncio José y Carmen fruncen el ceño — . Basta de decidir por Mario y por mí. — Miro a su padre, luego a su madre, y, por último, a su hermano mayor — . No voy a discutir una sola coma de lo que acabo de decir.

— Bien dicho — musita Meli.

— Carmen, esta vez no voy a quedarme callada como cuando era una cría de dieciséis años.

— ¡Mario no quiere ir a Barcelona!

— ¿Le has preguntado a él, José? — le reto.

— ¡Conozco perfectamente a mi hijo! ¡Lo de Barcelona es una estupidez! Mario tiene su vida aquí: trabajo, amigos, a nosotros...

— Un trabajo de mierda que lo ha llevado directo a esa camilla de hospital — respondo con vehemencia.

— No lo has escuchado en la vida, papá — le espeta Meli — . Sé que Mario va a decir su nombre en cuanto abra los ojos. Mamá no es la más indicada para...

— ¡Soy la más indicada, hija! — Carmen tiene las mejillas encendidas y aprieta fuerte sus dientes — . Esto se trata de la vida de Mario, no la tuya. ¿Acaso no te das cuenta de lo que supone un ictus? ¿Crees que podría mandar una ambulancia, allí donde esté, si estoy en Madrid?

— ¿Se lo dices a la persona que lo salvó de quitarse la vida, mamá? — Las caras de todos cambian a una de estupefacción — . ¿Dónde estabas tú en ese momento? — Carmen se hace pequeña. Ese recuerdo ha ido a darle duro — . ¿Y vosotros dos? ¿Dónde coño estabais cuando se estaba quitando la vida? Tú de fiesta por algún bareto de mala muerte, y vosotros trabajando de más para no tener que llegar a casa y lidiar con él. — Mira a su padre y a su hermano — . ¿De qué os sirvió la puta puerta abierta todo el tiempo? — Se me encoge el estómago solo de pensar la soledad que sintió mi adonis con estos tres — . ¡Yo fui la que lo sacó de la peor decisión de su vida! ¡Yo! ¡Yo lo salvé! La misma a la que le reprocháis que esté en otro puto país. La misma que ha tomado el primer avión para ver a su hermano, sin importarle su propio estado. Mi hermano va por encima de todo, ¿entendéis?

— *Honey* — intenta detenerla su esposo.

— ¡Me tienen hasta el coño con sus prejuicios! — rechaza la calma de su marido — . Hemos tenido una infancia de mierda. Dejad, al menos, que tengamos una adultez feliz.

— ¡Basta! ¡Te hemos dado todo, para que ahora nos faltes así al respeto!

— ¿Todo, papá? — pregunta con incredulidad — . Claro... — masculla — . Le has dado todo a Javier. Mario y yo hemos tenido que hacernos a nosotros mismos, solos. Nos hemos pagado los estudios, hemos conseguido un trabajo, una casa... mientras este imbécil malgastaba lo que nos pertenecía.

— ¡Cómo te atreves! — grita José.

— Ayudad a Javi antes de que acabe tirado en una cuneta. ¿No veis su aspecto? — Lo mira con desprecio — . Javi, más vale que Mario salga de esta, porque es el único que cuida de ti, a pesar de todo lo que le has hecho. Sin el dinero que te pasa a fin de mes, no podrás saldar tus deudas. — A Javier se le cambia la cara a una desconcierto — . ¿Creías que no lo sabía?

— No sé de qué me hablas.

— ¿Qué dinero? — pregunta en un hilo de voz su madre.

— Javi, si él vive, tú vives, cariño — dice irónicamente Meli. Sonríe de lado, victoriosa — . Yo no voy a darte una sola moneda para esa gentuza a la que le debes dinero. ¿Por eso quieres que viva? ¿Eh?

— ¿De qué está hablando? — titubea José.

— De nada — masculla el mayor.

— Disculpe, doctor — se excusa apresuradamente Carmen, agarrándole del brazo en un gesto cariñoso — . Estamos todos muy nerviosos por lo ocurrido. Mi hija no sabe lo que dice.

— *Honey, listen.*

— *I'm fine.* — Suspira sonoramente en una expresión de alivio.

— Vamos a la cafetería, Meli — la invito a alejarse de esto — . Cálmate. No vale la pena.

— Ojalá mi hermano sepa lo zorra que llegas a ser — le espeta el mayor.

Me acerco, imponente, crecida, y pego mi cara a la de Javier después de insultar a su hermana.

— ¡Madura de una puta vez!

— Dios santo — murmura José.

— Brava — me halaga Meli.

— Si eres valiente para las deudas, sé valiente en el trato a tu hermana — le reprocho con toda la rabia que siento dentro .

— ¿De qué habla, hijo? — cuestiona José.

Vuelvo a encarar al doctor.

— ¿Puede decirle algo a Mario, de mi parte? — El médico controla de reojo a Carmen, pero acaba por asentir con la cabeza comedidamente — . Dígale que somos un equipo. Él sabrá a lo que me refiero.

— Necesito un té, Lola — me abraza Meli — . Salgamos de aquí, por favor.

Acompasamos los pasos hacia el pasillo que se aleja de la sala de espera. Peter nos sigue, cabizbajo.

CAPÍTULO 2. BARCELONA

Durante el viaje en tren de vuelta a Barcelona, despejé mi mente y empecé con los bocetos para Utopía.

— ¿Preparadas para organizar una fiesta de ensueño? — nos recibe una entusiasmada Ivone.

— Me muero de ganas de verlo todo — gime Catalina.

— ¿A qué esperamos, entonces? — Mi diseñadora favorita abre las puertas de entrada al local.

Con la libreta en la mano, reviso los detalles de la primera estancia.

Catalina y Mai observan lo que les envuelve, con la boca y los ojos bien abiertos. Giran sobre sus pies, alucinadas con el alto techo.

Ivone, que ya conoce bien Utopía, prepara su bloc de notas para apuntar mis propuestas; es inmune a la belleza del lugar.

— Estamos en la entrada donde se recibe siempre a los invitados. — Adopta el rol de guía turística — . Mostrador, espacio para hacer cola, la puerta de acceso a una de las salas...

— Señala los espacios con el bolígrafo — . Disponéis de ello solo para el segundo día. — Se coloca sus enormes gafas negras estilo aviador — . Dime, Lolita: soy todo oídos para ti.

Observo las paredes, las ventanas que dejan pasar la luz del día, y las vigas de metal que toman camino hasta el techo.

— Me horroriza el mostrador de madera conglomerada que rompe con la personalidad de un buen recibimiento — aclara Ivone. Me conoce demasiado.

— A esta sala la llamaremos la Sala de los encantos — anuncio.

A Mario y a mí nos gustaba pasear por la Feria de Belcaire, un viejo mercado de cacharros y piezas singulares, cerca de nuestra casa. Nos perdíamos por entre los estrechos pasillos de las viejas paradas. Quiero que esa Barcelona esté aquí, con nosotros, el día de la fiesta.

— Dime más... — gime Ivone, burlona.

— Quiero lámparas distintas, de luces tenues, por toda esta estancia. Alturas distintas, formas distintas, bellezas distintas, épocas distintas... — Observo el boceto que tracé en el tren — . Así tendremos a los invitados cautivados y deseosos de hacerse fotografías entre esas lámparas.

Mario se reía de mí cuando intentaba encenderlas a escondidas del dueño de la tienda. Ninguna estaba enchufada a la corriente, pero yo retaba al azar, solo por escuchar sus carcajadas.

— Buah, jefa... — murmura Mai — . Ya lo estoy viendo.

— Esta estancia no hace más de... ¿Ivone? — cuestiono los datos que tengo.

— 32 metros cuadrados, para ser exactos.

— Perfecto — musito.

— Lolita, ¿jugarás solo con la calidez de las luces para crear ese momento tan íntimo y personal? — Alzo la vista de mis notas y sonrío de lado — . Suéltalo, maldita.

— Despertaremos la necesidad de mordisquear los bombones de Cócó — aclaro — . Esas pequeñas y deliciosas piezas de chocolate estarán en unas preciosas ensaladeras y soperas Churchill que me prestarás de tu fabuloso taller. Estarán estratégicamente colocadas en un mueble bufé restaurado, al alcance de los invitados que quieran saciar sus primeros deseos, entre

las lámparas más singulares.

— ¿Sin platos? — cuestiona Catalina — . Se les deshará el chocolate en las manos.

— Mai, haremos unas bolsitas de papel con estampado en imitación de baldosas hidráulicas del estilo de los suelos de las casas modernistas de nuestra ciudad. Estudia con el equipo los modelos de la época.

— Fascinante — me halaga Ivone mientras anota en su bloc.

— Sí, jefa.

— No había pensado en algo así — responde una entusiasmada Catalina.

Abro paso, decidida a presentarles otra de mis declaraciones de intenciones. Mai, Catalina e Ivone me siguen de inmediato.

En el punto más céntrico de la estancia, reviso mis bocetos para ser precisa.

— 357 metros cuadrados — se avanza Ivone.

— Bien — musito.

Ante nosotras tenemos una estancia cuadrada, con paredes desgastadas y una gran estructura de hierro que sustenta el alto techo. De las vigas que atraviesan de punta a punta la estancia, caen enormes lámparas estilo industrial, en tono cobrizo. El suelo que pisamos sigue manteniendo las roídas baldosas.

Mai y Catalina se pasean por la sala, disfrutando de la bella estructura de la fábrica textil.

— Cat, esa esquina y esa pared quiero que estén llenas de plantas. Potos, ficus, lenguas de suegra, cintas, árboles fruteros, olivos... en macetas viejas, con rastros de humedad del riego. Mucha variedad de ellas.

— Hablaré con el dueño del vivero con el que trabajamos la última vez. Ajustaré el precio con él.

— Mai, en esa pared, — Señalo con el bolígrafo — , quiero que haya distintos marcos de madera, de la época, pintados de colores vivos. Quiero que la gente se haga fotografías con ellos, enmarcando la diversión de la fiesta. Pensemos en la sujeción.

— Tengo algunos marcos viejos en el taller. Están algo desgastados y los iba a tirar, así que... todos vuestros — propone Ivone.

— Me valen — acepto — . Luego, quiero bancos de madera justo ahí. — Señalo la esquina donde irán los asientos y los marcos viejos.

— ¿Estilo industrial, Lolita?

— No, he cambiado de idea. ¿Tienes en el taller algún banco estilo urbano? Ya me entiendes.

— Creo que alguno tengo por ahí, sí — responde pensativa — . Me quedé algunos que tiraron con las obras que hicieron hace un tiempo en la avenida Diagonal.

— ¿Color marrón?

— Deja que lo mire y te envío fotografías por correo electrónico.

— Seguimos. — Las llevo a la entrada de otra pequeña sala a la que suele asignarse la guardarropía en los festivales que se organizan en Utopía — . Os presento la cocina. — Les cedo el paso.

— ¿Y dónde van a cocinar? — cuestiona Catalina.

— Comida para llevar en una preciosa bolsa de papel que mi arcoíris y yo vamos a diseñar para estampar las bocas de la campaña de Cócó.

— ¿Y la zona de bebidas? — pregunta Ivone.

— ¿Qué tal está Toni?

— Soy sierva de tu cabeza llena de confeti — se burla — , ¿querrás que también llame a Tom

Cruise y venga a servir copas como en la película? — El sarcasmo de Ivone arranca risotadas.

— Me vale con Toni.

— ¿También serán bebidas para llevar?

— ¡Jamás un gin-tonic en un vaso de plástico! — se exalta Ivone.

— Tendremos vasos de verdad — aclaro — . Toni estará justo al salir de esta sala, sirviendo las bebidas en un mostrador.

— ¿Alguna idea? — pregunta Ivone.

— Tengo que visitar tu taller.

Las guío hacia una zona de paso entre salas. Es una pequeña estancia sin demasiados metros cuadrados. Está entre mi sala favorita y la zona ajardinada.

— Esta será la sala de las constelaciones.

— ¿Constelaciones? — pregunta una desconcertada Catalina — . ¿Vas a convertir a los invitados en astronautas? — pronuncia entre risas.

— En esa pared quiero instalada una cortina de luces Led, muy pequeñas, como si fuesen constelaciones en plena noche. Jugaremos con el contraste de la pintura negra de la pared y la intimidad que busco para nuestros invitados.

— Sigue — me alienta Mai.

— Necesito sofás rojos, Ivone. ¿Qué hay en tu taller?

— Creo que solo tengo una butaca de ese color.

— ¿Compro fundas? — pregunta Catalina.

— Sí, tomaremos medidas de los sofás que tiene Ivone y les ponemos esas fundas.

— Perfecto. — Asiente mi mano derecha.

— Crearemos cajas de metacrilato como mesas de centro — sigo listando los elementos — . Cat, busca qué puedes encontrar. — Vuelve a asentir con la cabeza — . Dentro de las cajas quiero libros de segunda mano, abiertos, con las páginas desgastadas por su uso. La cubierta debe ser de color verde manzana, llamativo. Introduciremos más luces Led pequeñas para alumbrar las páginas y darle vida a ese color.

— ¿Qué representa todo esto? — pregunta Ivone.

— El día más bonito de nuestra ciudad: San Jorge.

— Rojo, verde y los libros — musita Mai.

Emprendo camino hacia la zona ajardinada, animándolas a seguirme. Mai y Catalina cuchichean por detrás de Ivone mientras mi diseñadora de interiores escribe más y más detalles de mis directrices. Es la primera en acceder al jardín y tropieza con el bordillo. Consigue estabilizarse sin quitar la vista de sus notas.

— Cuidado, niña.

— No te preocupes; sigue, Lolita.

— El director de marketing de Cócó...

— Es decir, Mario... — me corrige Catalina, risueña.

— Eso es. — Sonrío lo más que puedo para no preocuparla. No sabe lo que ha ocurrido con él — . Mario fue expresamente a la fábrica donde se realizan los bombones que ahora publicitamos. Quiso conocer de primera mano el producto que vendía, como si lo hiciese con sus propias manos. Probó uno por uno, les puso el nombre en función de lo que le hacían sentir y dirigió a los maestros chocolateros para la creación de cuatro bombones nuevos de la caja.

— ¿Vas a montar una puta fábrica de chocolate? — pronuncia entre risas Ivone.

— Algo así... — Trago en gordo para rebajar mis ganas de llorar al pensar en esos cuatro

bombones que significan tanto para él y para mí — . Quiero enormes piezas industriales de metal. — Carraspeo con fuerza para bajar esa sensación incómoda que se aferra a mi garganta. Ivone frunce el ceño y entrecierra los ojos al verme sufrir. Desvío la mirada a mis bocetos — . Pondremos todas esas piezas de metal colocadas por todo el jardín. El encaje debe simular, de forma abstracta, un espacio industrial. Barcelona fue la cuna de la industria, así que invitamos a... a... — Niego con la cabeza para quitarme la imagen de nosotros dos dándonos de comer esos bombones — . Fuimos la sede para las grandes industrias.

— ¿Dónde se sentarán? — Catalina gira sobre sus pies para buscar mesas y sillas por alguna parte.

— Los invitados vendrán aquí para tener un espacio para comer, charlar y tomar el aire fresco. Quiero *food trucks* cocinando salado y postres con chocolate de Cócó. Podrán sentarse en sillas y mesas metálicas, siguiendo con la línea de las enormes piezas.

— De esas tengo a patadas — aclara Ivone.

— ¿Qué tal unas luces colgando de punta a punta? — propone Mai — . Ivone, ¿tienes algunas que parezcan más industriales, siguiendo el estilo que dice Lola?

— Me parece fabuloso — acepto.

— Creo que tengo algunas de alguna boda que he organizado, pero tendría que mirar los metros. — Revisa la distancia entre los muros.

— En cuanto a los *food trucks*: hamburguesas, nachos con guacamole, patatas bravas... — lista mi mano derecha.

— Hay que tener en cuenta la hora — cuestiona Ivone — . Quizás vienen ya cenados.

— Cierto — murmuro. Ese detalle se me había pasado.

— Contrato más dulce que salado y busco una idea más de resopón o snacks rápidos, que de cena — propone Catalina.

— Bien, sí.

— Un momento: ¿acaso no habrá música? — se sorprende Mai.

— Lamento ser una aguafiestas, pero los cinco minutos que me permitió mi amigo están llegando a su fin — nos advierte Ivone.

— Vayamos a la oficina y comentamos lo de la música. Tenemos mucho por hacer. Ivone, hablamos mañana, ¿vale?

Catalina y Mai se avanzan mientras comentan los detalles.

Ivone detiene mis pasos.

— ¿Qué ocurre, Lola?

— ¿Qué?

— No has..., bueno..., no has estado como siempre.

Acaricia mi brazo para darme espacio. Suspiro sonoramente y niego con la cabeza, molesta conmigo misma por no poder controlar esta sensación de miedo que tengo dentro.

— Mi niña, ¿qué te ocurre? — susurra mi amiga.

— Mario está en el hospital. Ha sufrido un ictus.

— ¡Dios santo! — Se lleva las manos a la boca — . Cielo, no imaginé que... — Se lanza a abrazarme.

— Tengo que hacer esto por él. — Me tiembla la voz — . Por los dos.

— Mi niña. — Me abraza con todas sus fuerzas — . ¿Estás bien para liderar algo así?

— No, no estoy bien. — Lloro de agotamiento, de tristeza y de miedo. No he dormido apenas en tres días — . Lo siento si no he estado muy profesional con lo de... Con esto.

— Eh, Lola, no digas eso. Claro que has sido profesional. — Vuelve a mirarme a los ojos al deshacer el abrazo — . Estoy aquí contigo. Voy a ayudarte en todo. — Apoya su frente sobre la mía — . Te quiero, cabeza de confeti. — Acaricia mis brazos — . Estás temblando. Calma.

— Tengo miedo de que no salga bien lo de Mario.

— ¿Por qué no te pides unos días en el trabajo? Tienes mala cara.

— No puedo, debo seguir con esta mierda de fiesta.

— Lola. — Deja espacio entre nosotras y peina algunos de mis cabellos pegados a mi cara — . Necesitas una pausa. Necesitas descansar. Estás muy nerviosa. Calma.

— No he podido verlo. No me dejan entrar en la habitación hasta que no esté más estable. — Detiene el paso de sus dedos, desconcertada — . Necesito saber que está bien. — Lloro al pensar en el doloroso rechazo de su familia — . Me quedo en la cafetería del hospital toda la tarde, pensando en él. Estoy cansada de estar sola.

— Lola, no quiero que enfermes. Para.

— No sé si puedo con esto, Ivone. Echo de menos a Mario; abrazarlo, besarlo y escuchar su voz. Necesito ver con mis propios ojos que está bien.

— ¿Por qué no iban a dejar entrar a un ángel como tú? — Acuna su voz mientras me seca las lágrimas de las mejillas.

— Su familia me detesta.

— Eso es imposible.

— Pues me odian.

— Nadie puede pensar eso tan malo de ti.

— No puedo dejarle solo, en cama. — Me seco las lágrimas con el reverso de la mano, brusca al enfadarme conmigo misma por ser tan débil — . Nos ha costado mucho llegar hasta aquí. Mario no se merece lo que le ha pasado. ¡Es muy injusto!

— ¿Qué vas a hacer, entonces? ¿Vas a acabar en cama tú?

— Tomar ese tren todos los días, Ivone. Es lo único que hace que me ponga en pie y siga con mi vida.

— ¿Me prometes que si estás mal le darás el proyecto a Mike?

— Odias a Mike.

— Lo trataré con voz de mando — pronuncia entre risas.

— Necesito hacer esto, Ivone. Lo entiendes, ¿verdad?

— Desgraciadamente, sé que hablas en serio. Anda, boba... te invito a un café con un chorrito largo de alcohol. — Me abraza por los hombros y besa mi mejilla. Vuelven a empaparse mis mejillas al llorar desconsoladamente — . A falta de poder invitarte a una copa en un bar maloliente a los que nos lleva Alexia, espero que te sirva eso. Tú deja que Cat y Mai vuelvan a la oficina mientras tú y yo ahogamos esas penas. Moveré mi agenda para que me cuentes todo eso que apaga el color del confeti que tienes en tu cabeza.

— ¿La fiesta que he organizado es horrible? Dime la verdad.

— No, para nada. Creo que va a quedar estupendo. Puliremos algunas cosas cuando vengas al taller, pero, conceptualmente, me parece brutal.

— Ni siquiera sé si Mario va a poder estar el día de la fiesta — balbuceo, presa del llanto — . Ojalá pueda verlo.

— Seguro que conoce tu cabecita y se imaginará lo que vas a lograr aquí, niña. Eres extraordinaria como organizadora de eventos. Ten por seguro que esto es directamente un cambio a un trabajo mejor. Mandaré las fotografías a mis contactos. Te lloverán las ofertas, cielo.

— En Madrid me siento sola, Ivone. — Me dejó llevar por su compañía.

CAPÍTULO 3. CAFÉ PARA DOS

— ¿Lola? — Me sorprende el doctor Salas justo frente a mi mesa.

Lleva una bandeja llena de comida hasta los topes.

— ¡Doctor! — Trago rápidamente la comida de mi boca — . ¿Cómo está? — Me apresuro a pasar el pollo empanado por mi garganta.

— ¿Puedo sentarme contigo? ¿Estás ocupada? — Señala la silla frente a mí.

— Deje que... Lo siento, soy algo desordenada. ¡Sí, siéntese, por favor! — Retiro mis libretas, mis rotuladores, las bolas de papel arrugadas y los platos de comida que he dejado a medias — . Listo, por favor, tome asiento. Será un placer tener su compañía.

Reposa su bandeja y toma asiento. Me muestra una sonrisa espléndida.

— ¿Has estado aquí toda la tarde? — Señala las bolas de papel.

— Sí, preferiría evitar encontrarme con el padre de Mario o con Carmen en la sala de espera.

— Hoy Carmen no tenía turno de tarde. Le he dicho que se fuera a descansar y dejase un poco tranquilo a su hijo. A José no lo he visto desde el domingo.

Con meticulosidad, coloca sus cubiertos a la derecha, su vaso desechable al frente, el postre a la izquierda, y desenrolla la servilleta para reposarla en sus piernas, evitando manchas en su impoluta bata blanca.

— No has cenado apenas. — Me observa por encima de la montura de sus gafas, que descansan en el puente de la nariz — . No puedes dejar de comer.

— ¿Cómo tolera esta comida? Llevo cinco días comiendo esto, y es horrible.

— Me dejé la comida en la nevera. Yo también soy algo desordenado. — Me guiña el ojo.

Observo mi alrededor. Las mismas caras desde hace días a la misma hora; solo tazas de café en la mano.

— Todos salen a comer a los bares cercanos. Es una mejor opción que este pollo. — Arruga la nariz al mirar mi plato.

He hecho un destrozo con la pieza de carne.

— Seguro que ha visto peores pacientes, doctor — bromeo.

— ¿Qué hay sobre ti? ¿Eres ilustradora o algo así? — Señala los dibujos en mi libreta con la punta del cuchillo.

— Soy diseñadora gráfica. Trabajo en una agencia de publicidad. Mario es mi cliente, además de mi pareja.

— Oh, eso no lo sabía. Mario debe tener suerte de vivir con alguien tan... colorida... como tú. — Muerde una croqueta — . ¡Arg! ¿Son de setas? — Mira el interior de la masa — . Mierda, las pedí de cocido. En fin, tengo tanta hambre que me valen. — Se la lleva entera a la boca y mastica con disgusto — . Terrible — balbucea.

— ¿Cuántos años lleva trabajando en este hospital?

Le ofrezco mi plato de patatas fritas. Toma un puñado, agradecido.

— Una vida entera. Me quedan un par de años para jubilarme.

— ¿Cómo conoció a Mario?

— ¿Qué sabes de él?

— Sé todo lo que le pasó cuando era un crío.

— Llegó aquí siendo un adolescente al borde del abismo. Por aquel entonces yo no tenía canas. — Suelta una sonora carcajada — . Le hice muchas pruebas en su peor momento de vida. Creo que fui un becario muy curioso. Conozco todos los detalles de esa cabeza que ahora ha estallado en mil pedazos.

Me ofrece un pellizco de pan. Tomo el trocito y me lo llevo a la boca, hambrienta.

— ¿Cree que yo altero a Mario? Sea sincero, por favor.

— Estás actuando de forma desinteresada. Eso me dice muchas cosas sobre ti y de lo mucho que puedas llegar a amar a Mario. Otra hubiese aporreado la puerta de la habitación. — Suelta otra sonora carcajada mientras enrolla meticulosamente los espaguetis en las púas del tenedor — . Me alegra que tenga a su lado alguien como tú, con ese respeto y con esa capacidad de empatía en los peores momentos. — Se lleva los espaguetis a la boca — . Es imposible que puedas hacerle daño actuando así — pronuncia a duras penas con la boca tan llena.

— ¿Por qué no me deja verlo, entonces?

Mastica lentamente. Deja pasar la comida por su garganta mientras prepara otro bocado en el tenedor.

— Dígame la verdad, por favor — insisto en tono suplicante — . ¿No me quiere ver? — Niega con la cabeza — . ¿Se ha olvidado de mí? — Niega con la cabeza, nuevamente — . ¿Ha perdido la memoria?

— La cabeza de Mario tiene una explicación muy lógica que aquel doctor que le atendió no quiso escuchar de un novato como yo, al igual que no me quiso escuchar su madre y su padre. El chico estaba desesperado por entenderse a sí mismo, así que tuve que explicárselo yo, que no era mi trabajo, en realidad. Mientras Mario entendía su diagnóstico, sus padres fueron mal asesorados y sufrió las consecuencias durante años. José y Carmen no pudieron hacerlo peor.

Reflexionando sobre sus palabras, caigo en la cuenta de que él tiene todas las respuestas que siempre había buscado.

— ¿Me apartaron de él cuando llegó a Madrid?

— No me corresponde a mí decirte esto, Lola.

— Necesito saberlo — suplico — . Usted vio cómo me trataron el otro día, doctor. — Deja de limpiarse la boca con la servilleta y me mira fijamente a los ojos — . Y usted también tiene la respuesta, ¿verdad?

Deja la servilleta sobre la mesa y baja la mirada al plato. Contengo la respiración, temiendo lo que viene a continuación.

— Mario siempre estuvo al margen de las decisiones que tomaron durante aquellos duros meses — musita — . Como ahora, Lola. Te aseguro que, si dependiera de mí, habrías entrado en esa habitación la misma noche que abrió los ojos.

— ¿Cómo dice? — titubeo.

Se lleva otra croqueta a la boca; mantiene la mirada fija en mí mientras mastica.

— Mario ha mencionado tu nombre innumerables veces, incluso cuando no tenía fuerzas ni para hablar. — Relame su dedo manchado de bechamel.

— ¿Por qué no he podido verlo, entonces?

— Porque él no sabe que estás aquí.

Esa revelación me deja petrificada. No parpadeo, contengo la respiración y evito tragar saliva.

— Su memoria está intacta, Lola. Eso es lo que más enfurece a su familia.

— Pero sigo aquí. — Una lágrima resbala por mi mejilla — . Esperando poder entrar.

— Él no lo sabe. Cree que estás en... ¿Barcelona? ¿Era allí donde vivías? — Asiento apenas moviendo la cabeza, atónita — . Si el paciente solicita una vista, estando consciente y en plenas facultades para decidir, esa persona puede entrar incluso si sus padres se oponen. Pero si el paciente no sabe las opciones, simplemente espera.

— Le han mentido.

— Han omitido información, más bien. — Chasquea la lengua en el paladar en un gesto de fastidio — . Pregunta por ti y no obtiene respuestas completas: dicen que estás en Barcelona justo cuando pronuncia tu nombre, pero nadie le dice que vienes todas las tardes sin falta.

Más lágrimas caen por mis mejillas mientras veo al doctor preparar un bocado en su tenedor.

— Doctor, ¿puedo pedirle un favor?

— ¿Traerte un *tupper* la próxima vez? — dice entre risas.

Él es el que puede ayudarme a comprender, desde el punto de vista médico, lo que pasa por la cabeza de Mario.

Me mira por encima de la montura de sus gafas al ver que me sumerjo en mis pensamientos.

— ¿Puede explicarme cómo funciona la mente de alguien como Mario?

— ¿Como Mario? — Frunce el ceño.

— Necesito comprender a la persona con la que voy a pasar el resto de mi vida. Sé sobre su diagnóstico.

— Oh, ya veo... No soy experto en eso. Hace años, conecté con ese chico asustado, y sigo conectando, sin explicación. — Se encoge de hombros para restarle importancia — . Carmen me pidió que hablara con él sobre su infarto cerebral. Temía que el doctor Albeniz no tuviera tacto. Lola, yo no soy su doctor, y nunca lo he sido.

— Si entrase en esa habitación, ¿empeoraría su estado al verme?

— No. De hecho, está fuera de peligro.

— ¿Le basta con que le invite a un café en compensación por robarle su tiempo? Estoy gastándome el sueldo en viajes de tren, no cobro mucho y ...

— Un café bastará — interrumpe mis disculpas antes de llevarse el tenedor a la boca.

Suspiro de alivio.

— ¿Podré ver a Mario esta noche, doctor?

— No hay nada que impida tu entrada si él nos lo pide.

— ¿Cómo se va a enterar? Ni siquiera me ve. Estoy en la cafetería todo el tiempo. — Señalo las cuatro paredes que nos rodean.

— Hoy no está Carmen.

— No.

— Entonces, simplemente entraré a desearle una buena noche, preguntarle cómo está y decirle que he estado cenando contigo en la cafetería del hospital. Si él pide verte... — Me guiña un ojo, travieso en el gesto.

— Gracias. Gracias, gracias, gracias.

— Debes tener en cuenta que no será capaz de mantener una conversación como esperas. Pronuncia sílabas de manera incoherente, y apenas se le entiende con la cánula. Está muy débil y se cansa rápidamente. Lola, no finjas que no ha sufrido un ictus; es un adulto y no debes sobreprotegerlo. Si no puede hablar con claridad, no debes ocultárselo. — Me interpela con el tenedor — . Este ha sido un golpe duro que nunca olvidará. Está asustado, pero debe aprender de ello para no volver a meterse de nuevo en la boca del lobo.

— Entendido, doctor. Seguiré todas sus indicaciones.

He querido entrar rápidamente en la habitación, pero el doctor Salas detuvo mis impulsivos pasos y me ha llevado de vuelta a nuestra conversación de la cafetería, donde me ha dado pautas para afrontar la salud de mi adonis y no temer a su fragilidad. He entendido por qué Mario siente una conexión especial con él.

Una luz blanca ilumina la habitación. Mi adonis está recostado bocarriba, con la sábana cubriéndole hasta medio cuerpo, y la cabeza apoyada en dos almohadas.

— Mario — susurro.

Al escucharme, gira su mirada hacia mí. Nuestros ojos se encuentran.

— Eh..., adonis..., ¿cómo te sientes?

Aparto la vista hacia el esparadrapo y la gasa que cubren la entrada de la vía en su brazo izquierdo. Esa es la que no debo tocar en ninguna circunstancia al abrazarlo. Él mueve la mano e intenta levantarla, pero carece de fuerza para responder a las órdenes de su mente.

— Lo... — Intenta pronunciar mi nombre, pero no lo consigue.

Finalmente, desiste al no poder levantar la mano.

El doctor Salas me ha dejado claro que antes de acercarme a la cama debo revisar todos esos dispositivos que le rodean: observo la cánula nasal que le pasa el aire que necesita para seguir respirando de manera estable a través de una máquina, y luego el monitor que controla su ritmo cardíaco.

— Estaba deseando verte. Me moría de ganas de entrar y decirte que te amo.

— Te... — La cánula resuena mientras aspira aire con fuerza.

— Lo sé, lo sé. Tranquilo.

Las pantallas comienzan a mostrarme evidencias de que reacciona rápido a mi presencia. Las cifras se elevan.

— Te he echado tanto de menos, adonis. — Deslizo mis dedos por su cabello, disfrutando del tacto de sus mechones entre mis dedos. — Te amo, te amo, te amo. — Mario recibe mis caricias mientras sus signos vitales indican que está acelerándose — . Sh..., calma... He estado en la cafetería todo este tiempo. Todos los días. Estaba esperando que me permitieran verte.

Observo su aspecto: su rostro está pálido, los párpados casi cerrados, marcadas ojeras bajo su mirada y sus labios cuarteados.

— Hola. — La barba empieza a cubrir su mandíbula, el espacio entre la nariz y su labio superior, y alcanza la comisura de sus labios — . Estoy aquí.

La herida de la ceja está cubierta con un apósito del tamaño de la palma de mi mano; solo un puntito de sangre me recuerda la imagen de la herida empapando mi manga mientras venía la ambulancia a socorrerlo.

— ¿Te duele? — Rozo suavemente mis labios en el apósito — . Besaré todos los días la cicatriz.

Reviso rápidamente sus signos vitales.

— Lo... — Es incapaz de pronunciar mi nombre. Está más debilitado de lo que me imaginaba — . L... — Su voz no es la usual; grave y profunda — . Lo... — Sus ojos se humedecen al darse cuenta de que no puede hacerlo.

Intenta levantar la mano, pero no puede, y termina por rendirse una vez más. Una lágrima escapa de sus ojos y recorre su mejilla hasta toparse con el tubo de la cánula.

— No te preocupes, Mario. Te siento conmigo. No fuerces las palabras.

Me acomodo entre su cuerpo y la cama. Acaricio los lunares que recorren su clavícula y parte del hombro que le queda al descubierto. Deposito un beso en el rabillo de su ojo. Absorbo sus sentimientos, su dolor, su tristeza por no poder expresarse. Se deja llevar por mis muestras de cariño y comprensión.

— No he dejado de pensar en ti ni un solo instante. Puede que no escucharas en la ambulancia, pero no dejé de decirte que todo saldría bien. Recé al destino para volver a verte sano y salvo.

— Lo... — Su voz se quiebra.

— Tú y yo nunca hemos necesitado palabras para entendernos. Ahora no puedes hablar con claridad, así que mírame, mírame mucho. ¿Comprendes a lo que me refiero?

Abre la boca de nuevo, pero solo logra emitir un quejido. Sus cuerdas vocales se resisten. Más lágrimas caen por sus mejillas hasta la cánula.

— ¿Sabes que no voy a separarme de ti ni una noche de hospital? Te lo prometo. Me subo al primer tren que tenga billetes disponibles solo para poder saber de ti.

Otra lágrima desciende por su mejilla, acompañada de un leve temblor en su barbilla. La cánula nasal resuena cuando intenta respirar con fuerza. Observo sus signos vitales, que indican que su ritmo cardíaco está acelerándose demasiado. Coloco mi mano en su torso, que sube y baja de manera exagerada. Su corazón late rápidamente. De nuevo, escucho el sonido de la cánula nasal resonando en su nariz.

— Controla esto que estás sintiendo ahora, por favor... Todos creen que te estoy haciendo daño. — Observo el monitor; las cifras aumentan demasiado rápido — . Debes mantenerte tranquilo para que me dejen estar más tiempo contigo. Calma... — suplico — . Puedes lograrlo... — Beso su frente mientras de reojo vigilo las cifras que tanto me preocupan — . Ya has superado lo peor.

El doctor Salas me indicó cuándo retirarme a tiempo para pedir ayuda a las enfermeras si Mario comenzaba a empeorar.

— Mi chico listo, sé que puedes hacerlo. Adonis, recuerda... — Su ritmo cardíaco se acelera y la máquina emite un pitido — . ¿Recuerdas cuando nos colamos en el parque de atracciones del Tibidabo? Éramos unos críos sin una moneda en el bolsillo — apresuro a narrar un recuerdo feliz, como me dijo el doctor, para estabilizar sus latidos — . Nos habíamos gastado todo el dinero en chucherías y chocolates, así que tuvimos que entrar a escondidas. La primera atracción que quisiste probar fue la de las sillas voladoras. Barcelona bajo tus pies. — Más lágrimas caen por sus mejillas y le cuesta respirar — . Recuerdo que te agarré la mano. — Intento entrelazar nuestros dedos — . No la solté desde entonces, a pesar de los años que estuvimos separados. Mucho menos te la voy a soltar ahora. — Las cifras del monitor descienden lentamente y su respiración comienza a estabilizarse — . Sigue así, por favor. — Aprieta ligeramente mis dedos — . Mientras estábamos subidos a esas sillas voladoras, estaba enamorada del chico que miraba al infinito creyendo que tenía el mundo a sus pies. Aún tienes todo eso bajo tus pies, Mario. Nada puede contigo. Recuerda cómo te sentías al estar viendo todo desde otro punto de vista. Es lo que debemos lograr: buscar otras perspectivas en la vida.

— Lo... — pronuncia con mucha dificultad.

— Barcelona, tú y yo.

— Bar...

— Lo sé, lo sé. Ya falta menos, adonis. Barcelona será toda tuya.

— Te... a... — Pero es incapaz de unir las letras y gruñe, frustrado consigo mismo.

— Mario, solo a ti te quedaría bien esta bata de mierda. — Suelto una discreta carcajada. Al oír mis risas, mueve ligeramente la comisura de sus labios, como si sonriera — . Lo estás haciendo muy bien. Sonríe para mí, vamos. Sonríe, por favor. Me encanta verte bien.

Compruebo el monitor: son cifras estables.

De ciencias no entenderé, pero de conocer a la persona que amo, sí. Esas estúpidas máquinas no van a separarme de él ni un segundo más.

CAPÍTULO 4. TRAMPAS SIN SALIDA

Es mi tercer café esta mañana. Mis ojos se cierran y no puedo parar de bostezar.

El timbre del teléfono interrumpe otro de mis largos bostezos.

— Recuerda que tienes un despacho con paredes de cristal. Te veo desde mi mesa, leona — me regaña Catalina — . Tienes una llamada urgente.

— ¿Qué querrá Pablo? ¿No puede dejar descansar a su esclava?

— Esta vez es una llamada de Manuel de Cócó. Lo he sentido algo extraño. No sé...

— ¿Manuel? — balbuceo mientras termino el bostezo — . Hablé con él hace un par de horas y parecía estar bien. Pásamelo. — Bostezo nuevamente.

— ¿Te paso la llamada o prefieres que se te metan las moscas en la boca?

— ¿Puedo elegir? — Mis ojos se llenan de lágrimas con el último bostezo.

— ¡Obvio que no! Te paso la llamada, leona.

— Sí... — Agito la cabeza para despejarme — . ¿Hola?

— Buenos días, Lola. ¿Cómo estás?

— Oh, bien, bien.

— Disculpa que te moleste.

— No importa. ¿Suced algo?

— ¿Tienes un minuto? Quisiera comentarte algo que me tiene preocupado.

— Claro, dime.

Reposo mi cabeza sobre la mesa. Sé que todos notarán que estoy agotada, pero me suda el coño lo que piensen de mí a estas alturas.

— Estoy lidiando solo con todo esto de la campaña. — Parece agobiado — . Soy de finanzas, Lola, y no tengo ni idea de nada de lo que hace Mario. Creo que voy a estropearlo todo.

— ¿Necesitas ayuda en algo en específico? — Me acomodo más en la mesa — . Dime.

— Siguiendo las indicaciones del documento explicativo de Mario, que son muy claras, al parecer no debíamos haber recibido la cartelería de muestra esta mañana.

— Los carteles ya están en proceso de impresión.

— ¿Estás segura?

— ¿A qué te refieres?

— No estoy convencido al ver estas muestras.

— Yo supervisé todo. — Cierro los ojos unos segundos.

— He recibido dos carteles, y al ver la calidad de impresión, deja mucho que desear. Me da cuenta de la discrepancia con el plan de Mario. — Abro los ojos, sorprendida — . No entiendo mucho de esto, pero las letras, la imagen, el tamaño... No parece el estilo de Mario. Según lo que sé, tampoco es el tuyo. Me extraña que él haya aprobado esto, con perdón. No es que menosprecie tu trabajo.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Estás segura de que tú has visto estos carteles y coinciden con el diseño que acordasteis?

— Sí, muy segura.

— Lola, entonces, ¿por qué has cambiado la idea? No tiene nada que ver con los diseños de la

primera reunión. No sé cómo expresarte cómo me siento al respecto.

— ¿Cómo? — Parpadeo rápidamente para despejarme — . Los he mejorado.

— Esto no es una mejora.

Me enderezo de nuevo. Manuel está siendo muy crítico con mis diseños; no es su estilo dirigirse a mí así.

— La mujer con el collar de perlas y...

— ¿Perlas? — interrumpo apresuradamente — . ¿Qué perlas?

— Las perlas. Las joyas, Lola.

— Espera.

Me lanzo sobre el ratón y busco entre las carpetas de mi ordenador. El archivo de Cócó definitivo no tenía ningún detalle con perlas. Abro el documento y examino el diseño de las bocas, pasando lentamente para detectar cualquier cosa que pudiera confundir a Manuel.

— No me malinterpretes, Lola — dice afectado — . No es que esté en contra de las perlas, es solo que estas muestras me parecen muy distintas al diseño urbano e impactante que prometisteis. Mario ha dado un giro demasiado inesperado.

— ¿Quién os ha enviado esos carteles?

— Ehm... — titubea — . Los traje un mensajero hace unos minutos.

— ¿Tienes la caja cerca?

— Ehm... — titubea de nuevo — . Sí, espera. La tengo justo en mi despacho.

Escucho mientras trastea. Estoy demasiado inquieta para esperar mucho más.

— Vamos a ver... — susurra mientras busca en la caja — . Aquí está. Ehm...

— ¿Qué nombre aparece? — insisto en que se dé prisa.

— El nombre es de Helena Sánchez. Aunque, ahora que lo pienso, me lo han dado a mí por error.

— No, no... Me refiero al proveedor.

— Es Publicontrol.

— La empresa que os lleva la impresión se llama Facility Mind. — Me tenso en la silla y mi mente va a toda velocidad — . Lo recuerdo perfectamente, Manuel. Comparamos presupuestos con mis proveedores habituales.

— ¿Y qué significa eso?

— Es un error.

— ¿Un error de diseño o...?

— Pero ¿por qué figura Publicontrol? — murmuro, confundida.

— Ahora que lo mencionas...

— Publicontrol me suena de algo — interrumpo sus dudas rápidamente — . Ay, no entiendo nada, Manuel. ¿Dónde he escuchado ese nombre antes?

— Perdona, Lola, es que no sé qué está pasando, y tal vez no sea urgente.

— Estoy totalmente dedicada a Cócó, no te preocupes.

— Mario no menciona nada de esta empresa en el documento explicativo.

— Publicontrol... — murmuro pensativa — . ¿Estás seguro?

— Está escrito en la caja.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? — musito frustrada.

— Cierto, en el documento, como bien dices, Mario menciona a Facility Mind. Dios... Sin Mario tengo las manos atadas, Lola. ¿Por qué iban a enviarnos esto?

— Aunque sea la competencia, puedo preguntar discretamente, si quieres.

— Oh, ¿de verdad? — Suena aliviado — . Gracias, porque ¡no estoy entendiendo nada!

— Esto me huele a chamusquina.

— ¿Qué hago por ti? ¿Te envió un correo electrónico con una fotografía de la caja y su etiqueta?

— Sí.

Agito mis cabellos, inquieta. Si quería ponerme nerviosa, lo ha conseguido sin esfuerzo. Ni rastro de sueño por ninguna parte.

— ¿Y si envió un archivo incorrecto?

— ¿Mario? — pronuncio entre risas irónicas — . Ni de broma — aseguro con vehemencia.

— Tienes razón. ¿En qué estaba pensando? Él nunca haría eso. — Suelta una sonora carcajada.

— Llamo a Publiccontrol y te escribo un correo de vuelta.

— Gracias, Lola. Menos mal que me echas una mano... No sabía con qué ojos mirar estos carteles. Perdóname, si te he ofendido con lo de la calidad.

— Creo que no me has ofendido en absoluto. — Me carcajeo.

— Es que el diseño es tan poco tú y tan poco Mario. Ya me entiendes.

Y de repente, con esas sencillas palabras, caigo en lo que ha sucedido. Esto tiene un nombre.

— No te preocupes, Manuel. Déjalo en mis manos.

— Puedes contactarme a cualquier hora. Estaré pendiente.

Cuelgo la llamada y me pongo en pie. Doy vueltas por mi despacho, atando cabos en mi mente.

— No... — Niego con la cabeza — . ¿Ha sido capaz? — dudo de mis propios pensamientos negativos — . No... — Intento convencerme a mí misma de que Helena no ha sido tan bicha.

Marco el teléfono que indica en el correo electrónico de Manuel y luego la extensión de la responsable que ha estado hablando con Mario.

— Buenos días.

— Buenos días, ¿hablo con Alicia Pérez?

— Sí, soy yo misma. ¿Con quién hablo?

— Hola, Alicia, soy Verónica — miento — . Te llamo de la empresa Cócó. Soy la asistente de Mario Vila Font, director de la campaña de publicidad de Cócó que estáis gestionando.

— Disculpa, pero esa campaña se suspendió el lunes de esta semana — responde de mala gana.

— Él no pudo anular ese contrato. Debe haber un error.

— La señorita Helena Sánchez llamó para informarnos de que se anulaba el contrato. Él ni siquiera mandó el aviso de anulación, personalmente.

— ¿Cómo dices?

— En plena producción de carteles... — Y el rencor llega hasta Barcelona. Sé bien cómo debe sentirse — . Como comprenderás, la inversión que hemos hecho en...

— Disculpa, — Freno su enfado para llevarla a mi terreno — , Mario Vila no quiere anular ninguna campaña, y menos a estas alturas, con el buen trabajo que habéis hecho con las

muestras.

— ¿Perdona?

— La producción ya debería estar hecha, por lo que contamos, ambos, con ella.

— El error es vuestro.

— Pero, yo tengo órdenes expresas de que el jueves esos carteles están listos para empapelar la ciudad.

— Lo siento, pero tengo el correo de la señorita Helena Sánchez diciendo que el señor Mario Vila anulaba el contrato y que debíamos parar la producción, a pesar de mi aviso de demanda por incumplimiento de contrato.

— ¿Denunciarle? — Alzo la voz más de lo que quería.

— Lamento si no está avisada por su responsable, pero no retomaremos esa producción hasta no saldar la deuda — me reprocha la desconocedora de la putada que le han hecho a Mario.

— Lo lamento, es un malentendido. Si deja que me explique...

— Verónica, el correo es bien claro.

Helena me crispera demasiado como para trazar un frío plan. Si caigo en su juego, caeré con la campaña entera. Sé bien que lo que ella quiere es hundirme.

— Obviamente, asumiremos el coste de esa parada de producción, en compensación a las molestias causadas, Alicia.

— Está en manos de nuestra área jurídica.

— Las cláusulas eran claras. ¿Tienes para apuntar la dirección de correo electrónico del señor Manuel Herrero, codirector de esta campaña, para pasarle la factura, nuevamente? Insisto en que ha sido un error.

Froto mi cara. Es de una crueldad inimaginable. Sabía que Helena era belicosa, pero no a un nivel tan enfermizo.

— De acuerdo. No sé... En fin... Yo qué sé... — maldice por lo bajo.

— Y, por favor, no hace falta que ponga en copia a Helena en ese correo. Necesitamos, simplemente, su respuesta, para que podamos realizar el pago que le debemos. Yo misma hablaré con ella por lo del malentendido. Manuel Herrero es del área de finanzas y se encargará personalmente de la transferencia.

— No entiendo nada, pero...

— Gracias, Alicia. De verdad. — Acuno mi voz para agradecerle — . Disculpa todo el lío que se ha formado. Apunta: m... herrero... arroba... cocomad... punto... es.

— Anotado. No va a haber una segunda llamada, ¿cierto?

— Yo me encargo de Helena — pronuncio con los dientes apretados. Le tengo demasiadas ganas.

— Está bien. Hablaré con el área jurídica. Espero que no hayan empezado con el proceso de denuncia.

— Gracias, has sido muy amable y comprensiva, después del bochornoso momento. — Sigo en un tono exageradamente amable, a pesar de crecerme la ira por dentro — . Tendrás la transferencia en unas horas, te lo aseguro.

— ¿Y lo que hemos impreso antes del parón?

— Sí, eso también es un error por el que te adelanto mis disculpas y habrá una compensación económica.

— Ya lo creo que lo pagará.

— Anótelo en el correo a Manuel, por favor. Muchas gracias por tu tiempo, Alicia.

Muerdo el tapón del rotulador con fuerza para liberar lo furiosa que me siento. Me encantaría hacerle tragar esos malditos carteles que ha diseñado. ¡Hasta empacharla!

Al colgar la llamada, me pongo en pie con ímpetu, dejando salir toda la tensión acumulada, en el brusco movimiento.

— Piensa, Lola. Piensa — me ordeno a mí misma.

Si mis cálculos no fallan, el jueves no estarán todos los carteles impresos e iremos a destiempo con respecto a Barcelona. Intuyendo el trato recibido por Alicia, esa empresa no va a aceptar presiones de ningún tipo después de lo ocurrido.

— Helena no tiene escrúpulos — maldigo en voz baja —. ¡Sabiendo que Mario está en el hospital, la muy hija de puta se aprovecha de la situación! ¡No puedo con ella! — Muerdo con fuerza el tapón de mi rotulador.

Para: Lola Suárez Bruguera. De: Manuel Herrero Carreño. Asunto: (vacío).

Buenos días,

Hice las gestiones que me recomendaste. Te pido que elimines este correo después de leerlo, de modo que nadie más que tú conozca detalles de la situación.

Los gerentes han aceptado el presupuesto y las fechas negociadas con Publicontrol. Helena ha estado usando la baja médica de Mario para reunirse con la dirección. Me he enterado de esto haciendo algún paso poco ético: el día de mi reunión con los gerentes, Helena hizo venir a su padre, que tiene acciones en la empresa Publicontrol, y anularon mi reunión en cuanto terminó su reunión con los Sánchez, en una maniobra poco moral.

Fui a Belfast y regresé con las manos vacías. Los gerentes se dejaron llevar por las artimañas de Helena y por la preocupación por el lanzamiento de la campaña. Están aterrados sin Mario. Confieso que también lo estoy.

Están tan ciegos, que los carteles que eligió Helena los han aceptado, a pesar de ser pésimos. No quiero presionarte más, Lola, pero la campaña de Barcelona es la única que puede generar un impacto de ventas. Madrid va a ser un completo desastre.

Todo el equipo se siente realmente mal. Quiero hacerte llegar nuestras disculpas por no habernos dado cuenta de las intenciones de Helena desde que Mario ingresó en el hospital. Te aseguramos que tendrás nuestro apoyo en la fiesta en Barcelona. Siempre confiamos en tu trabajo.

Un saludo,

Manuel Herrero

Director de finanzas

Cócó S.L

Para: Manuel Herrero Carreño. De: Lola Suárez Bruguera. Asunto: (vacío).

Hola, Manuel,

Creo que me estás conociendo demasiado bien.

Ya sospechaba que Helena no iba a dejar a medias su intento de sabotear la campaña. No me ha sorprendido ningún detalle; lo que cambia es que estamos prevenidos y podemos actuar en consecuencia a sus artimañas, a diferencia de otras veces.

Desde que empecé a trabajar con Mario, siento la campaña de Madrid como mía, así que, ¿te importaría mandarme a la oficina esos carteles, como paquete urgente, para que yo me encargue de ellos? Los presentaremos en la fiesta de Cócó, no de la forma en la que los ves ahora; les daremos un trato y un lugar privilegiado, además de aplicar mi toque y el de mi equipo.

Realiza el pago a Facility Mind por la cartelería correcta. No queremos que Madrid se llene de perlas. Seguiremos al pie de la letra el documento explicativo de Mario. Si Cócó se molesta, diré que he seguido las instrucciones. Estoy dispuesta a asumir el riesgo. Haz el pago bajo mis órdenes, aunque no trabaje en Cócó.

Gracias por confiar en mí, Manuel. Mario siempre ha tenido fe en ti y en el equipo.

Un saludo,

Lola Suárez Bruguera.

Project Manager

Imagine solutions

Observo la imagen que Manuel me ha enviado por correo electrónico, a la espera de recibir los carteles físicos en la oficina. Son aún peores de lo que había imaginado. Mario recaería si viera lo que Helena ha hecho en esta campaña.

En la imagen, una señora de clase alta, vestida con traje de firma, está sentada frente a una lujosa mesa, con los bombones dispuestos en un sofisticado plato. Luce un collar de perlas del tamaño de una pelota de ping pong alrededor de su cuello. Su peinado clásico permite que todas las perlas sean visibles con claridad. La frase de la campaña es lamentable, clasista y burguesa. Si representa Madrid, será solo una parte de ella. Me pregunto si esa mujer podría ser un familiar de Helenita.

Busco el número de contacto de la empresa Publicontrol y marco los números.

— Hola, buenos días — saludo.

— Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? — responde la recepcionista.

— Llamo de la empresa Cócó. Soy Jaqueline, la asistente de Helena Sánchez — miento — . Estamos interesados en solicitar servicios publicitarios con ustedes, y me gustaría hablar con el responsable de la campaña anterior, en nombre de mi superior. El trato fue con el señor Miguel Utrillo.

— Enseguida le paso. Por favor, espere un momento.

— Sí, claro. Aquí estaré.

Mientras escucho la música en espera, muerdo mis rotuladores, clavando con fuerza mis dientes en el tapón. Siento el calor en mis mejillas, y una presión en mis cuerdas vocales.

La música se detiene de repente.

— ¡Helena! — responde un chico al otro lado del auricular, con un tono jovial — . Soy Diego, ¿qué tal estás, preciosa? Miguel no está ahora — responde risueño — . ¿Qué necesitas?

— No soy Helena. Soy Jaqueline, la nueva asistente de Helena — miento.

— Oh, disculpa. No te reconocí. ¿Qué necesitas? — responde más formal.

— Llamaba para hablar con Miguel Utrillo sobre el tema de los carteles que habéis enviado esta mañana a Cócó. Las muestras, quiero decir.

— Oh, no, no. No son muestras, es la versión definitiva — pronuncia entre risas como si fuera una estúpida — . ¿Cuál es el problema? ¿Necesitáis más copias?

— No.

— Son las mismas del año pasado, Jaqueline. ¿No te lo ha dicho Helena? — cuestiona.

Y salió el boleto ganador; es la empresa que contrató la última vez, la que llevó a Cócó al cierre y los despidos.

— ¿Se han impreso ya esos carteles?

— No, mañana empezamos. ¿Por qué?

— Hay un error en la frase; encontramos una pequeña falta de ortografía. ¿Te podemos volver a mandar el archivo corregido?

— Si lo haces hoy, no hay problema.

— Perfecto. Pero antes me gustaría comprobar primero la muestra para saber si el cambio no afecta en el diseño. ¿Podemos esperar a la semana que viene para la impresión? Helena insiste en evitar errores.

— Por supuesto, podemos esperar. Ella ya sabe que solemos imprimirlos en un par de horas. No creo que haya problema.

— ¿En un par de horas? — pregunto alarmada.

¡Es una locura! Esos carteles necesitan una configuración de impresión meticulosa y un papel de calidad especial. Las máquinas necesitan su tiempo para tantos ejemplares, y la revisión de cada una de las impresiones para detectar imperfecciones tampoco es rápida.

— Parece que habéis optado por una campaña *express*.

— Sí, sí, sí lo entiendo ahora. ¿En qué estaba pensando?

— ¿Estás segura de que tienes claro lo que ha contratado Helena? — se burla como si yo fuese una novata.

— Voy a hablar con ella. — Acuno mi voz para parecer idiota — . Quizás hay detalles que no estoy teniendo en cuenta. Disculpa las molestias, debería haber revisado las faltas de ortografía antes. ¡Es tanto trabajo! — Escapo una risa fingida para disimular mi irritación — . Por favor, mándame las muestras. ¿Puedes hacerlo al nombre de Manuel Herrero?

— ¿Manuel? — cuestiona.

— Sí, es el conserje que recibirá el paquete urgente y me lo hará llegar. No quiero molestar a Helena por un tema así.

— Te has metido en un buen lío, ¿eh? — Escapa una risa, el muy cretino.

— Gracias por tu ayuda, Diego. Un placer hablar contigo. Te mandaremos un correo con el archivo. ¿Cuál es?

— Helena lo tiene.

— No puedo acceder a su correo, querido. Si necesitas agilidad, deberías...

— Está bien: d... martinez... sin acento.... arroba... — Apunto rápidamente — . Publicontrol... punto... com.

— Sí, gracias. — Fuerzo una risa para parecer amigable — . Un saludo, Diego.

— A ti. Un saludo.

— Adiós, adiós, adiós. — Y cuelgo la llamada en un golpe seco de mi dedo.

Lanzo el teléfono contra mi mesa, con frustración.

— Hija de... — mascullo entre dientes — . Vas a pagar por esto al llegar a Barcelona.

Marco el número de extensión de Catalina.

— Hola, bella — responde con entusiasmo.

— Cat, van a llegarme unos carteles por mensajero; en un par de días, al nombre de Manuel.

— Sonríó al empezar a maquinar ideas maliciosas — . Convoca al equipo a una reunión, a las doce, en tres días. Los quiero a todos en el taller de Ivone. Pablo no puede saber nada. Es confidencial. Nada de ponerlo en la agenda.

— ¿Perdona? — Se ríe entre dientes — . ¿Qué coño tramas?

— Quiero que estén puntuales.

Cuelgo la llamada mientras esas ideas cobran sentido en mi cabeza.

Para: Manuel Herrero Carreño. De: Lola Suárez Bruguera. Asunto: (vacío).

Hola, Manuel,

Habla con Belfast y muestrales la diferencia entre los dos trabajos, para que comparen lo mal que trabaja Publicontrol y Helena.

No pienso tragarme esas perlas, Manuel. Mario no se merece este desastre. Esos bombones son parte de mí, de mi historia.

Un saludo,

Lola Suárez Bruguera.

Project Manager

Imagine solutions

Para: Lola Suárez Bruguera. De: Manuel Herrero Carreño. Asunto: (vacío).

Hola, Lola,

Belfast acaba de ver el resultado. Te dan alas para la cartelería de Madrid. Esos acabados les han horrorizado. Tenías razón: ver para creer.

Les preocupa más las pérdidas que el ego de Helena. Créeme que es nuestra oportunidad para algo más que una buena campaña. Jamás los vi tan enfurecidos.

Un saludo, Lola. Buen trabajo.

Manuel Herrero

Director de finanzas

Cócó S.L

CAPÍTULO 6. NO TE PERMITO

No tengo mucho tiempo para Pablo. Voy a perder el tren a Madrid por culpa de su improvisada reunión.

— Hola — saludo con poco ánimo.

— Pasa.

— Necesito salir en un par de minutos — aclaro rápidamente — . Tengo cosas urgentes que hacer.

— ¿Te marchas antes de la oficina sin justificación? — pregunta con condescendencia mientras se acomoda en el Chester en una postura ladeada, tratando de mostrarse poderoso ante mí.

— Trabajo más de 40 horas a la semana sin compensación, así que claro que te parece todo injustificado cuando intento recuperar mi vida personal.

— Seré breve.

Miro mi reloj; solo tengo cinco minutos para tomar el autobús y llegar a la estación de tren.

— He estado repasando la lista de invitados que me pasaste.

— En realidad, no es mi lista, es la de tu esposa. — Dejo de fijarme en el reloj para mirarle directamente a los ojos — . Son vuestros contactos, no los míos.

— Me he dado cuenta de un asunto que no me habías mencionado. — Se acomoda la corbata mientras hace uso de esa tensa pausa que le suele caracterizar en las confrontaciones — . Él no está en la lista. ¿Por qué?

— ¿Quién?

— ¿De verdad no sabes de qué te estoy hablando? — pregunta con una incredulidad exagerada.

No soporto al tipo en el que se ha convertido.

Me siento tan decepcionada con él.

— ¿Quieres darme las razones por las que Gerónimo no está en la lista de invitados?
— Arquea una ceja, desafiante.

No respondo a esa pregunta. De todas las personas que pensé que reclamaría, jamás imaginé que sacaría justo esta.

— Game over es una empresa muy prometedora, con una excelente reputación en el sector. Sus contactos y su posición en bolsa me interesan, Lola. Al darme cuenta de tu error...

— No es un error — interrumpo decidida.

— Lo es, sin lugar a duda. Grave, además. — Deja otra tensa pausa para que me haga pequeña ante él. Pero esta vez no es así, no tengo miedo a este ser — . ¿Por qué?

— Tienes casi cuatrocientos más para darle valor a esa lista.

— Gerónimo es el único nombre importante que tenías que buscar.

— Tus instrucciones fueron buscar cuatrocientas personas.

— Tranquila, le he llamado personalmente para asegurarme de que asistía a la fiesta de Cócó.

— Me tenso en el asiento — . La sorpresa fue mayúscula cuando me dijo que os estabais divorciando.

Gerónimo se ha atrevido a hablar de nosotros con mi jefe. Es mezquino, rencoroso y ruin. El trato era evitar el conflicto en los tribunales, si desaparecía de mi vida.

— ¿Por qué no me dijiste que no estabas con él? ¿Hay algo que deba saber?

— ¿Esto es una reunión de trabajo?

— De trabajo, por supuesto. Continúo: — Me manda callar con su intensa mirada — : Me ha comentado, además, que mantienes una relación sentimental con el director de la campaña de Cócó, Mario Vila Font. — Cierro los ojos unos segundos y respiro profundamente, tratando de calmarme — . ¿Es eso cierto?

— Eso no es de tu incumbencia — murmuro tan pronto vuelvo a enfocar mi mirada en su sucia cara.

Mis mejillas arden de la rabia e impotencia mientras la frustración crece dentro de mí.

— ¿Es por celos? ¿Mario te ha pedido quitarlo de la lista?

— Lo más duro de todo esto, es que, en ninguna de tus palabras parece que yo pueda tomar las decisiones por mí misma.

— Malas decisiones, querrás decir. Los negocios y los sentimientos son malos aliados, sobre todo cuando una relación personal interfiere en mis negocios al excluir a un hombre talentoso y exitoso porque has priorizado tu relación a los intereses comerciales de esta empresa.

— ¿Ya no hacemos publicidad? ¿Desde cuándo somos una agencia matrimonial?

— Mi *Project manager* de...

— La *Project manager*, a partir de ahora — corrijo con firmeza — . Las personas no te pertenecen, Pablo, aunque les pagues un sueldo.

— ¿Vas a decirme que te estás comportando como una buena líder de un proyecto de tal prestigio? Maldita sea... ¡Por el amor de dios, Lola!

— Pablo, no me hables en ese tono. No soy tuya, no puedes tratarme con ese desprecio y no puedes entrometerte en mi vida privada.

— ¿Cuándo ibas a contármelo? ¿Eh? ¿Acaso no ves lo que significa Gerónimo para cerrar este trato?

— Lo lamento, pero tendrás que llamar a Gerónimo de nuevo y decirle que no se presente a la fiesta que yo organizo.

— Mentiste. ¡A Mario lo conocías de antes!

— A ti también pensé que te conocía. Fíjate ahora. — Le señalo con desprecio.

— Lola, ¡Gerónimo, y los tipos como Gerónimo, son el futuro de la empresa que yo dirijo!

— Golpea su pecho con la palma de la mano para remarcar su dominio — . Deberías estar disculpándote por lo ocurrido. Sin embargo, sigues evadiendo el problema y hablándome de la forma equivocada.

— No es una conversación. — Me levanto para indicarle que la discusión se terminó — . Me estás juzgando. Lo lamento, pero mi jornada ha terminado por hoy.

Detiene mis pasos hacia la salida, imponiéndose con su cuerpo.

— No hemos terminado, Lola — masculla.

— No voy a seguir respondiendo a preguntas personales.

Cuando estoy a punto de dejarlo plantado con su desfachatez, agarra mi antebrazo con fuerza para que no me marche de su despacho. Observo cómo sus dedos se clavan en mi piel. La ira crece en mi interior.

— No te permitiré arruinar esta oportunidad. ¿Me estás escuchando?

— No me toques.

— Deberías estar agradecida por todo lo que he hecho por ti. Te recuerdo que antes de todo esto, nadie te daba una oportunidad. Yo te he enseñado todo lo que sabes.

— Y yo no te permito que me trates como si te debiera un cargo que me he ganado yo, Pablo. — Doy un paso al frente. Repaso mis dientes con la lengua, conteniendo mis ganas de decirle lo que pienso de su ruin actuación.

— ¿De verdad te crees eso?

Aparto bruscamente sus dedos de mí.

— Me lo creo porque es verdad. Todo lo que tengo, lo he conseguido por mí misma. Y no vuelvas a ponerme la mano encima.

— Oh, ya entiendo... ¿Así que eso es lo que ha ocurrido, en realidad, con Mario Vila Font? Crees que lo has conseguido con tus méritos. — Suelta una risa de suficiencia.

— Si vuelves a decirme cómo tengo que vivir mi relación con Mario Vila Font y a obligarme a estar al lado del hombre que me ha humillado y vejado, te dejo con la fiesta a medias y te encargas personalmente de organizarla. ¿Has entendido, ahora, en qué posición estás tú y en cuál yo?

— ¿Te atreves a poner condiciones?

— Tus condiciones no me respetan.

— Olvídate de los buenos proyectos. Esa será, a partir de ahora, la condición que verás en esta empresa. Céntrate y volveré a intentar promocionarte.

— ¿Promocionarme? Pablo, me he enterado de que Mike va a ser director del área y yo su adjunta. Pensé que yo iba a asumir ese puesto.

— Nunca te hablé de la dirección. Te estoy proponiendo mejores condiciones, sin más.

— Seguro que tengo las mejores — respondo con evidente sarcasmo —. Y seguro que recibiré la mejor comisión tras lamerle el trasero a Mike. — Arqueo una ceja, desafiándolo a seguir negando que me explota.

— ¿Cómo dices?

— Mike puede hacerse cargo de la fiesta. Seguro que con él te sale a cuenta este proyecto.

— ¿Qué insinúas?

— Lo sabes. — Sonrío de lado —. ¿Sabes cuánto tiempo me ha llevado darme cuenta del tipo de persona que eres?

— Creo que no estás en posición de hablarme en ese tono.

— El tono es el siguiente: no invites a Gerónimo a la fiesta mientras yo esté en ese local, porque las leyes están para cumplirlas.

— ¿Acaso has interpuesto una orden de alejamiento o algo así? — pronuncia entre risas, el muy cabrón.

— Si vuelves a reírte del maltrato que me ha dado Gerónimo, te llevo a juicio. Puedes ir de la manita con él.

— ¿Crees que soy estúpido? Vamos... Te gusta ser el centro de atención. Coqueteas todo el tiempo, cosa que habrá molestado a tu marido. — Alza los brazos en cruz —. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo que haces conmigo? — Deja caer los brazos a cada lado de su cuerpo y guarda sus manos en los bolsillos del pantalón; su pose favorita —. Lo que te ha pasado con Mario Vila, es lo mismo que te ha pasado conmigo todo este tiempo, solo que él sí ha llevado tus coqueteos al siguiente nivel. Te atraen los hombres poderosos. — Me guiña un ojo, el muy despreciable —. De hecho, sigues un patrón: Gerónimo, yo, Mario Vila... Todos somos hombres con cargos reconocidos e importantes.

— ¿Qué coño estás insinuando?

— Quizás el de Cócó te haya hecho creer que estabas al mando, pero no lo estás. Es obvio que sabes cómo jugar bien tus cartas con los grandes líderes. Yo, sin embargo, he manejado tu juego de manera astuta y no ha pasado nada entre nosotros, — Se voltea a mirar los sillones con una asquerosa sonrisa en el rostro —, porque yo no he querido. — Vuelve a mirarme, exhibiendo su soberbia en forma de sonrisa.

Siento unas inmensas ganas de llorar de la impotencia que crece dentro de mí. Me gustaría abofetearle la cara hasta hacerlo sangrar.

— No quiero volver a estar a solas contigo en un despacho. Hablaré con Recursos Humanos mañana mismo. Se acabó, Pablo. Esta vez no te lo voy a pasar.

Me alejo dando grandes zancadas. Necesito salir de aquí de inmediato o no respondo de mis actos. Ya pensaba que era un tipo despreciable, pero ha conseguido que sienta repulsión por él. Me da asco tenerlo a centímetros de mí.

— ¡Gerónimo estará en la fiesta, te guste o no, Lola! — me grita desde la distancia.

Abro la puerta con determinación.

— Es tu palabra contra la mía, Lola. Y los dos sabemos lo que intentabas hacer cuando estábamos a solas. Piénsalo: nunca has sido buena en este negocio. — Detengo mis pasos, dándole la espalda aún —. ¡Jamás has sido buena publicista! Por eso te doy esos proyectos de los que te quejas, Lola. — Suelta una risa que me provoca náuseas. Mis ojos se humedecen de lágrimas —. ¡Tenía que seguirte los pasos todo el tiempo! ¡Eres insegura, poco creativa y con una constancia pésima! ¡Tuve que ir personalmente a Madrid para no dejarte sola, porque no tienes la fuerza suficiente para afrontar un cliente como Cócó!

Cierro de un portazo para evitar escuchar una sola palabra más que pueda destrozarme.

— La nueva Lola ha llegado para quedarse — sollozo mientras camino hacia el ascensor. Siento cómo se me acelera la respiración; tengo un ataque de ansiedad —. Ahora soy yo quien establece las reglas. — Tomo grandes bocanadas de aire —. Ningún hombre me volverá a tratar así jamás. No. No quiero.

Presiono repetidamente el botón del ascensor para intentar huir de la planta de Pablo.

«Mamá, tenías razón; debería haber denunciado a Gero antes de que volviese de nuevo a por mí. No ha cumplido su promesa de dejarme en paz, como me aseguró a cambio de salir impune. Dime qué debo hacer para evitar que no se acerque siquiera a un solo centímetro de mi cuerpo. Pablo le ha invitado a la fiesta del proyecto de los bombones, y sé que vendrá a hacerme daño. Mamá, estoy decidida. Voy a tomar el tren ahora mismo, pero te llamaré en cuanto llegue a Madrid. Te quiero. Lola».

CAPÍTULO 7. PIES PARA QUÉ LOS QUIERO

Narra Mario

La segunda noche con Lola me ha inyectado una dosis de adrenalina. Me he despertado ilusionado, con ganas de luchar y de recuperarme pronto. Es la primera vez que me despierto con un hambre voraz. Cada momento con ella es un regalo que sigo desenvolviendo todos los días.

El doctor Albeniz me ha quitado la cánula al ver que había mejorado mi salud.

— Buenos días, hijo — me sorprende mamá al entrar por la puerta de la habitación.

— ¿Tienes turno?

— Estoy haciendo horas extra para asegurarme de que estás bien atendido.

— Me tratan bien aquí.

Se fija en si hay suficiente agua en la botella pequeña que tengo en la mesita.

— Te traeré otra cuando pase por la cafetería.

— Gracias.

— Será mejor que todo esto te lo tomes con calma, hijo. Necesitas descansar para recuperarte.

Tienes demasiadas visitas nocturnas que pueden alterar tu sueño. — Revisa los cables conectados a mi cuerpo — . Además, ya estamos preparando todo en casa para cuando salgas de aquí, hijo.

— Iré a Barcelona.

— ¿Sigues con esa dichosa idea de marcharte a Barcelona?

— Me mudaré cuando me den el alta.

— Creo que deberías ser más consciente de tus acciones. Mudarte a Barcelona es demasiado arriesgado. Acabas de pasar una situación muy crítica; Mario, un ictus es muy peligroso. Has tenido mucha suerte de no caer en coma.

— He hablado con Albeniz.

— ¿Por qué no me ha dicho nada? — Gruñe, molesta.

— Tiene esperanzas.

— Los médicos siempre las dan. Parece mentira que no hayas aprendido nada de todas las historias de hospital que te he contado a lo largo de la vida. Menos mal que estamos las enfermeras para atender realmente a los pacientes — masculla mientras revisa la vía en mi mano — . Menuda carnicería te hizo Fernanda. Oh, mira... Tendrás el moratón durante semanas. Debería haberte puesto yo la vía. Esa auxiliar es...

— Mamá. — Retiro la mano para evitar el dolor.

— No sé qué te ha dicho el doctor Albeniz, pero a veces es poco prudente.

— La playa me rehabilita...

— ¿La playa? — Arquea una ceja, en desaprobación — . ¿Crees que eso será suficiente?

— Rueda los ojos con incredulidad — . ¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿Qué hay de esa mudanza? ¿Y qué hay de la descerebrada de Lola?

— Dar... — Comienzo a sentir molestias en mi garganta — . Paseos por... — Trago con dificultad.

— ¿También en invierno? — pregunta sarcásticamente.

Recorre la cama, acariciando la sábana que cubre mi cuerpo, mientras el silencio tenso persiste entre nosotros.

He estado manteniendo una conversación con normalidad hasta que ella ha provocado una discusión. Bebo lo que queda de agua en la botella.

— ¿Qué pasará cuando Lola vuelva a trabajar? ¿Quién se encargará de ti?

— Yo mismo.

Ella suspira sonoramente y se cruza de brazos frente a mí. Su mirada se vuelve dura y directa.

— ¿Qué hará la misma que ni siquiera se preocupa de traerte agua a la habitación? — Señala la botella vacía que sostengo en la mano.

— Para — suplico.

— Es increíble las pocas luces que tienes, hijo, para lo inteligente que eres — me espeta — . ¿Acaso no ves que estás postrado en la cama debido a un ictus que está relacionado con ella? ¡Tiene demasiados pajaritos en la cabeza! — Golpea su sien con los dedos — . Y ahora tú también los tienes.

— Basta. — Desvío mi mirada hacia la ventana.

— ¡Lola te está perjudicando! Ha entrado en tu vida arrasando con todo lo que habíamos logrado. — Da pasos decididos hacia mí — . ¡Es como si oliese que eres feliz y apareciese de nuevo, por arte de magia! — Me quita la botella de las manos y la lanza sobre la mesita — . ¡Mario, por favor! — Observa cómo me recoloco en la cama — . Cuando ella aparece, te enfermas. Pero... no quieres verlo. — Tira bruscamente de la almohada para recolocarla en mi espalda — . ¡No estás escuchando, hijo!

— Es la vida que quiero. Respétame.

— No es lo que quieres tú, Mario. Apuesto a que ella te dijo que te fueras a Barcelona para no tener que hacer un esfuerzo por ti. ¡Seguro que te dijo que tendrías una mejor vida, alejándote de nosotros, de tus amigos y tu trabajo!

— Mamá.

— ¡Eres demasiado impulsivo cuando estás con esa chica! Es como si volvieses a tener quince años. — Alza aún más la voz al ver que no la miro — . ¿Por qué no usas tu inteligencia para darte cuenta del error que cometes al dejar todo lo que hemos conseguido?

Por eso Meli se marchó de esa casa; estaba harta de este dolor y sufrimiento. Siempre me dice lo feliz que es en Londres desde que papá y mamá no controlan su vida.

— Lola ha estado a punto de matarte dos veces.

Volteo para mirarla, furioso.

Creo que, en el fondo, hice lo mismo que mi hermana, pero con Helena. Huir de Javi, papá y mamá, con la primera persona que pasó por mi vida, sin darme cuenta de las consecuencias que acabaría pagando ahora.

— Vete — mascullo.

— Su marido es muy infantil, con eso de los caramelitos, los juguetitos y el mundo de colores — dice con desprecio — . Por eso quiere estar contigo, hijo. Mírate... — Me señala — . Un hombre tan guapo, tan listo, tan importante en su trabajo... ¿Cómo no iba a lanzarse a tu cuello?

— Cállate.

Se me tensan las cuerdas vocales. Me duelen. Toso con fuerza.

— Estás tan encoñado con ella, que te crees que te quiere desinteresadamente. — Golpea su palma en el colchón mientras sigo tosiendo — . ¡Quiere lo que tienes en el banco, hijo! ¡Despierta de una vez!

— Vete — pronuncio entre toses.

— Ahora tienes tos y no hay una gota de agua en esa botella. ¡Ves lo que te decía! La tienes muy idealizada, hijo. ¡No se ocupa de ti! ¡No te da ni una botella de agua! Las relaciones no se basan en lo que pasa en la cama. Tiene que ser muy sueltita para convencerte cada vez que aparece — masculla.

Tomo grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento.

— No te lo quería decir, pero... — Suspira con dramatismo — . Lola nos ha insultado. Sí, a tu padre, a mí y a tu hermano. Delante del doctor Salas.

— ¿Qué le dijiste? — Rasgo mi garganta.

— ¿Yo? — exagera sorpresa — . ¡Esto es increíble! ¿Insulta a tu madre y crees que yo lo he provocado? — Se lleva las manos al pecho para remarcar su ego herido — . Creo que no conoces suficiente a esa chica. Es una maleducada y una caprichosa.

Me revuelvo en la cama. Me siento atrapado. Quiero irme de aquí.

— Ya lo era Helena, hijo. ¡Y te dejó tirado como a un perro!

— ¡Mamá, basta! — grito tanto como me permite la sequedad en la garganta — . ¡Cállate de una vez! — Golpeo el puño en el colchón, harto de que cada vez que doy pasos hacia delante, ella me impida seguir el camino — . Vete, por favor.

— ¿Es que no ves en qué te convierte? — Señala mi mano apretando con fuerza la sábana — . Siempre que ella está en tu vida, eres agresivo con tu familia. Acuérdate la vez que rompiste la mampara de la ducha ¡de un puñetazo!

Culpándoles, a gritos, por no poder llamar a Lola, papá y mamá me empujaron dentro de la ducha y abrieron el chorro de agua fría para que dejase de forcejear con ellos. Aguantaban la mampara mientras intentaba huir de ahí. Repetían, una y otra vez, que era por mi bien y que la psicóloga de Madrid les había dicho que eso pasaría. Por muchas duchas frías y bofetadas que me diesen, necesitaba mi vida en Barcelona. Empujé la mampara con todas mis fuerzas, hasta que las bisagras se rompieron y el cristal se partió contra la pared. Papá se encargó de dejarme claro que mi furia era nada comparada con la suya.

— Me... — Trago con dificultad — . Me... — Suelto un quejido afónico — . Me voy.

Cuando intento ponerme en pie, golpean en la puerta.

— ¡Permiso! — Aparece la enfermera — . Oh, siento interrumpir, Carmen. ¿Cómo estás?

— Bien, Fernanda. ¿Y tú? — Cambia a un ser completamente afable y cariñoso.

Intento mover mis pies, pero no lo consigo al ritmo que quiero.

— ¡Mario! — me alerta la enfermera — . ¡Cuidado! ¡Espera que te ayude!

Me esfuerzo por escapar de la cama y encerrarme en el baño para no ver a mamá.

— Mario. — Me agarra con fuerza la enfermera.

— Dile que se vaya — susurro.

— ¿Qué?

— Tiene que... Por favor. Por favor — suplico.

Al encontrarse con mis ojos asustados, se da cuenta de que realmente necesito que mamá se marche de inmediato.

— Carmen, me quedo yo con él.

— Mario, hijo, ¿quieres estarte quieto? Estás asustando a la chica.

Empiezo a sudar del esfuerzo por ponerme en pie.

Me tiemblan los brazos.

— ¿Qué me pasa?

La enfermera descubre mi cuerpo. Observa mis pies y mis piernas.

— Mario, espera. ¿Te duelen? ¿Las sientes? — Palpa mis piernas con la mano — . ¿Notas mi tacto?

— Sí.

— Mario, tranquilo, voy a buscar a un médico. Algo está pasando. No te muevas, espera.

Suelto un quejido agudo tras un último esfuerzo por intentar levantarme de la cama.

— ¡Doctor! — grita la enfermera, sacando medio cuerpo por la puerta — . ¡Doctor Salas!

Mis piernas no responden a mis órdenes.

— ¿Y luego dices que vas a cuidarte tú solo cuando estés aislado en Barcelona? — me reprocha mamá — . Sigues sin entender nada de lo que te pasa. Vas a necesitar ayuda toda tu vida por lo de tu condición, aunque te niegues a aceptar que no puedes hacer las cosas solo, con esa problemática cabeza. Y mírate... Cuando hablas de Lola, todo en ti empeora, hijo.

Con todas las fuerzas que me quedan, ladeo mi cuerpo e intento bajarme de la cama. Caigo desplomado.

Narra Lola

El doctor Salas está de pie frente a la puerta de la habitación de Mario.

— ¡Hola! — saludo con entusiasmo — . ¿Cómo ha ido el día de Mario? ¿Ha venido a verlo?

— Lola, te estaba esperando — dice sin mucho ánimo.

— ¿A mí? Vaya..., parece que nos hemos hecho amigos — bromeo — . Prefiero verlo primero y luego ya iré a la cafetería a buscar algo de comer.

— Tengo que hablar contigo un momento. Es importante.

— Deje que primero salude a Mario. — Intento pasar, pero me corta el paso.

No es el doctor alegre, de humor sarcástico y que parlotea sin parar. No hay rastro de esa persona ahora mismo.

— Doctor.

— Lola, ven un momento a mi consulta.

— ¿Le pasa algo a Mario? ¿Está bien?

— Acompáñame, por favor.

— Doctor.

— Lola, por favor. Es importante.

Caminamos hacia su consulta. Acompasamos los pasos, vista al pasillo, en silencio.

Todas las cosas horribles que imaginé el día que lo encontré en el suelo, sangrando, sin apenas vida, vuelven a machacar mi mente.

— ¿Ha muerto? — Se me quiebra la voz. Mis ojos se humedecen.

Me detengo en medio del pasillo.

— Lola, mantén la calma. No, no es eso.

— ¿Qué le ha pasado, doctor?

— Dentro está la madre de Mario.

Entramos en su consulta. Efectivamente, Carmen está de espaldas a la puerta, mirando Madrid a través de la ventana.

No me devuelve el saludo.

— Lola, Carmen, — El doctor se sienta y señala la silla frente a él para que tome asiento — , después de que los pacientes padezcan un ictus isquémico, los pacientes suelen enfrentarse a complicaciones durante su recuperación hospitalaria. Por eso decidimos mantenerlo en observación.

Me tiemblan las manos y mis ojos se llenan de lágrimas.

— El cerebro manda por encima de nuestra voluntad — sigue explicando el doctor — . Controla nuestro sistema nervioso, que puede anular nuestras órdenes. En el caso de Mario, su sistema nervioso venció su deseo de ponerse en pie. — Siento que mi corazón late demasiado deprisa — . Mario está bien, pero sufrió un buen susto hace unas horas. Necesitará rehabilitación durante bastante tiempo para poder volver a caminar con normalidad.

— ¿Rehabilitación? — mi voz titubea, completamente desconcertada.

— Mario dejará el hospital con ayuda de muletas, Lola. Si asiste a rehabilitación y sigue las instrucciones, podrá dejarlas en unos meses.

— Pero ¿qué ha pasado, doctor? — Desvío la mirada hacia Carmen, llena de temor.

— Mario está muy desanimado. No poder apoyar el pie en el suelo, sin ayuda...

— Pero... ¿cómo ha sido? ¿Qué le ha pasado?

— Al intentar apoyar sus pies en el suelo, sus piernas no han respondido como esperaba. La enfermera y Carmen lo vieron caer al suelo. Lograron levantarlo. — Contengo la respiración al imaginar a mi adonis en esa situación — . Esto complica las cosas, Lola. Si Mario experimenta un aumento de niveles de...

— Volverá a sucederle lo mismo — completo su frase.

— Hemos tenido que tomar una decisión: — interrumpe Carmen, controlándome a través del reflejo del cristal — : No puedes ver a Mario.

— ¿Qué?

— No podemos exponerlo a más riesgos.

— ¿Él ha decidido eso?

— Sí — responde con firmeza.

Desvío la mirada hacia el doctor; baja la suya a la carpeta color ocre que reposa sobre la mesa.

— Mi hijo no está pensando con claridad. — Carmen se gira hacia mí — . Se ha dado cuenta de que no podrá soportar verte.

— Deja que Mario tome sus propias decisiones, ¡tiene treinta años! — Golpeo la mesa del doctor con la palma de la mano abierta — . Él es el que está en la cama, ¡no tú!

— Por favor, cálmate — me ordena el doctor.

— ¡Estoy harta de que esta familia piense que yo lo empeoro! — le respondo con irritación — . ¿Qué putas pruebas tienes de eso, Carmen? ¿Eh?

— ¡Mi hijo está sufriendo!

— Doctor, ¿va a prohibirme entrar? ¿Ella tiene ese poder? — Le pregunto a la única persona objetiva de la sala — . Solo seguiré sus instrucciones. — El doctor controla a Carmen de reojo y

suspira profundamente, evidenciando su cansancio — . ¿Mario ha dicho que no quiere verme? ¿Es eso cierto? Mario ha... — Finalmente, el doctor Salas niega con la cabeza para dar una respuesta — . ¿Por qué me haces esto, Carmen?

— No hace falta que él lo diga. Soy su madre, lo conozco bien.

— ¿Va a prohibirme entrar, doctor?

— Yo no soy su médico, Lola. Ni ella su enfermera. El doctor Albeniz no ha dado indicaciones de restringir las visitas, incluso después de haber presenciado el pico de ansiedad de Mario.

— ¡Gabriel! ¿Acaso vas a dejar que mi hijo empeore?

— Lola — interrumpe las represalias de la otra — , a Mario le va a venir bien que te quedes con él un par de horas, a pesar de que eso supere la hora de las visitas. — Contengo la respiración al escuchar tan generoso gesto — . Necesita hablar con alguien. — Me sonrío tiernamente — . Es un buen chico. Necesita que un ángel como tú le diga que todo va a salir bien.

— Gracias, doctor.

— ¡Gabriel, es una locura!

— Si algo sé de Mario es que su hipersensibilidad lo acompaña a todas partes. Siente más intensamente que el resto de las personas, científicamente hablando. Parece que tú no quieres aceptarlo, pero yo sí.

— ¿Cómo te atreves a decirme que no me preocupo por mi hijo?

— Tengo mucho respeto por su condición de vida, y jamás le haría daño. — Me levanto de la silla — . Solo necesita que todo tenga sentido, ¡aunque sea doloroso!

Avanzo decidida hacia la puerta, lista para estar con mi adonis.

— Carmen, no siempre mis colegas de profesión tienen razón. En muchísimas ocasiones, se equivocan al explicar que las personas como Mario son débiles. — La madre de mi adonis niega con la cabeza y se muerde el labio inferior con fuerza al escuchar las palabras del doctor — . Le advertí hace años del error que se estaba cometiendo. Su hijo tiene suerte de haber encontrado una persona como Lola, que, aunque pueda tener muy malas formas al hablar y golpea las mesas,

...

— Perdón. — Me ruborizo, avergonzada — . No pretendía faltarle al respeto, doctor.

— Al menos ha hecho el esfuerzo de comprender hasta el más mínimo detalle de las altas capacidades de su hijo. Todavía espero que usted me pregunte sobre ello.

— Lola, si le pasa algo a mi hijo, te juro que...

— ¿Qué? — Alzo el mentón, desafiante — . ¿Estaba contigo cuando le ocurrió lo del pie, Carmen?

— ¡Sí, claro que estaba! ¡Jamás abandonaría a mi hijo en una situación así! — grita, muy enfurecida — . ¡Tú eras la que no estabas!

— Estaba trabajando.

— Y lo peor de todo es que sé que priorizará verte a ti antes que cuidar su salud, mientras tú no lo pones a él en el centro de tu vida. ¡Yo no estaba trabajando y aun así me quedé para que no estuviese solo! Cosa que tú no eres capaz de hacer. Yo he sacrificado mi vida entera por Mario. Incluso cuando tú lo dejaste al borde del abismo, dediqué mi vida a sacarlo del pozo.

— Su salud está en buenas manos. — Señalo al doctor Salas — . Mario confía en las personas adecuadas. — Reposo la mano en la maneta de la puerta dándole a entender que no voy a regalarle un segundo más — . Soy su pareja, te guste o no. Mario lo que necesita es vivir, sentir,

saborear sus éxitos y sus derrotas, siendo él mismo.

— Maldita insensata... — masculla.

— ¿Cómo? — El doctor Salas se pone en pie, con ímpetu — . Enfermera, usted y yo vamos a tener una buena charla ahora mismo.

— Doctor, gracias. Gracias de verdad. — Me marchó, decidida a apoyar a Mario en su peor momento.

Entro en la habitación y dejo caer mi mochila al suelo para evitar enredarme con los cables que siguen conectados a su cuerpo cuando lo abraza.

— Lola. — Suena completamente aliviado de verme.

— Tenía muchas ganas de estar contigo, adonis. Muchísimas. Me moría por subir al tren. ¿Cómo estás?

— Lola, yo... — Le tiembla la barbilla y se muerde fuerte el labio inferior.

— El doctor me ha concedido dos horas de visita. ¿Qué te parece? Tenemos mucho tiempo para hablar.

— Me... Me...

— Calma.

Dejo caer mi mejilla sobre la palma de su mano, sintiendo su tacto. Todo lo que deseé está justo delante de mí. Tan fácil, pero tan difícil a la vez.

— Sé que hoy has tenido un día de mierda — musito sobre la palma de su mano — . Me lo ha contado todo el doctor. No te preocupes. Es normal tener miedo a no poder caminar. — Beso la yema de sus dedos — . ¿Quieres contarme lo que te ha pasado?

— Hoy no pude... Ehm... Mis... Mis pies no...

— No pudiste ponerte en pie, lo sé. — Cierra los ojos unos segundos y se muerde el labio inferior con más fuerza — . Harás rehabilitación, adonis. Irá maravillosamente bien. Ya lo verás. Confío en tu fortaleza.

Observo sus largas piernas cubiertas con la sábana. A Mario le apasiona el deporte y adora conducir kilómetros; estará un tiempo sin poder hacer todas esas cosas que le hacen sentir libre.

— Lola, ¿y si...? — Caen lágrimas por sus mejillas — . ¿Y si es para siempre? ¿Y si tengo que ir en silla de ruedas el resto de mi vida? ¿Y si no puedo ir a Barcelona porque no puedo quedarme solo?

— Barcelona no se negocia, Mario. — Beso su mejilla con sumo cuidado — . Por eso, si necesitas mi ayuda, la aceptas. Haremos lo que sea — susurro a su oído — . Mario, si del ictus, lo más grave que te ha provocado es que vayas con muletas un tiempo, doy gracias a no sé qué ángel de la guarda que está salvándote el trasero para que sigamos haciendo planes juntos. Te mereces ser feliz, adonis.

— No siento del todo mis piernas.

— Podrás hacerlo.

— ¿Y si no vuelvo a andar?

— Lo conseguirás, estoy segura.

— Me prometes que, si no vuelvo a andar, tú...

— Yo estaré contigo, pase lo que pase.
— ¿Y si pierdes tu libertad por mi culpa?
— Eso no va a pasar.

Mira sus piernas.

— ¿Sabes que cada día amo más lo mucho que encaja mi cabeza llena de confeti junto a tu cabeza cuadrada?

Miro la mesa auxiliar que tiene al lado. Parece que este susto le ha quitado el apetito. Ayer cenó todo y parecía haber recuperado sus ganas de salir de aquí.

— ¿Y si todo esto te ata demasiado, Lola?

— Mario, ¿tú no lo harías por mí? ¿No me ayudarías si yo tuviese problemas para volver a andar?

— Por ti lo haría todo.

— Entonces, por ti lucharé contra viento y marea. Esto... Mario... ¿No te gusta la comida?

— Es que no tenía con quién compartir la gelatina. Contigo... Yo... — Lloro desconsoladamente.

— Adonis, tranquilo.

Me intenta abrazar, lo más que le permiten los cables. El cuerpo le tiembla bajo mis palmas. Está aterrado.

— No me perdería comer gelatina contigo, por nada en el mundo. — Lo abrazo con fuerza — . Lloro, Mario. Son tus piernas, ¡cómo no vas a cagarte de miedo al ver que no responden!

— Ha sido horrible — sollozo.

— Vas a poder hacer deporte de nuevo. ¡Conducir!

— ¿Cómo?

— Siendo obediente con el fisioterapeuta. — Beso su frente — . ¿Quieres saber lo que te he traído de Barcelona para animarte? — Me separo del abrazo para que vea mi espléndida sonrisa — . No hay nada que nos impida hacer planes juntos. Solo tenemos que echarle imaginación, coraje y superación.

— Sí. — Traga en gordo todo el llanto aferrado a su garganta.

— Es una tontería, pero...

— ¿Qué es? — pronuncia entre los pequeños espasmos al respirar.

Me hago con mi mochila y me dirijo a la mesa donde está la bandeja de comida. La posiciono justo delante de él.

— Veamos si te gusta el plan. Antes de subir al tren, he comprado algunas cositas, en Sants.

Reposo la bandeja sobre una silla que hay al lado de la cama. Saco de dentro de la bolsa un mantel individual de color verde manzana y lo coloco encima de la mesa hasta cubrir por completo la superficie.

— Lola. — Lloro más al intuir mi sorpresa.

— He traído más cositas. Espera, espera.

Saco de la bolsa unos cubiertos de plástico de color plata y los sirvo como si fuese el camarero de un lujoso restaurante. Luego, un par de velas a pilas. Enciendo el botón para que Mario contemple la luz cálida que desprenden, y las dejo en el centro de la mesa.

— Sopa fría por aquí, un poquito de pan duro por allá, pollo soso... — Dispongo los envases de la bandeja de comida — . Te he traído una botella de agua de la marca que tomas en casa. — Le muestro el envase — . Es la grande, para que no tengas que pedir que las enfermeras

vayan a la máquina a por la que detestas. — La dejo justo a su lado — . Por último, un detalle especial para esta cena romántica.

Es incapaz de dejar de llorar, completamente emocionado.

Me escondo tras la cortina que divide la habitación. Me quito los pantalones vaqueros y la enorme sudadera. Debajo llevo el vestido que me he comprado en la estación de tren.

— Adonis, ¿cenamos? — Aparezco de detrás de la cortina con un vestido negro ceñido a mi cuerpo.

Al verme, Mario llora aún más.

— ¿Tan horrible estoy? Bueno, no me ha dado tiempo a depilarme las piernas.

— No, no, estás... — balbucea.

Tiene las mejillas de un rojo intenso, la cara empapada de lágrimas y mocos, y sus ojos apenas consiguen abrirse. Sus labios, entreabiertos, acaparan todo el aire que necesita para respirar con un poco de normalidad.

Busco un hueco en la cama, cerca de él.

— Estás preciosa — solloza mientras se seca la cara con la sábana — . Es un vestido...

— ¿Horrible?

— Estás muy guapa.

— Y tú muy sexy con esa bata de hospital que tiene el culo al descubierto. — Le guiño un ojo para provocarle.

Mario, que aún llora, suelta una carcajada entrecortada por la falta de aliento.

— ¿Sabes una cosa, adonis? No es el lugar el que te hace sentir vivo. Solo depende de nosotros.

— Gracias. — Sigue llorando al fijarse en la mesa puesta — . Por todo, Lola. Es increíble lo que has... — Mira la mesa con mis tonterías del bazar oriental — . Lo mucho que me quieres.

— Esto es para compartir. — Abro el envase de la gelatina de fresa que empezó a darle asco la otra noche. Detesta ese postre — . El tren estaba muy lleno. — Normalizo nuestra cena romántica, a pesar del horrible lugar — . Increíble la de gente que sube y baja de Madrid a Barcelona. Oh, ¡y he visto un par de actores de la televisión!

— ¿Quiénes? — Corta un trozo de pollo mientras me presta atención.

— No tengo ni idea, pero sus caras me sonaban muchísimo. Lo que pasa es que tenía la música a todo volumen y no he escuchado lo que hablaban.

Mastica el soso pollo a la plancha mientras espera que siga contándole mis tonterías.

— He creado una lista de Spotify que se llama «Te como la cara, adonis», para cuando vengo a verte — pronuncio entre risas. Consigo que escape una sonora carcajada — . He guardado canciones de los años ochenta, los noventa y los 2000.

— Cuéntame más. — Se lleva otro trozo de pollo a la boca.

— ¿Te acuerdas de la canción ‘Amanecer’ de Fresones rebeldes? — Asiente con entusiasmo — . La he estado escuchando en bucle. Cuando era una cría adoraba esa canción. ¿Te puedes creer que me he sentido una maldita adolescente?

Mario prepara otro bocado de su asquerosa comida mientras sonreímos y nos miramos con nuestra complicidad única.

— Guapo — susurro.

Me ofrece el bocado que ha preparado en el tenedor, sonriente.

— Tendrás hambre, Lola.

— Un poco sí, la verdad. — Abro la boca para invitarle a darme de comer. Me llevo el trozo

de pollo — . Suela de zapato a la plancha.

Mis gestos de la cara le causan gracia y escapa una sonora carcajada.

— Mario, ¿a qué película te recuerda esto? — Agito la gelatina de fresa sobre la cuchara de plástico, tratando de poner cara de auténtico pánico.

— A la niña del exorcista.

— No... ¡Mario! Si está clarísimo... Venga, inténtalo otra vez.

— Los Goonies.

— ¡No!

Recoloca los cubiertos encima de los platos, haciéndose el interesante al hacerme sufrir por su falta de inspiración.

Muevo aún más la gelatina sobre la cuchara y exagero mi cara de terror.

— Es Rocky — se burla.

— ¡Es Parque Jurásico, bobo!

— Devuélveme la gelatina y deja de imitar tan mal a Lex Murphy.

Abro la boca, asombrada.

— ¿Cómo coño te acuerdas del nombre de la nieta de Hammond?

Le robo el envase de la gelatina y la cuchara.

— ¿Crees que es difícil recordar eso si ves una película miles de veces?

Cuando voy a responderle, alguien golpea la puerta de la habitación e interrumpe nuestro momento. La enfermera del turno de noche se asoma por la puerta.

— Vengo a recoger la bandeja de comida y a deciros que se ha acabado el turno de visitas desde hace un rato. Lola, debes salir de la habitación.

— Oh, vaya... ¿Ya han pasado las dos horas? — Miro mi reloj.

— ¿De verdad se tiene que ir tan pronto?

— Lo lamento, Mario. Ya sabes que el doctor Salas le ha dejado más rato que al resto de familiares.

— Mañana vuelvo a la misma hora. No pasa nada. — Dejo paso a la enfermera — . Siento el desorden.

— No te preocupes. Bonito mantel — halaga mi sorpresa.

Estiro mi espalda y hago crujir mi cuello, agarrotada de la posición incómoda en la cama.

— Me encuentro mejor cuando estás aquí, pero no quiero que estés mal, Lola.

— No, no, es el asiento del tren. — Miento.

— Puedes quedarte en Barcelona, descansar y...

— De eso nada. Quiero verte.

— No quiero que enfermes por mí.

— Y yo no quiero que me dejes de besar. — Me quedo con el sabor a fresa que se ha quedado en sus labios — . Te amo, adonis. Tanto, tanto, tanto... — suplico — . Mañana estaré aquí para verte de nuevo.

— Lola, estás agotada. — Acaricia mis cabellos y pasa sus nudillos por mi mejilla.

— Quiero verte sonreír — susurro.

— ¿Seguro que estás bien?

— Perfectamente.

— Lola, no tienes que hacer que no pasa nada. — Acaricia mi mejilla; le cuesta alzar el brazo con firmeza — . Yo tampoco he estado bien y me has dicho que podía decirlo.

— Es solo que... ehm... he tenido una discusión muy fuerte con Pablo. Supongo que eso me ha dado una buena hostia emocional.

— ¿Por la campaña?

— En realidad, no ha sido por la campaña. Pablo quería que metiese la cabeza en una enorme caca de triceratops. — Ambos acompasamos la risa al recordar la escena de Parque Jurásico — . Se ha comido esa mierda de flores que...

— ¿Las lilas de Persia?

— ¡Esas! Joder, ¡la memoria que tienes! Mi cabeza me decía que eran petunias.

— ¿Qué te ha hecho ese gilipollas?

Acaricia mi mano.

— Supongo que Pablo siempre fue mala persona, pero no supe verlo a tiempo. Hoy ha sido muy cruel con mi trabajo y con nuestra relación. — Ladea la cabeza — . Gero le ha dicho que estamos juntos, que nos conocíamos de antes. Ha dicho que me has dado la campaña porque te he convencido follando. No con esas palabras, pero...

— ¡Qué! — Se tensa ante mí.

— Le he respondido, no te creas que me lo he comido con patatas.

— ¿Por qué ha hecho eso? — responde con evidente enfurecimiento.

— Mi madre tenía razón... Gero me mintió. No pensaba alejarse. Pablo ha entrado de lleno en el juego sucio de mi ex. Si ya era un cerdo, imagina con motivos absurdos en su mano.

— ¿Te está mol...?

— Cuando llego aquí — interrumpo — , y te veo, no pienso en todo lo malo que me ocurre el resto del día. Me da un subidón de adrenalina que no quiero dejar de tener. Voy a cambiarme de trabajo cuando acabe la fiesta, así que, Pablo no importa. Mamá se está encargando de Gero; le pedí que fuese más severa con la denuncia y que se encontrase con el lado feo de la abogada.

— ¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué denuncia?

— Perdón — interrumpe la enfermera mientras trastea con los platos y los restos de comida — . Seguid, seguid. Solo quiero despejar la mesa.

— Necesito otras cosas más emocionantes en mi vida, otros proyectos, salir de las manos de Pablo. Ivone me está abriendo nuevas puertas para empezar de nuevo. Sabes que organizar eventos se me da de puta madre.

— Lola, ¿Gero va a por ti?

— Sí, quiere hacerme daño. — Frunce el ceño, molesto — . Pero me siento con fuerzas para no dejarle volver a hacerme lo mismo otra vez. Créeme que estoy con la cabeza mucho más fría y no voy a dejarme pisar.

— ¿Ha sido muy grave? ¿Te ha insultado? Te ha...

— Pablo ha sido una cucaracha y Gero una rata de alcantarilla. Pero, me he quitado una enorme venda que me oprimía.

— Perdonad. — La enfermera sigue recogiendo mis trastos.

— Pablo no te merece, Lola. Gero debe pagar por lo que te ha hecho.

— Lo sé, lo sé. A veces cuesta ser consciente de algo así.

— Retiro la mesa — se disculpa la mujer.

— Debo irme, Mario. No quiero faltar a mi palabra con el doctor Salas. Es una gran persona y

me está cuidando mucho aquí en Madrid.

— ¿Vas a casa a descansar? — Asiento con la cabeza mientras le doy los cubiertos de plástico a la enfermera — . Es tu casa, ya lo sabes. Si necesitas una baja médica para alejarte de Pablo....

— No voy a darle ese placer. Quiero que me vea y se avergüence de su actitud. Pero, gracias por decirme que es mi casa y que puedo quedarme allí. Me siento más cómoda, la verdad.

— Ojalá pudiese estar contigo. Ojalá pudiese hacerte la cena y sentarnos juntos en el sofá.

— Queda muy poco, adonis. Muy poquito. Mañana voy al piso para la entrega de llaves. Voy a cambiar la cerradura.

— ¿Temes quedarte sola allí?

— Mañana voy con mi madre a ver que todo está bien. Si voy con ella, me sentiré reconfortada.

Beso sus labios, pasando por encima de las manos de la enfermera.

— Dejaré esto en tu cajón, Mario. — La mujer muestra las velas a pilas — . Así mañana podéis tener una cenita tan bonita.

— Tan bonita como mi cabeza de confeti — susurra mi adonis.

CAPÍTULO 8. UNA NUEVA VIDA

A pesar de mis temores sobre la recuperación total de mi dinero de la cuenta y los trámites para comprar la parte de la casa que le pertenece a Gero, mamá lo ha resuelto todo de manera tan sencilla que apenas puedo creer que esté de vuelta a mi casa.

— Huele a cerrado.

— Yo solo huelo a la comida para llevar, hija. ¡Tengo un hambre que no puedo con ella!

— ¿Por qué huele así la casa? ¿Siempre ha oído así?

— No lo recuerdo, la verdad. No veníamos mucho, hija. ¿Lo recuerdas?

Mamá lo ha arreglado todo con el abogado de Gero y ha pactado turnos para la firma con el notario. Ella es mi apoderada, así que no tendré que verle la cara a mi ex. Han llegado al acuerdo de cederme las llaves antes de que me aprueben la hipoteca para que pueda construir la vida que siempre quise.

— Siento la casa fría, mamá. No sé qué me pasa. — Me acaricio los brazos; un escalofrío me recorre todo el cuerpo y me castañean los dientes — . ¿Es cosa mía o hace frío?

— Entiendo lo que quieres decir. Por eso quería estar contigo cuando volvieras aquí.

— Las ventanas están cerradas. ¿Por qué hace frío?

— Eso es porque no es fácil ver esto como un verdadero hogar. No tiene nada que ver con que se acerque el frío invierno. La casa tiene mucho de Gero, aunque se haya llevado sus cosas.

Son los mismos metros cuadrados que han sido testigos de muchas peleas, lágrimas y faltas de respeto. No hay nada de color por ningún lado. Recuerdo la copa de vino rota contra el suelo el día que discutimos en esta misma cocina. Es como si pudiese escuchar todos esos cristales partiéndose en mil pedazos.

— ¿Qué es lo primero que vas a querer cambiar? — Me lee el pensamiento — . Te conozco bien, hija...

La nueva Lola vivirá en esta casa con otra actitud y otros recuerdos más bonitos. Siento la necesidad de pintar las paredes, cambiar los muebles, perfumar el ambiente... ¡usar la cocina!

— En unos días, olerá a comida casera. — Empiezo a entrar en calor.

— ¿Hablas en serio?

— ¿Tan raro te parece?

— Un poco.

— Estos días, te he estado ayudando mucho en casa.

Dejo los envases encima de la isla de la cocina. Mamá se apresura a sentarse en el taburete para comer.

— ¿Tú hablando de comida casera? ¿Doña abro un yogur y con eso ya he cenado? — Se ríe con la boca abierta — . ¿Ahora te gusta cocinar?

— Puede que sí.

— La última vez que dijiste que ibas a cocinar pediste una pizza y la recalentaste.
— Continúa riéndose sonoramente.

Le sirvo un vaso mientras ella ya ha abierto la lata de cerveza y le ha dado un trago a morro.

— Ahora hago yo misma la masa de la pizza. — Me sirvo la Coca-Cola mientras pienso en la

imagen de nosotros dos en Madrid eligiendo los ingredientes para la pizza perfecta — . Ahora, los viernes y sábados por la noche, Mario cocina y yo le hago de pinche. Estoy aprendiendo mucho a cortar las verduras para pocharlas. — Sonríe cuando ella abre los ojos — . Cocina tan rico... ¡Me encanta ir al supermercado con él y comprar los ingredientes para sus guisos!

— Oh, ¿sí? Eso sí que es una sorpresa.

— Me encanta verlo en los fogones, tan concentrado y meticoloso con las recetas. Y tiene unos delantales muy elegantes que le sientan de maravilla.

— ¿Con o sin ropa?

— ¡Mamá! — le regaña por meter sus narices en mi intimidad.

Se hace con el envase de la paella y no tarda en hincar el tenedor, gimiendo y disfrutando de su comida favorita.

— ¿Vas a darme los mejillones?

— Detesto esos pequeños bichos de mar. Lola, ayúdame con esto.

— Trae. — Cojo el único mejillón que la dependienta de la tienda de comida preparada le ha añadido.

— Mario y tú os merecéis todo — dice mientras se relame los labios manchados de comida — . Te veo tan feliz cuando hablas de él, de vosotros, de lo vuestro. — Desvía su mirada al montón de envases de comida — . ¿Vas a comerte las alitas de pollo?

— Obvio, mamá.

— Maldita sea — masculla — . Se me han antojado.

— Aquí tienes... — Le cedo el envase.

— Me lo reservo para después. — Vuelve a llenar el tenedor de arroz — . Hoy mando a tomar por el culo la dieta. He desayunado pavo con pan integral para compensar. Bueno, sigue contándome. ¿Qué más hace Mario con ese delantal?

— Compraré un altavoz para poner música salsa a todo volumen y bailar juntos mientras esperamos a que el horno haga su trabajo.

— ¿Mario baila salsa? Con lo tímido que era... Así que el chico se desenvuelve en el baile. Vaya, vaya...

— Los dos hemos cambiado mucho.

— Fíjate en ti, lo guapa que estás, hija. — Sonríe.

— ¿Sabes? Quiero que sienta que esto es nuestro. Él no tuvo jamás un verdadero hogar, mamá. Creo que también necesita un cambio. No ha tenido una vida fácil. Solo de pensar en la habitación que vi en Madrid... Se me rompe el corazón.

— Entiendo. Aunque, perdona que me entrometa, pero quizás debas intentar que no venga a Barcelona sin solucionarlo antes con su familia. Luego será más doloroso.

— No creo que Mario les perdone tan fácilmente.

— Lo sé, cariño. Ojalá hubiese calado a Carmen desde el principio. Mala bicha... Solo digo que no dejará de ser su madre. ¿Comprendes?

— No me apetece que vengan a casa por Navidad — lloriqueo — . Excepto su hermana y Peter.

— Sus padres no van a desaparecer de la faz de la tierra. No podéis evitarlos eternamente.

— No se han portado bien conmigo.

— Son personas que forman parte de su vida. En el fondo, creo que es bueno que cierre dolorosas heridas. No veo a Mario como alguien rencoroso y vengativo. Ese chico tiene un gran corazón.

— ¿Crees que debo mediar entre ellos? — Se encoge de hombros en respuesta. Es evidente — . Está bien, hablaré con ellos. Excepto con Javi. ¡Con ese no!

— ¿Qué tal si empiezas por su padre? ¿Acaso no vas a verlo después, en el hospital?

— No lo sé... ¿Mejor él que Carmen?

— De Carmen ya me ocuparé yo. Oye, ¿a qué hora viene el cerrajero, hija?

Miro mi reloj. Solo tengo la hora de la comida para solucionar esto. Pablo no sabe que me he escapado para mis asuntos personales.

— Espero que no llame al timbre cuando tenga las manos manchadas de gamba.

— Mamá — la regaño por devorar la comida.

— Me da igual mancharme las mangas. Llevaré el traje a la tintorería. Hoy pienso disfrutar de la vida, hija.

La observo mientras separa la cabeza del cuerpo de la gamba. Mi ex detestaba a mi madre y su excéntrica personalidad. Estaba dentro de su plan que me alejase de ellos. Lo peor de todo es que dejé que lo hiciese.

Mi suegra y mi cuñada siempre fueron de otra pasta. Ambas, muy distinguidas. Gero proviene de una familia acomodada. Ellas dos se encargaban de la casa mientras mi suegro hacía sus escapadas por trabajo. Siempre sospeché que ese señor tenía otra vida en paralelo y compensaba su ausencia con regalos caros para sus hijos y su esposa. Cuando falleció, mi suegra y mi cuñada asumieron el control de la vida de Gero en cuanto mi ex heredó la cuenta del difunto. Entre sus hilos estaba yo.

Mis padres y sus padres nunca tuvieron buena relación.

— Mamá, ¿crees que Gero va a dejarme en paz? Dime la verdad: si cambio la cerradura, ¿todo irá bien?

— Tendremos que ponerle difícil que quiera verte, hija. — Lame los bigotes de la gamba — . De ese modo, no irá a los tribunales. Obviamente, se ha equivocado mucho contigo.

— ¿Y si se presenta en la fiesta? Me da miedo quedarme bloqueada.

— No puede hacerlo. — Chupa la cabeza de la gamba — . Está firmado que el incumplimiento de esa cláusula lo lleva derecho a los tribunales.

— Te quiero. — Me lanzo a por ella y la abrazo con todas mis fuerzas.

Se deja hacer, frenando el impacto de mi cuerpo. Aspiro su olor; es su perfume de siempre. Así huele el baño todas las mañanas.

— Tengo mucha suerte con vosotros, mamá. No me dejéis nunca — suplico.

— Coño, a ver si te crees que tu padre y yo somos inmortales.

— Tienes la cara manchada de aceite — digo entre risas — . Gero detestaba estas cosas. Ponía cara de asco. Y mi suegra también. Ella cortaba las gambas con cuchillo y tenedor mientras tú chupabas las cabezas a dos manos.

— Pensé que era la cara de esa señora, permanentemente, no por mí — se burla.

La abrazo con fuerza y me hago con su calor. Ella me ha enseñado a tener un verdadero hogar.

— Mamá, creo que os echaba de menos. No me había dado cuenta hasta que ha empezado todo este lío y me he mudado con vosotros.

— No voy a dejar que Gerónimo se acerque a ti, ni directa, ni indirectamente, y te destruya más la vida. Te lo prometo, hija.

— Seré fuerte, como tú.

— De momento, ya estamos cambiando la cerradura y está por escrito que no puede haber

vinculación.

Suena el timbre del telefonillo.

— ¡El cerrajero! — Me aparto de ella — . ¡Mamá, mírate! ¡Te va a ver con la gamba en la boca!

— Te he dicho que el hijo de puta iba a venir justo cuando estuviese con la maldita cabeza. — Lame sus dedos llenos de aceite — . ¡Me cago en su estampa! ¡Era mi puto momento!

— Mamá, ¿por qué eres tan basta? — la regaña mientras le cedo una servilleta — . Eres tan mal hablada.

— Hazlo pasar mientras me hago con esta. — Me muestra la machacada cabeza del bicho — . Ven con mami... — Chupa sonoramente.

Narra Gerónimo

Le mando el mensaje a Lola: «Buenos días. Espero que te sientas cómodo en la casa. Sé que no puedo acercarme a ti, pero estoy dudando de si asistir o no a la fiesta que organizas. Quiero que sepas que, si voy, no es para hacerte daño, ponerte nerviosa o intentar recuperarte, sino porque es la oportunidad de conocer inversores que puedan impulsar mi negocio. Sí, me muero de ganas de verte, pero créeme si te digo que solo son negocios. Tenías razón y te miraba por encima del hombro, como si mi negocio fuese más importante que lo que tú haces como publicista. Espero que me perdones, con el paso del tiempo, por contarle la verdad a Pablo sobre nuestro divorcio. Pensé que él conocía los detalles de tu nueva vida con ese director de campaña. Siento haberte perdido por ser un estúpido engreído. A veces, creo que soy como mi padre. Me arrepiento todos los días de todo lo que te he hecho durante nuestro matrimonio. Papá era igual con mamá. Ojalá podamos vernos en la fiesta y hacer que no ha pasado nada malo entre nosotros. Te sigo queriendo, Lola. No me he quitado el anillo. No voy a olvidarme de ti. Sé que tú me sigues queriendo, a tu manera. Siempre tuyo. Gero».

— ¡Auch! — Me sobresalto al notar sus dientes — . Cuidado, Ari. ¡Joder!

Dejo caer el teléfono sobre el colchón de la cama al sentir el escozor de sus colmillos en mi polla. La chica se aparta de repente.

— Pensé que querías algo rapidito. Estabas muy entregado de camino al hotel.

— No. Aish... — me quejo al notar el hormigueo en el glande.

— En Tokio te gustó que jugásemos fuerte. ¿Acaso no te acuerdas de todas esas cerdadas? Todavía tengo algunas marcas en mi piel. Me recuerdan a esas noches de sexo duro.

— ¿Puedes chupármela sin parecer que estás merendando?

— Idiota — pronuncia entre risas.

Su húmeda boca acapara el largo de mi erección, brusca y sin control.

Echo de menos a esa mujer que me descontrolaba de verdad; Lola conseguía un efecto en mí que ninguna otra mujer ha logrado jamás. Ni siquiera la que me devora ahora mismo, me excita como me excitaba Lola.

— ¿Más? — balbucea con mi erección dentro de su boca.

— No hables, joder — mascullo — . Sigue... Calladita... — Llevo la almohada sobre su cabeza para no verla ni escucharla — . En 2 horas tengo una reunión con los accionistas. Necesito ir relajado — gimo — . Sigue...

Esas noches de las que habla fueron el sexo más bestia que jamás he tenido. Ari se dejaba golpear, arañar, morder, y eso me liberaba. No me importaba tratarla mal. Sangraba y volvía a golpearla.

Cuando me quedaba solo en la habitación, pensaba en mis ganas de abrazar a Lola. Lloraba todas las noches al sentir que la perdía, así que le pedía a Ari que volviese a mi habitación para que yo descargase toda mi furia, a golpes, mordiscos y arañazos.

Detestaba su cuerpo, pero, aun así, follaba con ella como un animal. La ahogaba hasta que se callaba por completo.

La culpa me pesaba más y era más duro con Ari, que se dejaba hacer, sin rechistar, cuando Lola me despreciaba por videollamada.

Lola no me hacía sentir así de sucio y ruin en la cama, como sí me hacía sentir Ari. Lola sí me conocía de verdad y me hacía sentir especial, poderoso y afortunado.

Cuando Lola estuvo en Madrid, invité a Ari a pasar alguna noche conmigo. Ella me pedía que fuese cruel. La echaba a patadas de la cama, pero volvía al día siguiente a por más. Cuando me enteré de que Lola volvía a casa, le cerré la puerta a la que ahora me da placer por supervivencia.

Lola es y será el amor de mi vida. Voy a arrebatárselo todo lo que ese cabrón se ha quedado y es mío.

Narra Mario

Y mi preciosa rubia entra por la puerta de la habitación.

— ¡Lola! — saludo con entusiasmo.

Sonríe para mí, pero no del mismo modo que siempre cuando entra en la habitación. Arrastra sus pies, camina en una pose decaída y apenas sujeta su mochila. Topo con su mirada, entrecerrada y entristecida.

— Hola, Mario.

Rodea la cama, acercándose por el lado derecho. La recibo con los brazos abiertos.

— ¿Has tenido un mal día, amor?

Besa mis labios, sin apenas energía.

— Algo así, adonis. Algo así.

— Lola, ve a casa a descansar. Estaré bien, te lo juro. Mírate, estás agotada. ¿Has cenado?

Busca un hueco entre la cama y mi cuerpo para poder estirarse en el colchón.

— Necesito estar aquí. No tengo hambre.

— ¿Qué te ha pasado?

— ¿Me dejas estar en la cama hasta que la enfermera me eche de aquí?

— Claro. Ven, te hago espacio. — Dejo que se acomode a mi lado — . ¿Estás bien así?

— Acaricio su mejilla mientras observo cómo afloja esa expresión de tristeza al notar el tacto de

mis dedos sobre su fría piel — . Descansa, mi confeti.

— ¿Me lees un trozo del libro? — Me mira desde su posición; esa carita me rompe por dentro — . Quiero escucharte hablar en italiano, como en casa.

Beso su frente. Al recibir el roce de mis labios, suspira en una muestra de alivio.

— Te quiero — susurro — . Nada malo va a pasarte aquí.

— Lo sé. Hm... Adonis, hueles muy bien — gime.

— Me he echado un poco del perfume que me regalaste.

— Mm... — Aspira mi olor y gime — . Es tan tú...

— Me lo he echado justo antes de que entrases por la puerta. Para ti. Dijiste que antes de ir a dormir rociabas la cama con el perfume, así que quise traerte un poco de la casa aquí.

— Me gusta. Mucho...

— ¿Quieres que esté en silencio para que puedas dormir?

— Quiero escucharte. Lee un poco. El perfume y tu voz combinan a la perfección.

Reposa su brazo sobre mi estómago.

Preparo el libro mientras ella se acomoda sobre mi torso.

— Margaret si era vestita per l'occasione — leo acunando la voz — . Questo uomo attraente che stava incontrando era il suo futuro marito. Nonostante quanto misterioso sembrasse, si innamorò di quello sguardo freddo e penetrante. Non sapevo cosa dire. Non so cosa fare. Era determinata a lasciarsi trasportare da quell'uomo bello.

— ¿Margaret?

— Ha quedado con un hombre misterioso.

Pero empiezan a pesarle los párpados y su respiración cada vez es más lenta. Su cuerpo empieza a destensarse.

— ¿Sigo?

— Sí.

— Non era mai stata con un uomo potente come Jacob. Ricco, con molte case e capo di molti ristoranti in città.

— Jacob.

— Es el mafioso.

— Mafioso — dice mientras bosteza.

Cierra los ojos mientras paso la página.

— ¿Ha sido Pablo?

— Es Gero. No me deja en paz.

Beso sus cabellos, suplicando por dentro que ese gilipollas no le haya hecho nada.

— Me ha escrito. Quiere ir a la fiesta de Cócó. Estoy harta de esto, de él, de que me persiga.

La aprieto contra mi cuerpo para que sienta que no voy a dejarla sola en esto. Me duele que ese malnacido le haga la vida imposible.

— Todo va a salir bien, tranquila. Verónica lo tiene bajo control. Has salido de todo eso y sabes que te apoyamos; no estás sola.

— Mamá se encarga — dice sin apenas fuerza en el timbre de voz.

Suspiro, aliviado, al saber que Verónica está frenando a ese capullo. Sé que no dejará que le toque ni un solo pelo. Siento impotencia por no poder encargarme personalmente de ese gilipollas.

— ¿Te estoy estirando de los cables?

— Estás perfecta.

— Lee un poquito más. Dime qué le pasa a Jacob... — Bosteza de nuevo.

La enfermera entra por la puerta. Le mando en un solo gesto que no haga ruido antes de que abra la boca.

— Oh, lo siento... — Detiene sus pasos — . No sabía que... — susurra mientras mira a Lola completamente dormida — . Madre mía, la pobre.

— ¿Puedes dejarla descansar un poquito más?

— Mario, se ha acabado la hora de visitas. Ha estado aquí dos horas, casi más de lo permitido.

— Dame solo quince minutos más, por favor. Está agotada.

— Se está haciendo unos viajes la chiquilla... Ya se conoce a medio hospital. — Se aguanta la risa para no despertarla.

— ¿Puedes recoger mi comida cuando acabes todas las otras habitaciones? Técnicamente, no estás incumpliendo nada.

— Está bien, zalamero... Tardo treinta minutos. Luego tiene que irse, ¿de acuerdo?

— Te lo prometo.

Lola se remueve en la cama para taparse con la sábana. Gruñe, como si tuviese frío, al no encontrar la tela. La enfermera se marcha con una tierna sonrisa en la cara mientras cubro a Lola con la sábana, cediéndole la parte que me tapaba a mí. Suspira, aliviada, al notar más calor.

— Eres preciosa — susurro antes de dejar un beso en sus cabellos.

— Los cables — balbucea — . Los cables.

Acaricio sus cabellos para que vuelva a relajarse.

— Está todo bien. Estoy bien — susurro.

— Hm...

Sonrío al ver que vuelve a dormirse plácidamente.

— Debí luchar más por ti cuando era un crío. Lo siento, lo siento, lo siento. No pude — susurro mientras acaricio sus cabellos — . No te mereces lo que te han hecho mis padres, Gero y Pablo. No pienso dejarte sola. Te quiero, te quiero, te quiero.

— Los cables — balbucea, profundamente dormida.

— Ojalá pudiese caminar y ocupar tu lugar cuando ese gilipollas de Gerónimo vaya a por ti.

CAPÍTULO 9. SOSTENERSE EN PIE

Narra Alexia

Lo han trasladado a la planta 1. Ha sido un gran alivio. Habitación 112; he estado memorizando este número desde que me subí al tren rumbo a Madrid.

He estado preocupada por su estado desde que Lola me dijo lo que le había ocurrido. Aquella noche no pude dormir; me mantuve despierta, temiendo recibir una llamada de Lola diciéndome que Mario no había sobrevivido. La sola idea de imaginarme una vida sin él me aterraba.

— ¡Alexia! — Mi mejor amiga me recibe en la puerta de la habitación — . ¿Por qué vienes tan guapa? Ese vestido es increíble. — Silba mientras me repasa con la mirada.

— ¿Y tú qué coño haces con un chándal?

— Idiota... — Se ríe a carcajadas — . Dame un beso y cállate.

— ¿Dónde cojones está el marciano?

— Entra, boba. Le dije que venías a visitarlo. Estaba emocionado. — Pero frena mis ansiados pasos al ver que llevo un regalo en la mano — . ¿Qué es eso? ¿Lo has envuelto tú? — Arruga la nariz al ver el destrozo que han hecho las niñas con el papel de regalo.

— ¡Deja de fisgonear! Aparta. — Le doy manotazos en cuanto intenta palpar el regalo — . Es para el marciano, no para ti.

— Me pondré celosa. — Palmea mi culo, divertida.

Al poner un pie en la habitación, me encuentro con la impactante imagen de Mario. Mi estómago se contrae al verlo sentado en la butaca, vestido con la típica ropa de hospital y una bata, con la barba ocupando parte de su rostro, y sus cabellos alborotados. Está más delgado, pero no imaginé que tanto.

— ¿Por qué siempre tienes que llamar la atención, marciano? Con lo del hospital te has pasado — bromeo al entrar.

Su rostro se ilumina al verme. Me muestra una enorme sonrisa.

— ¡Alexia! — exclama, extendiendo sus brazos para recibirme.

Lola me sigue con la mirada, sonriente ante el reencuentro. Mi mejor amiga toma un sorbo de su vasito de café, apoyada en la pared, sin darse cuenta de lo que pasa por mi cabeza al ver al hombre que ama. No puedo olvidar que ella está aquí; siempre estará cuando coincida con Mario. Me prometí a mí misma no dejar que notara que él significaba más que un simple amigo con el que me metía todos los días.

— ¿No te ha dicho Lola que he venido a hacer turismo? — Suelto el regalo encima de la cama — . No le mientas al pobre, Lolita.

— No irás a dejarme así toda la mañana. Se me cansarán los brazos — protesta Mario.

— Pensé que estabas haciendo ejercicios de yoga.

Aunque intento contenerme unos segundos más, finalmente me arrodillo ante él y acabo dejándome llevar por su sentido abrazo.

Lo abrazo con todas mis fuerzas, sintiendo su ternura y la calidez de su torso sobre mi mejilla. Sus manos a mi espalda me aprietan más y más, y por un instante, vendería mi alma al infierno si

así Mario pudiese ser eterno.

— Gracias por venir — susurra sobre mis cabellos.

— He dicho que he venido a hacer turismo, no a verte a ti, ¡feo!

Mario corta el abrazo y busca mi mirada. Se nota en sus ojos el mal trago que ha pasado. Aunque quizás ese brillo es la ilusión de tener con él a las personas que le quieren, sus ojos también reflejan miedo por su estado de salud. Siempre fue muy transparente; podía leerlo con facilidad.

— ¿Desde cuándo eres un cuatro ojos? ¿Qué son esas gafas de niño repelente?

— Solo me faltaba otro apodo más. — Juega con mi barbilla, moviendo mi cara con la presión de sus dedos — . Me alegro de verte, Mayol. Me han subido a planta, por fin, así que son muy buenas noticias.

— Me alegro mucho por ti, marciano.

Solo yo sé la cantidad de veces que me imaginé que no estaba enamorado de Lola, sino de alguien que en la sombra anhelaba alguien tan bueno como él. Me aferré a cualquier otro chico para intentar quitarme a ese canijo de la mente.

— ¿Qué estás mirando? — se burla al notar que me estoy fijando demasiado en su atractiva boca.

— Tienes restos de comida — miento.

— Imposible, aún no he comido.

— Pareces un náufrago.

No logro sonar tan divertida como otras veces. Estoy hecha un flan.

— Y tú siempre tan elegante, Mayol. — Besa mi mejilla.

Me pongo en pie y busco el regalo, alejándome de él.

— Toma. Es una muleta. — Le planto el paquete en la cara.

— Joder, Alexia. Eres única para dar sorpresas — se queja mi mejor amiga.

Nunca supo que la incomodidad me hace hacer y decir cosas estúpidas. Convertí eso en mi virtud y mi personalidad alocada.

— ¿Qué será? — canta Mario.

Me siento en la cama mirando cómo desenvuelve, muy lentamente, el papel de regalo. Muerdo mi labio inferior para esconder mi estúpida sonrisa al ver que quita el celo poco a poco, con mucho mimo. Siempre fue así: detallista, respetuoso con las cosas y muy metódico.

Me encantaba desordenarle la habitación para que se enfadase y acabásemos a hostias por el suelo. Él peleaba, yo me excitaba con el roce de su cuerpo. Mario era el niño bueno y yo la niña mala.

Lola decide sentarse a mi lado, apoyando su mejilla en mi hombro. Ella era la niña enamorada del niño bueno. Sin duda, era una mejor combinación.

— Mario, es una puta muleta, no una operación de amígdalas — bromeo — . ¡Quieres romper el papel!

— Alexia, es mi regalo.

— Pues si desvestes así a Lola, se te dormirá en la cama.

— ¡Oh! ¡Es hermosa! — Se emociona al ver el trabajo que ha hecho Valentina y María.

Revisa los detalles del collage que ha hecho la pequeña que ha cautivado la inteligencia de Mario. Ha estado días y días recortando dinosaurios para pegarlos al palo de la muleta.

— Es un regalo increíble — solloza mi mejor amiga.

— Valentina se ha pasado una semana pegando papelitos. Tiene pegamento por todos los

rincones de los dedos, la cabrona. Ya no sé cómo quitarle los restos.

— ¿Son diplodocus? — se sorprende Mario.

— Dijo que te parecían graciosos. ¿No es así?

— Sí — responde en un hilo de voz, completamente emocionado — . Es increíble.

— María es la de la purpurina. Esa es más fantasiosa. Otra que tiene brillo hasta en las pestañas. Tengo la casa hecha unos zorros por culpa de la dichosa muletita.

— En tu casa siempre hay purpurina — dice entre risas Lola.

Mario pasa sus dedos por encima de la explosión de colores que ha elegido mi pequeña cerebritito y la mandona de la otra.

— Alexia, no me esperaba esto. Joder... Es increíble.

— Mis hijas te tienen en un pedestal, marciano. Ahora no las defraudes. ¡Ni se te ocurra largarte otra vez!

— Es perfecta. Voy a ser la envidia de este hospital.

Y ese brillo en los ojos le queda increíble. A veces, con las cosas más absurdas que le regalaba, se me quedaba mirando, ilusionado. Entonces, le daba una colleja para que dejase de atraparme de esa manera tan suya. Lo llamé supervivencia.

— Voy a estrenarla. — Se hace con ambas muletas, la de mis hijas y la del hospital. Se pone en pie — . ¿Qué tal? ¿La veis bien?

— Genial, adonis.

— Estás increíble, Mario. Esos diplodocus te quedan de maravilla.

— ¿No vas a insultarme? — pregunta entre risas.

Me mata verlo con esas muletas. Siento un dolor terrible al pensar que ha estado a punto de morir y que podría no haberme despedido de él. Ese junio supe que, en el fondo, el azar y la vida nos podrían hacer topar en una calle cualquiera, pero, con la llamada de Lola, pensé que perdía a Mario.

— Esto... Ehm... — titubeo — . Iré a buscar un café.

— Te acompaño — se apresura Lola, saltando de la cama.

— No, tranquila, quédate con Mario. Será solo un momentito. Me tomo un café y subo, ¿de acuerdo? Me vendrá bien despejarme un poco. Ehm... — Carraspeo. El llanto se impone con fuerza — . El viaje en tren me ha dejado algo aturdida.

— Pero ¿te encuentras bien?

Mario me observa, desubicada y sin poder mantenerle la mirada.

— Sí, claro.

Frunce el ceño y entrecierra los ojos. Lola mira a Mario, igual de desconcertada.

— Tranquilos — aclaro rápidamente.

— ¿Seguro? — cuestiona Mario. Sabe leerme como nadie.

— No me echéis de menos, ¿eh? Ehm... — Topo contra la cama al intentar huir de su mirada — . Meteos mano mientras yo no esté. — Escondo el dolor del golpe en mi rodilla.

— Bueno, aquí estaremos, entonces.

— Sí, Lolita. Seguid probando las... bueno... las... — Señalo las muletas.

Me marchó antes de que vuelvan a preguntarme.

Mario mira sus muletas y Lola se acerca a él para abrazarlo por la espalda, sonriente al encajar su cuerpo con el de él. Esa imagen siempre fue la correcta. Lola se merece a alguien como Mario, que la ama tanto que hasta parece increíble que sea real.

Amo a Jesús, lo adoro, es el hombre de mi vida; Mario solo es el pasado hecho carne y hueso,

y será, con el tiempo, el mejor amigo que siempre debí tener y que merezco por haber hecho bien las cosas con Lola. Ella lo es todo para mí. Si pude controlar mi amor por Mario siendo una cría de dieciséis años, puedo hacerlo teniendo treinta. Es cuestión de honor a mi familia, a ellos y a mí misma.

CAPÍTULO 10. UTOPIÁ

Narra Lola

«Lola, todo va a salir de puta madre. Aunque no pueda estar allí contigo, apoyándote en Utopía, quiero que sepas que mi mente estará pensando en ti. Creo en tu magia; sé que puedes con lo que te propongas. Mi confeti, eres valiente, fuerte, lista y creativa. Creen ti. No escuches a Pablo, él no te conoce como te conocemos los demás; sigue tu instinto y actúa como te nazca. ¡Disfruta del éxito! Estaremos juntos para celebrarlo antes de lo que imaginas, te lo prometo. Te amo, Lola. ¡Con toda mi alma! Un abrazo enorme. Mario», releo el mensaje que me envió, esta mañana, para motivarme con lo que estoy a punto de hacer.

Mario se merecía ver el resultado. Ambos nos lo merecíamos después de todo lo que hemos pasado.

Todo el equipo está reunido en un círculo. Vestimos un traje de chaqueta negro, camisa blanca con motivos *pop art*, zapatos elegantes y cabellos perfectamente peinados.

Huelo el miedo de todos ellos, pero no siento que sea por los errores que cometeremos a lo largo de la noche, sino porque se sienten responsables con respecto al trabajo. Saben que hoy asumimos un reto en el que rodará mi cabeza si la fiesta no cumple las expectativas de los directivos de Cócó.

— Banda, hemos llegado hasta aquí tras muchos palos en las ruedas — comienzo el discurso — . Me habéis hecho sentir muy afortunada. En todas estas semanas de exigencias y desprecios por parte de Pablo, os he admirado cada minuto. Digan lo que digan, somos y seremos un gran equipo de trabajo. — Catalina es la primera en llorar — . Quiero que disfrutéis mucho de esta noche. Os merecéis cada victoria.

— Ha quedado precioso — nos halaga Ivone.

Maika y Quim sonríen; el resto me mira con los ojos humedecidos. Catalina se seca las lágrimas e Ivone la abraza para consolarla.

— Os recordaré siempre, trabaje donde trabaje. — Eso hace que contengan la respiración y se tensen — . No creo que nadie puede sustituirnos, allá donde empieza una nueva aventura tras dar mis quince días.

— ¿Te vas del curro? — pregunta una estupefacta Maika.

— Pablo no se ha portado con el respeto que merezco, banda. No puedo seguir en un lugar donde no se valora mi esfuerzo y dedicación por la empresa.

— Llévanos contigo, jefa — suplica Mai.

— Ojalá pueda hacer eso algún día, mi arcoíris. ¿Verdad, Ivone?

— Estoy segura — responde ella — . Lola podrá ofreceros, a la larga, algo mejor que esto.

— Jefa, en el nuevo trabajo, ¿también vas a hacer esos carteles? — se burla J.J, señalando el cartel de Helena modificado por nuestras manos.

— Siempre. — Sigo muy satisfecha con el resultado.

Llevo mi mano al centro del círculo; Catalina me sigue la corriente y coloca la suya encima de la mía. Ivone es la siguiente en arropar nuestras manos. Y así siguen el resto de la banda, hasta que noto la presión y la fuerza de todos los que han trabajado duro para lograr esta fiesta.

— Ivone, no dudes que eres parte de esta andrajosa familia — me burlo de su apodo — . Contigo hemos hecho los mejores proyectos. Hemos aprendido mucho de ti. En esta fiesta también está tu bella y alocada personalidad.

— Sois unos andrajosos maravillosos.

— ¡Esa Ivone! — grita Quim.

— ¡Te queremos Ivone! — le sigue Maika.

Los demás aplauden y silban para vitorear a mi amiga.

— ¡Parad, cabrones! — pronuncia entre risas y con el rubor creciendo en sus mejillas — . ¡Me vais a hacer llorar!

— Quedan incluidas en mis órdenes todos los «Por favor», los «Gracias» y los «Perdón» que no podré pronunciar durante toda la noche. ¿Entendido, equipo?

— ¿Abrimos las puertas, entonces? — nos anima Ivone — . ¿Estamos preparados para sudar como cerdos? ¿Para tener que poner en remojo nuestros pies llenos de heridas, en cuanto lleguemos a casa?

— Tranquilos, tengo un botiquín preparado para esas heridas — advierte mi previsora Catalina — . Estará junto al barman — pronuncia entre risas.

En un gesto de complicidad, alzamos las manos al mismo tiempo, acompañado de un grito de euforia. Un aplauso final cierra el que será mi último discurso como *Project manager* de Imagine solutions.

— ¡Todo el mundo a sus puestos! — grito mientras los empujo para que empiecen a corretear por Utopía — . ¡Vamos! ¡15 minutos para que entren los invitados! ¡No os durmáis, banda! ¡A trabajar sea dicho!

Mai se espera a mi lado para recibir órdenes.

— Encárgate de las caravanas, mi arcoíris.

— Sí, jefa.

— Cat, quiero que los invitados no se acumulen en la sala principal.

— Perfecto, Lola.

— En cuanto a la música, — activo el intercomunicador — , tiene que estar sonando *synthpop* cuando entren los invitados. — Miro a mi alrededor para buscar a J.J — . ¿Está fuera el DJ?

— Jefa, está acabando una boda y viene hacia aquí.

— ¡J.J!

— Lo sé, lo sé, jefa. Por lo visto la novia ha entrado tarde y...

— ¡Vamos, llámale y aprieta para que venga ya! J.J... — mascullo.

— Deja que le llame yo, Lola — se ofrece Catalina — . Lo pongo en la carretera ya mismo. Este no me conoce a mí. ¡Le pagamos por la urgencia!

— J.J, dice Cat que se encarga — advierto por el intercomunicador.

— ¡Oído!

— Cat, ¿qué pasa con el servicio de cáterin?

— ¿DJ o cáterin? — demanda prioridades.

— Yo me encargo del cáterin, Lola — ayuda Mai — . Hablo con ellos. Averiguaré donde están.

— ¡Dime si están llegando ya a Utopía! ¡Necesito que todo esté en orden! — grito para que me escuche mientras salgo corriendo hacia la Sala de los encantos.

— ¡Sí! — responden al unísono Catalina y Mai.

Entro en la zona de recepción de invitados. Quim y Maika se están posicionando.

— Sonrisas, cogéis el abrigo con cuidado y dais numerito para la recogida de sus pertenencias. — Señalo los enormes burros con perchas — . Y, vigilando todo hasta que cerremos esta estancia. Catalina tiene mucha experiencia, así que estará con vosotros cuando haya gran volumen de trabajo.

— Hecho, Lola — responde Quim.

— Si se os va de las manos, usáis el intercomunicador y mando refuerzos. No quiero ni un solo enfado.

— Jefa, todo controlado — me asegura Maika.

— Chicos, tiene que salir bien. — Miro mi reloj — . Nada de muestras de nerviosismo, ¿de acuerdo? La línea de campaña no es el miedo en vuestras caras. — Señalo sus rostros.

— Voy a repasar la lista de invitados — propone Maika al darse cuenta de que está nerviosa.

— ¿Tenemos cara de miedo?

— De terror — bromeo — . Pero yo también, Quim. Estoy cagadita.

— Saldrá ¿bien? — titubea el chico.

— Pablo recibirá a los de Cócó — evito decirle que no tengo una respuesta clara sobre eso — . He quedado con Manuel que me llamaría para avisarme de que están aquí.

Aparece Ivone en la Sala de los encantos, apresurada.

— Lolita.

— Id encendiendo todas las lámparas — ordeno para atender a Ivone — . Dime, cielo.

— Está todo manga por hombro.

— Tú y yo vamos a estar mano a mano en la sala central. Atenderemos todos los líos desde allí.

— La subasta ya está acabando.

— He llevado unas botellas de champán y los canapés de la mejor pastelería de la ciudad para que se entretengan. La mujer de Pablo se encarga de esos ricachones mientras nosotros movemos hilos aquí. Bajarán cuando haya el mejor ambiente.

— De acuerdo. Me pareció que...

— Ojalá Mario pudiese ver esto. — Observo las luces de las lámparas. Son preciosas.

— ¿Viene tu chico? — pregunta entusiasmada.

— No, pero lo siento aquí conmigo. — Sonrío al pensar en su mensaje — . Mañana voy a Madrid y le ayudaré a recoger todas sus cosas. Pasado mañana estará conmigo en casa. Estoy deseando escuchar sus llaves en el cerrojo.

— Lola, estoy muy feliz por ti. Te mereces esta vida. Has luchado mucho, nena. Seguro que él estaría muy orgulloso de lo que has conseguido en tan poco tiempo. Esto es una puta locura, Lolita. Imposible, hubiese dicho hace unos días.

— Le encantaría esto. Utopía es brutal. — Suspiro, enamorada de la Sala de los encantos — .

Aunque, con lo perfeccionista que es, créeme que no sobreviviría a un solo error. Por prescripción médica no puede volver al trabajo, así que, evitaremos el desastre. — Suspiro, aliviada. Esto le remataría — . Además, estará su ex Helenita, que lo mataría doblemente. Mario tiene que estar tranquilo y en paz. Nada de problemas durante un tiempo. Y de eso me encargaré, personalmente.

— Tengo ganas de verle la cara a esa mala bicha de Helena — responde con un tono malicioso y una sonrisa traviesa.

— Tendrás el gusto de verla en 1 hora. Observa su lengua viperina.

— Eso no me disgusta — gime — . He estado con chicas con lenguas majestuosas — se burla.

— Esta te envenenaría, cielo.

Catalina aparece ante nosotras, sin apenas aliento.

— Tráfico. Tráfico. — Hace aspavientos con las manos.

— Cat, ¿qué dices? — Ivone palmea su espalda para que respire con normalidad.

— Mai dice que ha habido un accidente grave en la carretera. — Toma grandes bocanadas de aire para recuperar el aliento — . Hay un tapón en la entrada a Barcelona. El cáterin llega tarde. Calculan 1 hora.

— ¡No me jodas! — Me llevo las manos a la cabeza.

— ¡Madre mía! Nada más empezar... ¡Por qué! — se lamenta Ivone.

— ¿Qué hacemos? — pregunta una histérica Catalina — . ¿Me pongo yo a cocinar?

— ¡Me cago en todo! Piensa, Lola. Piensa — me obligo a calmarme — . Joder..., maldita escaleta... Podemos, no sé..., adelantar el espectáculo audiovisual de J.J y luego que sigan los oompaa loompas. Estaban invitados a cenar, así que giro los planes.

— Mal, Lolita. Mal — me frena Ivone — . Si los invitados ya estarán hambrientos a las once, imagínate a las doce.

— ¿Qué hay de los bombones? — cuestiona Catalina.

— No es suficiente. Tiene razón Ivone. Dios... — lloriqueo dándome golpes en la frente con la carpeta de la escaleta.

— Las *food trucks* no llegan hasta dentro de 2 horas y son platos dulces — aclara mi mano derecha.

Mis piernas flaquean y un hormigueo se apodera de mi cabeza. Estoy entrando en pánico. Imagino las caras largas de los invitados y los de Cócó decepcionados con mi compromiso de levantar la campaña.

— Hay que darles algo de comer o empezarán a beber sin parar — insiste Ivone — . Ya sabes lo que ocurre, nena.

— Ay... — me lamento.

— Lolita, mucho alcohol y nada en el estómago, transformará la Sala de las constelaciones en la Sala de los vómitos. ¿Comprendes a lo que me refiero? — Asiento a sus palabras — . Piensa en frío. Respira. Vamos... — Tomo aire por la nariz y lo suelto por la boca. Catalina me imita para ayudarme, como un reflejo en un espejo — . Eso es... Calma... Deja que la Lola que conozco salga de una vez por todas. Toma una decisión clara.

Ivone señala la escaleta en la que tanto hemos trabajado. Llega el momento de no ser impulsiva e insegura. De lo contrario, me pasará el resto de la fiesta descoordinada y con el equipo dando tumbos. Como si tuviese entre manos un libro de visión 3D con el que me entretenía cuando era pequeña, la escaleta empieza a reestructurarse ante mis ojos y a cobrar otro

sentido. Mi lado creativo dibuja a esas personas en las salas de Utopía, disfrutando de una propuesta que pasa por jugar con el entretenimiento, la satisfacción y las ganas de socializar.

— ¿Encargamos pizzas? No sé... — propone Catalina.

— No, es algo mucho más sencillo. — Levanto la mirada de la escaleta.

— No esperaba menos de la chica que muerde los tapones de los rotuladores — se burla Ivone — . Suéltalo.

— ¿Te gustan las palomitas? — La miro, sonriéndole.

— Oh, ya... — Intuye mis intenciones. Me devuelve el gesto de satisfacción.

— Hay un cine justo cerca de aquí. — Le guiño un ojo.

— Es buena idea. Eso llena y encaja con un buen cóctel.

— ¿De qué coño habláis? — pregunta una inquieta Catalina.

— ¿Qué tal unas palomitas antes de empezar, Cat?

— ¿En serio? ¿Palomitas? Pues... Pues... ¡Sí, claro! — Aplaude — . ¡Coño, no lo había pensado! Nadie ha dicho que no pueda ser un aperitivo decente.

— Barcelona ha sido escenario de muchas películas — sigo combatiendo mis miedos con soluciones.

— Y vendrán actores y actrices — canta Ivone.

— Id con la furgoneta al cine — le doy indicaciones a Catalina — . Que os pongan quilos y quilos de palomitas saladas y de colores, y las traéis aquí. Quiero palomitas hasta los topes del maletero. Cat, sácame de esta, por favor.

— ¡Sí, de puta madre! — Alza los brazos, victoriosa.

— Déjame calcular el número de bolsitas que tenemos. — Repaso la organización del equipo de cáterin — . Tenemos una caja de más del estampado de las bocas y otra caja de más del estampado de las baldosas hidráulicas. Eso son... doscientas bolsas... máximo.

— Son muchos más invitados — me advierte Catalina.

— Yo he traído ensaladeras de más por si se rompía alguna — aclara Ivone.

— ¿Cuántas de más, cielo?

— Unas cuatro.

— Tráelas — ordena Catalina — . Yo me encargo de que haya palomitas por toda la sala y repartiremos las bolsitas de papel con el resto de las palomitas.

— ¡De puta madre! — me animo a seguir con esta maldita aventura.

— ¿Trasladamos todas las ensaladeras a la sala principal? — propone Ivone — . Bombones y palomitas en la misma zona. Despejamos la recepción y que coman tranquilos, con música de fondo.

— Perfecto — apruebo esa idea.

— Nos encargamos ella y yo, Lola. Ve a organizar al resto del equipo — propone Catalina.

Gran parte de los invitados invaden la sala central. Están rodeados de unas preciosas plantas de interior en grandes macetas envejecidas. La música *synthpop* arropa las conversaciones y risas de los invitados, que se divierten con su primera copa. El barman tiene órdenes de ir lento sirviendo para que ninguno llegue borracho al espectáculo audiovisual.

— Jefa. — Quim me habla por el intercomunicador — . Tengo ya las palomitas. No sabes cómo huele la furgoneta — dice entre risas.

— Ese olor se llama «supervivencia».

— ¿Entramos con el kit de supervivencia?

— ¿Mai? — pregunto.

— Sí — responde por el intercomunicador.

— Montad las doscientas bolsas y meted más palomitas en las ensaladeras. Lo entráis y lo dejáis, disimuladamente, por donde Ivone y Catalina os digan.

— Perfecto — responde Mai.

— Oído, dejo entrar a más — responde Maika.

— Vamos con veinte minutos de retraso en la nueva escaleta. Podría ser peor, Lola — me alivio a mí misma.

Mi mano derecha se escabulle por entre los invitados. Ordena disimuladamente al equipo para que los invitados no noten que cunde el pánico.

Pablo se acerca con esos andares de tipo asquerosamente poderoso.

— Lola, los de Cócó están fuera.

— Manuel no me ha llamado. — Reviso mi teléfono.

— No los hagas esperar en la calle.

— ¿Cómo sabes que están aquí? — No tengo ni una sola notificación de Manuel.

— Helena me ha llamado.

Ha elegido bando.

— Te espero aquí, Pablo.

— Ve tú a recibirlos. Como comprenderás, soy el gerente de la empresa, no la portera.

Saluda a un invitado que pasa por delante de nosotros, muy sonriente, como si no me estuviese pisoteando la cabeza.

— Eso no es lo que habíamos quedado. Tú ibas a por ellos y yo me sumaba al saludo.

— Eso era antes.

— ¿Antes de qué?

— De los cambios propuestos por Recursos Humanos.

— Pablo, debo estar pendiente de los detalles. ¡Tengo la escaleta girada! ¿Comprendes? No pienso salir a buscar a los directivos de Cócó y dejar esto sin supervisión mientras mantengo una conversación que te toca a ti — respondo de mala gana.

— Se trata de cumplir con tus funciones.

— Mis funciones acaban a las cinco de la tarde. Llevo trabajando desde las cinco de la mañana, y son las diez de la noche, Pablo.

— Recursos Humanos, gracias a tu querida invitación, me ha dejado claro que mi rol es ser el gerente, y eso hago. Delego funciones que no me corresponden.

— Eso no es delegar, jefe; eso es escurrir el bulto.

— Hasta el momento he tenido que trabajar en mis funciones y en las tuyas, así que reconozco que hice mal. — Se lleva la mano al pecho en un gesto de exagerada disculpa — .

Lamento, Lola, que tengas que ejercer de *Project manager*.

— Y ahora me toca preguntar a mí: ¿vas a faltarme al respeto delante de los invitados?

— Arqueo una ceja y me cruzo de brazos ante él — . ¿Delante de los directivos de Cócó? Es por irme preparando, gerente — nombro con retintín.

— Saluda a Helena como se merece — me recuerda mi mayor pesadilla en un tono soberbio y altivo — . Creo que tenéis que poneros al día sobre vuestro bien común.

— ¿Perdona?

— No hablo de Mario Vila Font; me refiero al cartel que hay justo ahí. — Señala nuestra obra de arte — . A ver cómo sales de esta, Lola. Mis disculpas ya las ha recibido, personalmente. Es encantadora. — Sonríe de lado.

— Pablo, ¿y ahora crees que soy tan creativa como para hacer algo así?

— Me pregunto si eso lo has hecho en mis oficinas. Si fuese así...

— Eso sería muy ruin, ¿no crees? — interrumpo sus acusaciones — . En tus condominios — me burlo de sus aires de grandeza — . Tendrás que averiguar de dónde ha salido esa obra de arte.

— Más ruin es que no pueda invitar al emprendedor del momento, porque tú no sabes separar los negocios, de tu vida personal — me reprocha que Gero no haya podido pisar el espacio en el que yo esté — . Lamento que no hayas aprendido nada del mundo de la publicidad, Lola. No hay amigos, hay inversores, por todas partes. — Mira el cartel que hemos manipulado — . Ya lo aprenderás cuando te marches, ¿cierto? — Vuelve a mirarme; fulminante — . Espero tu carta de baja voluntaria, el lunes, sin falta.

Emprende camino hacia sus contactos.

No va a mover ni un solo dedo para esta fiesta, ni para lidiar con Helena. Me está llevando a los leones.

— Joder... — mascullo — . Hijo de puta... — Suspiro con fuerza para intentar buscar la calma.

Decido llamar a Manuel. Necesito saber si está fuera o es otra maniobra de Helena para pisarme la cabeza.

— Lola — responde de inmediato.

— ¿Estáis aquí?

— Sí. Justo iba a llamarte ahora mismo.

— Voy a recibiros, ¿de acuerdo?

— ¿Y Pablo?

— Tiene asuntos más importantes que atender. Helena y él se han hecho carne y hueso. Cuidado.

— Te espero en la puerta. Yo me encargo de Pablo — me advierte.

Cuelgo la llamada.

Pablo está pendiente de mis pasos, a pesar de aparentar estar escuchando la conversación de uno de sus inversores. Sé que quiere que acabe arrodillándome ante él y le pida ayuda para llevar este desastre. Le gustaría verme suplicar y humillarme ante sus invitados.

Helena ha sido la única que ha evitado estrecharme la mano. Sus aires de grandeza me han dejado en mal lugar delante de los directivos de Cócó. Manuel ha salido en mi ayuda con un comentario perspicaz que ha aligerado la tensión entre nosotras.

Lo que no sabía ella, es que yo iba a ponerme a su altura al traspasar la puerta. Las muestras que había diseñado Publicontrol tienen un lugar privilegiado en la sala central; la señora de las perlas se ha reconvertido en una mujer con mechones de colores vivos, labios de un bello morado y sus ojos perfilados en negro. El fondo combina palabras e imágenes de estilo contemporáneo. Las perlas cobijan las letras de “sin ataduras”, en color rojo. Los brazos de la mujer ahora son tatuados en tinta azul, con motivos geométricos.

Es el mejor *visual art* que he hecho en mi carrera.

— No me imaginaba algo tan impactante — dice Sergio, asombrado con el resultado.

— Es muy Warhol — le sigue Mamen.

Helena está completamente horrorizada. Su aleteo en la nariz, sus dientes apretados y su fulminante mirada hablan sin necesidad de que pronuncie palabra.

— Podría estar expuesto en cualquier museo de arte — responde Manuel.

El de finanzas se acerca a los gerentes y charla con ellos. Estos asienten, observando el cartel.

Mientras, los invitados se hacen fotos al lado del collage *pop art*, fascinados con el trabajo que hemos logrado.

— ¿Puedo quedármelo para el salón? — susurra Mamen.

— Todo tuyo.

— Mario no estaba equivocado contigo. Tienes una magia especial.

— Mamen, yo...

— Todos sabemos lo que ha pasado. Tranquila, a Sergio y a mí nos tienes de tu parte.

Cruzamos miradas de complicidad.

— Veo tu huella en ese cartel. Enhorabuena.

Mamen vuelve al lado de Sergio para disimular ante Helena.

— Por favor, haceros con un aperitivo y unas copas. — Señalo el barman — . La comida y el espectáculo audiovisual empezará en unos minutos. Ese cartel nos ha inspirado.

Los gerentes, Mamen, Sergio y Manuel se acercan a la barra. Le pido al barman que los atienda de inmediato.

Helena se acerca a mí; hincha pecho, alza su mentón y su mirada es aún más directa. Mario tenía razón, su perfume es arrollador.

— Es de la autoría del fotógrafo que yo misma contraté. Le he enviado tu diseño. Te llamará su abogado.

— Nos lo encontramos así en las calles del peor barrio de Barcelona — miento — . Manuel fue muy amable mandándome el original, pero la torpeza de mi equipo fue destruirlo en el contenedor equivocado. Por lo visto, los macarras rebuscan en la basura — parafraseo sus propias descalificaciones sobre mi trabajo.

— ¿Crees que no sé lo que pretendes?

— Pretendo empapelar Barcelona con una maravillosa campaña, Helena. Para eso me pagan.

Los gerentes, Manuel, Mamen y Sergio ya tienen sus copas en la mano. Sonrío, ofreciéndoles mi mejor versión mientras Helena me mata con la mirada.

— Piensa las cosas antes de hacerlas, Lola.

— ¿Por qué crees que no lo hago?

— Acabas de sentenciar a Mario. También tengo macarras a mi servicio.

— Mario no tiene nada que ver con eso. — Señalo el maravilloso cartel.
Los de Cócó se acerca a nosotras.
— Mario hace tiempo que no sabe lo que hace — masculla.
— ¿Quieres una copa Helena? — Fuerzo mi amabilidad para que me escuche el grupo — .
Toma lo que quieras. Es tu fiesta, querida.
— Lola, los gerentes dicen que el diseño es muy original y llamativo — me halaga Manuel — . Les ha sorprendido, para bien. Vieron el resultado en Belfast, pero...
— Oh, ¿sí? — Observo de reojo a Helena — . Me pregunto quién es el artista barcelonés que lo ha hecho.
— Eso les he dicho. Barcelona tiene una magia especial — sigue Mamen.
Los gerentes contemplan el cartel mientras beben de sus copas. El contraste es fabuloso: sus perfectos trajes y de fondo una explosión de vivos colores.
— Lola, ¿cómo se le llama a este tipo de arte? — pregunta Sergio.
— *Contemporary art collage o visual art*.
— Me gusta — Se lleva la copa de balón a la boca mientras mira el cuadro por encima del borde del cristal.
Los invitados siguen haciéndose fotografías con el diseño. Ha causado más sensación de la que me esperaba. Casi más que la secuencia de las bocas, que es mi diseño en estado de calma. Eso que ha causado admiración es mi fuerza, mi empoderamiento y mi lucha por sobrevivir como mujer. Empecé esta campaña con un diseño complaciente, con esas bocas que me llevaron a querer cambiar mi vida, hasta que Pablo, Helena, Gero, la familia de Mario y la situación de Mario me han llevado a revelarme y decirle al mundo que he venido a ser yo misma y a no dejarme pisar.
— Estúpida — masculla la bicha mala.
Helena entra en el baño, golpeando la puerta con ambas palmas de las manos.
Manuel bebe de su copa para esconder su sonrisa de satisfacción. Mamen y Sergio, sin embargo, no la esconden.
— Os acompaño hasta Pablo. Por aquí, por favor. — Señalo el camino para que me sigan hasta ese gilipollas que me ha vendido al diablo.
— Sí, esperábamos que él nos recibiese — me reprocha Manuel.
Dejamos a Helena en el baño mientras los llevo hasta el mandamás, que los espera con una enorme y falsa sonrisa de satisfacción. Siento asco por el tipo que acaba de creer que iba a caer en el lodo en las presentaciones.

Empieza el espectáculo.

— J.J., en 2 minutos — doy la orden por el intercomunicador.
— Saldrá bien. Tranquila. — Catalina sigue siendo el equilibrio en esta tormenta. Me agarra de la mano para darme fuerzas.
— Recibido, jefa — responde J.J.
— Eso espero, Cat. Pablo quiere que caiga.
— Están trabajando a un nivel muy alto. Cálmate. — Se fija en el temblor de mis dedos

sobre el botón del micrófono del intercomunicador — . Pablo se va a chupar su estúpida amenaza.

— Un minuto J.J.

— Todo listo — responde él.

— ¿Ivone?

— Lolita, tengo a los chicos amordazados en la Sala de las constelaciones. — Suelta una carcajada.

Los invitados no se percatan de los últimos detalles de los preparativos de J.J.

— Quim, treinta segundos para el apagón.

— Recibido.

— Me muero de ganas de verlo en directo. ¡Es muy emocionante! — Me zarandea Catalina.

Espero con la boca pegada al micrófono.

Pablo ha logrado desestabilizarme. Me ha humillado delante de los de Cócó cuando he hecho las presentaciones. Helena ha encontrado consuelo en las hirientes palabras de mi jefe. Manuel ha tenido que intervenir con su elegancia para poner fin a despedazarme delante de los directivos. Mamen y Sergio han cambiado de tema al ver que el cartel era su venganza contra mí.

—Dentro — ordeno.

— Lola, no pasa nada. Tranquila — susurra Catalina.

— Ojalá hubiese reaccionado mejor.

— Pablo jamás ataca cuando estás en guardia, cielo. Es experto en debilitar antes de morder.

Yo... Ehm...

— ¿Qué pasa Cat?

— Nunca te dije esto antes, pero... — Su voz tiembla, y al notarlo, busco su mirada y aparto mi atención de la fiesta — . Creo que ahora es el momento de hacerlo...

— ¿El qué?

— Cuando entré en la empresa, tenía veinticinco años.

— Cat, no es momento de batallitas — bromeo.

— Era la adjunta a dirección, es decir, la mano derecha de Pablo.

— ¿Cómo dices?

— Él también era bastante joven, impresionantemente guapo, decidido y seguro. Cuando lo vi por primera vez, mi corazón dio un vuelco. Recuerdo perfectamente el cruce de miradas en cuanto nos quedamos solos en el despacho en el que todavía dirige la empresa.

— No sabía que había pasado eso. Pensé que siempre habías sido administrativa del departamento.

— Con el tiempo, el coqueteo se volvió prácticamente inevitable al vernos. Me vestía para provocarlo, y lo lograba. Mucho. Pablo tragaba en gordo al verme entrar con la bandeja de café. Incluso me pedía cualquier tontería, solo para que entrara en su despacho y poder verme con esa ropa. — Alisa su pantalón. El recuerdo le hace sudar y ponerse nerviosa — . Comenzamos a tener fogosos encuentros en el despacho, bajo la excusa de tomar notas para el envío de cartas certificadas. Echaba el cerrojo y la pasión se desataba. Después, empezamos a vernos fuera del trabajo, en lujosos hoteles y viajes yo no podía pagar.

— Catalina — dudo de las intenciones de Pablo en cuanto imagino la escena.

— Fueron los días más felices de mi vida, Lola. Pero, de un día para el otro, sin más explicación, él comenzó a cambiar y a poner distancia entre nosotros. En las reuniones, se crecía y empezaba a tratarme como una mierda. Lloraba. Lloraba todo el tiempo. De repente, Pablo

anunció que se casaba con Sandra. Ni siquiera sabía que estaban juntos, Lola. Sigo pensando que, mientras estaba conmigo, estaba comprometido con ella. Nunca subí a su casa. Me llevaba a lugares de ensueño, pero nunca a su hogar. Tal vez Sandra estuviera allí, esperándolo.

— ¿Jefa? — pregunta J.J.

— Un segundo, un segundo — musito sobre el intercomunicador.

No puedo quitarle el ojo de encima a Catalina.

— Yo organicé la boda, Lola. Es que... Es tan duro... — Abro los ojos, estupefacta — . Recuerdo que hubo un momento, en la iglesia, que Pablo me miró desde el altar y, de algún modo, en su mirada, reconocí que me pedía perdón por el dolor que me estaba causando. Nadie se enteró de lo nuestro, jamás. Es la primera vez que se lo cuento a alguien, Lola. Ha sido tan duro mantenerlo en silencio.

— Joder... Cat...

— Me fui en pleno banquete, llorando, en un ataque de histeria. Al lunes siguiente, pedí trasladarme a tu sección. No podía verle más. Desde entonces, no nos hablábamos. Contadas veces, pero siempre con gente alrededor. Yo, de hecho, construí mi vida, con mi marido y mis hijos.

— Jefa, todo listo — insiste J.J.

— Un segundo más. Dame un segundo — suplico que espere.

— En el fondo, es difícil olvidar esos días con él. Y por eso ha ocurrido lo que ha ocurrido.

— Pero ¿sigues con él o...?

— El otro día, me mandó subir a su despacho, aparentando normalidad. ¿Te acuerdas?

— Sí, claro.

— Fui con mi bloc de notas, lista para anotar lo que iba a pedirme el gerente de la empresa. Quería que fuese el trato.

— Cat, no me jodas que... — suplico que no sea verdad lo que mi mente dibuja — . No me jodas que... — muscullo.

— Sí. Nada más entrar, él cerró la puerta del despacho y me acorraló contra la pared. Sí, nos besamos, ¡como si el mundo se acabase! Fue un encuentro apasionado, lleno de necesidad y desesperación. Hacía años que no me excitaba de ese modo.

Me cubro la boca con las manos y doy un paso hacia atrás.

— Me pedía perdón por el daño que me había hecho. — Se acerca con pasos cautelosos — . La esposa de Pablo sigue sin saber lo nuestro, Lola.

— Pero ¿pasó? ¿Me lo estás diciendo en serio?

— Me agarró de esa manera tan suya... que... que...

— Pero ¿y tú marido? — Niego con la cabeza, completamente aturdida con la confesión — . ¿Qué pasa con él? No estás bien, o... ¿Vas a divorciarte?

— A mi marido lo adoro, Lola. ¡Fue un error besarme con Pablo!

— ¿Por qué lo hiciste, entonces?

— Fue la despedida que necesitaba; darme cuenta de lo mucho que necesito poner fin a esto. Me confesó que era incapaz de olvidarme, pero mi cabeza hizo un *clic*. — Me muestra una amarga sonrisa — . Me marché de su despacho, sin responderle. Cerré la puerta y cambié mi mente. Yo quiero a Pablo, Lola... pero el señor Ramírez mató al que fue el mejor hombre que he conocido en mi vida. Yo no amo al señor Ramírez, ¿comprendes?

— Dios santo... — Me seco el sudor de la frente. Tengo taquicardias y mi respiración se acelera por momentos.

— No era altivo, ni presuntuoso, ni amargado, ni vengativo. Amo a Pablo, pero lo amo mal. No cambiaría nada de lo que tengo ahora para estar con él. Porque soy feliz con mi marido, Lola. ¡Tengo una familia estupenda y maravillosa!

— Cat, no sé qué decir.

— Me arrepiento tanto de habernos besado y magreado en el despacho; me siento sucia y utilizada.

— Cat, no digas eso.

— Creo que, entre sus planes estaba ponerme en contra de ti y que yo hablase bien de él a Recursos Humanos. Creo que buscó lo nuestro de forma interesada. Siempre lo hizo, no iba a ser diferente esta vez.

— ¿Por qué me lo dices ahora? En plena fiesta. — Señalo al montón de gente bailando, comiendo y bebiendo.

— Porque te admiro. — Traga en gordo para parar el llanto que se aferra a su garganta — . Ojalá yo hubiese podido plantarle cara como tú. Eres valiente y...

— Cat, con él no lo he sido. — La abrazo con fuerza — . No digas eso, cielo. Pablo es un hijo de puta. Lo ha sido con las dos.

— Me has hecho ver que necesito salir de sus garras — confiesa en un hilo de voz — . Necesito huir de él. Pablo, que no el señor Ramírez, me conoce y sabe mi punto débil. No quiero tirarlo todo por la borda, Lola. No me merezco este dolor.

— ¿Jefa? ¿Abortamos misión? — insiste J.J.

Me separo del abrazo de Catalina y vuelven nuestras miradas de complicidad. Las luces del local hacen que sus lágrimas acumuladas en sus ojos brillen más.

— Vamos a demostrarle que no lo necesitamos.

— Sí. — Suspira, aliviada.

—H agamos que esto valga la pena. — Asiente con la cabeza — . Te quiero, Cat.

— Y yo a ti, Lola. Espero que no estés decepcionada conmigo por esto.

— No, en absoluto. Los tipos como Pablo deberían pagar por lo que hacen. No te mereces que te trate así. Creo que ha utilizado su poder para hacerme daño y hacerte daño a ti.

— Mientras lo besaba, me olvidé de todo. Incluso de lo que había construido por mí misma. Hasta que hoy me has abierto los ojos por completo, Lola. Gracias. Gracias, gracias, gracias.

Le doy la mano y me recoloco a su lado. Aprieto con fuerza sus dedos para que sepa que no está sola.

— Vamos a darle una bofetada a Pablo, a nuestra manera.

— Sí. — Suspira sonoramente.

— Adelante, J.J. Hagamos historia — le advierto por el intercomunicador.

— Creía que habías dejado el trabajo, jefa — se burla.

— Luces — ordeno.

Se hace la oscuridad en la sala. La música para en seco. Los invitados escapan un grito de sorpresa.

— Ahora — le doy paso a J.J.

«Jamás pensé que el tiempo me pasaría tan rápido. Intenté alargar mis horas, mis minutos, mis segundos, pero volaron. Fue algo incontrolable; se escapó por completo de mis manos» narra la voz en *off*.

— Adoro la dobladora que hemos contratado — murmuro. Esa voz sensual retumba en la sala; es imponente — . Proyector — ordeno.

J.J proyecta las sombras de colores de unas palomas, volando por el local. El sonido del aleteo hace más real su presencia y deja boquiabiertos a los invitados.

— Voz — ordeno.

«Pasé parte de mi tiempo dudando demasiado, temiendo, siendo correcta y obediente, para no contar lo que fui, lo que soy de corazón cuando nadie me ve».

Los directivos de Cócó se dejan envolver por el aleteo de las palomas. Abren su boca, completamente alucinados con el bello efecto de la proyección. Las aves reposan sobre los paneles del falso invernadero.

— Dos segundos — guío a J.J.

Las palomas despliegan sus alas.

— Adelante — doy paso.

«El tiempo es el bien máspreciado. Nos desafía cuando intentamos ignorarlo, y rescata, a su antojo, todo lo que creíamos haber olvidado».

J.J proyecta la transición de las palomas cambiando su plumaje a unos colores más intensos y vivos. Es la explosión de *pop art* y estilo urbano de la campaña.

— Brutal — murmura Catalina.

— Dame más, J.J. Quiero ver a Pablo sudando colores.

— Sí — gime.

«No podemos volver atrás y ser aquellos que fuimos, y tampoco podemos vivir imaginando lo que podíamos haber sido».

Todos los invitados siguen el aleteo de una de las palomas, con colores negros y grises, girando sus cabezas al mismo tiempo que sobrevuela la sala. Se posa en la ventana de un edificio de estilo modernista.

— Dentro la dama de hielo — ordeno.

J.J proyecta a una mujer elegante y de avanzada edad entrando en una estancia lujosa. Viste un estilo Audrey Hepburn en Desayuno con diamantes. Se sienta delante de un tocador y desabrocha el collar de perlas. La escena cambia y el pájaro entra dentro de la habitación y se posa en el espejo de la mujer, donde se mira.

J.J ha logrado una animación espectacular.

— Este tío es...

— Ojalá le den algún día un premio por alguno de sus cortos — termina Catalina al ver que estoy embobada con algo que yo misma he aprobado y animado a diseñar. Es mi historia, pero J.J me ha dejado absorta.

La mujer estira su cara y observa sus arrugas. Suspira al dejar que su piel vuelva a su estado natural.

Se hace con una caja de Cócó mientras se descalza y sube sus pies sobre el tocador. La paloma reposa sobre las piernas de la mujer, pero a ella no le desagrada y elige uno de los bombones de la caja.

— ¿Es la del cartel?

— Sí, Cat. Es ella. ¿Qué te parece?

— A Helena se le van a caer las bragas — pronuncia entre risas.

La mujer saborea el bombón. Su imagen se desvanece y aparece una chica joven, al lado de un chico que hace girar una pelota de baloncesto mientras muerde su merienda de pan y chocolate. Ella viste ropa de deporte. Observa al joven, sonriente, mientras le limpia la comisura de los labios, que están manchados de chocolate. Se relame el dedo mientras esconde una tímida

sonrisa. El chico le devuelve el gesto, avergonzado por sus *brackets*. Ambos se dejan caer de espaldas, compartiendo carcajadas, y en la transición aparece de nuevo la mujer, jugando con el montón de perlas del collar que se han convertido en esferas de color anaranjado.

«Estamos basados en hecho reales, únicos e intransferibles, y nuestra mente los abraza cuando más cerca se siente la intención de olvidar. El recuerdo es el único que nos lleva a nuestro verdadero ser».

La mujer se deshace el moño del estirado peinado y deja que sus cabellos grises caigan por encima del respaldo de la silla. Agita su melena mientras se hace con otro bombón de la caja de Cócó.

— Lola, me está dando mucho sentimiento — dice una emocionada Catalina.

— Cat, no podemos dejar de ser quienes somos, pero sí decidir hacia dónde lo proyectamos. Tú misma lo has dicho.

El pájaro empieza a cubrirse de un estampado más vivo, colorido e impactante. Luce un plumaje con estilo *pop art*.

Mientras tanto, retumban los latidos del corazón, en la sala. La paloma aletea y muestra su colorido plumaje. La caja de Cócó cae al suelo, esparciendo los bombones por el suelo. Las pequeñas piezas de chocolate se proyectan sobre los pies de los invitados.

La paloma le lleva el único bombón que ha quedado en la caja. Ella le ofrece la palma de la mano para que lo deje. El pájaro vuela hacia la ventana de la habitación, observando a la mujer. Esta se lleva el bombón a la boca antes de quitarse la chaqueta que cubría la parte de arriba del vestido. En sus brazos y manos, aparecen unos tatuajes que cobran vida. Los observa mientras aún mastica el bombón. Sus brazos son la explosión de color. Se puede percibir en su piel el chico de la pelota de baloncesto, dos personas besándose apasionadamente, dos personas bebiendo una taza de café, un bebé acunado, entre otras escenas de vida.

— Universo.

— Proyectando, jefa.

El pájaro alza el vuelo y se marcha por la ventana. El aleteo por la sala vuelve a hacer que los invitados busquen a la paloma.

J.J le hace una señal al D.J para que haga los acordes *synthpop* pongan melodía a una nueva proyección. Los destellos de colores de las plumas que iluminan a los invitados, como si estas cayesen sobre ellos. El universo *pop art* hace que todos se miren su cuerpo y el cuerpo de los demás.

— Oh... Mira esto... — alucina Catalina mostrándome sus brazos cubiertos de imágenes en movimiento; similar a los tatuajes de la mujer — . Me encanta.

— Ivone, abrimos la Sala de las constelaciones en cuanto J.J termine la última escena.

— Vamos, Lolita — me anima por el intercomunicador.

«En Cócó hemos logrado que cada bombón cuente una historia única, que despierte emociones intransferibles y que lo más significativo sea tu vida. Queremos que puedas revivirlas a mordiscos. Recupera esos momentos únicos con sabor a pasado, presente y futuro, sintiéndonos a flor de piel».

— Dentro logo.

J.J proyecta la imagen corporativa de Cócó.

Un aplauso, silbidos y gritos invaden la sala. Me dejo llevar por la victoria. Me siento espléndida después de todo el trabajo junto al equipo. Ha costado demasiadas horas de mi vida que ese mensaje cale en personas como Helena, que pretenden transformar sin pensar en su

verdadera esencia; Mario es uno más de sus proyectos.

— Abre la Sala de las constelaciones, Ivone. Vamos a mostrarles Utopía.

— Bien, Lolita. Suena muy bien ese final.

— ¿Tú crees? — digo entre risas.

Los paneles se desplazan a cada lado para que los invitados puedan abrirse a nuevas experiencias. Algunos curiosos se abren paso a una nueva escenografía.

— Pablo te está mirando, Lola — me advierte Catalina — . Creo que quiere decirte algo.

— Me suda el coño lo que quiera. Eso de ahí, es mío, y lo voy a disfrutar. El próximo bombón, sabrá a esto. — Señalo la proyección mientras me hago con un bombón de la sopera — . No quiero que ningún bombón tenga el sabor del recuerdo de sus palabras o su mirada desaprobadora. — Mastico la pieza con ganas — . ¡A tomar por el culo su recuerdo! — baluceo mientras saboreo el que me había reservado para este momento.

— Mal hablada — dice entre risas.

— Oh, sí... — gimo al sentir que la pieza se deshace en mi boca — . Esto es para siempre.

Los contratiempos han ido acortando el tiempo de la escaleta. Afortunadamente, vamos tapando los vacíos con la comida del cáterin, que por fin han salido del dichoso atasco. Con las *food trucks* emanando ese maravilloso olor a chocolate, masa dulce, gofres y fruta, hemos logrado que todos los invitados estén llenando sus estómagos a su antojo.

A Pablo, que disfruta siendo el centro de atención en las fiestas, me ha pedido paso para hacer los honores. Subido al pequeño escenario de la zona ajardinada, espera en la tarima, micrófono en mano y un cóctel en la otra. Su esposa permanece detrás, vigilando de que no cometa alguna barbaridad fruto del alcohol que corre por sus venas. Todos conocemos la versión de Pablo en las cenas de empresa.

— Enamoraros ahora o callad para siempre — se burla Catalina antes de dar otro mordisco a su gofre con chocolate.

— Por favor, prestadme un minuto de atención — pide paso Pablo.

— ¿Por qué no los deja tranquilos? — protesta Maika.

— Porque sino, no sería Pablo — aclara Quim.

Pablo pide al DJ que baje la música para que los invitados le presten atención. El acople del micrófono molesta a los invitados, que protestan por el pitido perforando sus tímpanos. El DJ corre hacia el altavoz y toca el cable que va hacia el micrófono de Pablo.

— Vaya... — Se carcajea — . Perdonad. Perdonad.

— Se les ha bajado la borrachera — se queja J.J.

— Queridos invitados — comienza el anfitrión — . Gracias por vuestra atención. — Observa a los 421 invitados presentes — . Quiero expresar unas palabras en honor al acto benéfico de Cócó. Como sabéis, el dinero que se recauda esta noche va destinado a apoyar a las personas con fibromialgia, con el fin de generar cambios significativos en sus vidas. Investigación, recursos, actividades, ayudas médicas... Todo lo que podamos aportar para aliviar una dolencia que para muchos sigue siendo una gran desconocida. — Y deja una pausa para dar dramatismo al discurso — . En resumen, tenemos todos una responsabilidad moral de tender una

mano solidaria a las asociaciones que luchan en favor a los pacientes y sus familiares, quienes han visto transformadas sus vidas. — Su pausa obliga a recibir un aplauso.

— ¿Se lo has escrito tú? — balbucea Catalina con la boca llena de gofre.

— No, ha sido su esposa — aclaro.

— A menudo pasamos por alto muchas cosas que suceden en el mundo — continúa el líder con convicción — . Gracias a la subasta, Cócó y Imagine solutions han recaudado más de 20.000 euros. ¡Increíble, pero cierto! — Y un aplauso, silbidos y gritos, hace que mi jefe reciba con agrado la victoria. Muestra una sonrisa con alarde de superioridad — . Vuestra contribución es valiosa y marca la diferencia.

Aprovecha el aplauso de los invitados para alargar su mano e invitar a Sandra a ir con él.

— Oh, este momento — se queja Mai.

Sandra sonríe, haciéndose la remolona antes de quedar a la altura de Pablo. Primero rechaza la invitación, pero luego acepta y sube al escenario con su pose elegante.

— Agradecemos a Cócó por la confianza depositada en nuestra empresa. — Pablo retoma su discurso — . Ha sido un verdadero placer trabajar para vuestra firma. Especialmente, agradezco que nos hayan dado un magnífico trato durante la campaña. Barcelona está bella con esos carteles que invaden la ciudad. — Alza su copa a modo brindis hacia los directivos de Cócó. Los invitados aplauden, mirando a los capos de la empresa de chocolates — . Nos habéis mostrado vuestra humanidad a través del producto que fabricáis.

— ¿Qué dice? — cuestiona J.J.

— Y ahora... — Pablo mira a Sandra. Ella, pizpireta, niega con la cabeza, simulando un nerviosismo que no ha tenido jamás en ninguna fiesta — . Quiero hacer una especial mención a Sandra, mi querida esposa. Ella ha hecho esta fiesta. Sin ella, ningún detalle hubiese sido posible. Música, decoración, comida... Reservar esta maravilla de local. La mejor organizadora de eventos que Imagine solutions pueda tener.

— Pablo... Por favor... — Se ríe ella.

— Jefa. — Me abraza Mai.

— No es justo — mascula Ivone.

— Los que conocéis a Sandra saben que tiene un generoso corazón, una creatividad fascinante y que pone pasión en todo lo que hace — continúa Pablo con un tono emotivo — . A su lado, me doy cuenta de lo afortunado que soy. — Levanta su copa y pide un aplauso para su esposa.

Los invitados vitorean a la mujer que acompaña al empresario que antepuso su dinero a mi felicidad.

— Pablo sí que es maravilloso — pronuncia Sandra entre risas.

— Esta fiesta tiene tu sello, querida.

Y la imagen que tengo delante ha dejado de dolerme desde que discutí con Pablo en su despacho. Durante años, sé que un mínimo de gratitud hubiese salido de su boca, por lo de seguir explotándome y que podía ganarme mejores proyectos si trabajaba más duro que Mike. Sin embargo, he abierto los ojos y ya no voy a aceptar agradecimientos de nada. Nuestra complicidad se esfumó, o tal vez, como dijo, nunca existió.

— Jefa, ¿estás molesta?

— No, Quim.

— ¿Por qué no dice nada de nosotros? — insiste Mai.

Dirijo mi mirada hacia los directivos de Cócó. De manera casual, me encuentro con la mirada

de Manuel, quien está atento a mis movimientos. Él, mejor que nadie, comprende lo que nos ha costado llegar hasta aquí. Más aún con la mala actuación de Helena.

Manuel me hace un gesto con la mano y los directivos voltean hacia mí. Sonríen abiertamente y asienten con la cabeza, dejándome claro que han entendido quiénes son el motor de este evento y de toda la campaña de Barcelona y Madrid.

— Ivone, te toca descansar. Vamos dentro, te invito a una copa.

— Confieso que he tenido en mente asesinarte en más de una ocasión esta noche.

— ¿Cuántas?

— Unas mil veces, Lolita.

— Vamos, equipo. Tomemos una copa — les animo a dejar a Pablo con su discurso.

Dejan a su espalda a la persona que jamás los valoró como se merecen. Mi banda, aunque uniformados y muy correctos, recuperan su personalidad camino al barman. Nadie nos impedirá ser nosotros mismos: somos los que han hecho posible que una petición envenenada acabase siendo un cuento de hadas.

— ¡Cosmopolitan para mí! — grita Ivone, brazos alzados.

Siento que, cuando el lunes presente mi carta de dimisión a Recursos Humanos, habré cerrado una dolorosa etapa, para abrir una mucho más feliz.

— ¡Otro para mí! — pido con entusiasmo.

Son las cinco de la madrugada y mi adrenalina hasta los topes. Los resultados de Cóco me importan poco, lo que realmente me llena es la sensación de haber superado este reto.

Cuando el taxi me llevaba por las calles más importantes de Barcelona, he visto el cartel de la boca de Mario enmarcada, y ha sido la guinda del pastel.

— Por fin. Mi casita — gimo al poner la llave en la cerradura.

Nada más abrir la puerta, freno mis pasos al dar con una luz en el interior del piso. Pienso en el peor escenario del mundo, entre los que está Gero. Pero veo un papel en el suelo.

— ¿Qué coño...? — Me agacho y leo la frase que hay escrita: «Sigue el camino de rosas amarillas, Lola». Es la letra de Mario — . ¿Mario? ¿Hola? ¿Mario?

Abro la luz del recibidor y me encuentro un ramo de rosas amarillas. Son preciosas. Amo ese color en las flores.

— ¿Hola? — insisto.

— Soy yo, Lola. — Aparece, cojeando, en el recibidor.

— ¡Mario! ¡Qué coño haces aquí!

Entro a toda prisa, usando la adrenalina acumulada para llegar a él lo antes posible. Lanzo el bolso y las llaves para tener manos para él.

— Bienvenida a casa, mi cabeza de confeti. — Cuando voy a abrazarlo, deja una bandeja llena de comida en la consola del recibidor — . Pensé que vendrías con hambre después de la fiesta y... — Se encoge de hombros para quitarle importancia a lo que tengo delante: un racimo de uvas, croissant de chocolate, zumo de naranja, galletitas, tostadas con un bote de mermelada de fresa... — . También te prepararé un baño. Como no sabía a qué hora volvías, he ido calentando el agua. Oh, y también preparé café, pero está en la cocina.

— ¡Te como la puta cara! ¡Ven aquí! — Y sin más, lo beso con tantas ganas y tanta fuerza, que clava su muleta en el suelo para no caer de espaldas — . ¿Cuándo has llegado? — pregunto entre beso y beso.

— Alexia me ha ayudado a organizarlo. Me vino a buscar a Madrid, empaquetamos algunas de mis cosas y luego vinimos juntos en tren. Me ha traído hasta aquí en su coche. Le diste una copia de las llaves de casa, así que... — Vuelvo a besarle apasionadamente — . Me sentía horrible por no poder apoyarte en la fiesta. Me moría de ganas de saltarme las normas y ayudarte con todo el lío, pero, pensé en que Helena estaba allí y... Me han dado taquicardias solo de pensar en encontrármela de nuevo. Alexia me ha calmado.

— De Helena me he encargado yo. Se ha ido a media fiesta, cabreada conmigo. Creo que no le gustaron los detalles que tenía para ella. ¿Crees que me odiará aún más?

Y me fijo en su nuevo aspecto. Esa barba que cubre parte de su mandíbula, barbilla y labio superior... le sienta maravillosamente bien. Sus cabellos algo más largo le sientan increíble. Está más guapo que nunca.

— Vayamos a esa bañera de agua caliente. — Tomo la bandeja — . Te ayudaré a desnudarme y a desnudarte a ti. O a desayunarte, según se mire.

— Suena de maravilla — gime.

— Confieso que he bebido un poco. — Eso le causa gracia — . No descarto un café para despejarme. Voy algo achispada.

— Eso es que has celebrado tu victoria — dice entre risas — . Me alegro de que haya salido bien.

— Nuestra victoria, adonis. Esa fiesta también es tuya.

— ¿Eso crees *Project manager*? — bromea.

— Bonitas rosas amarillas, señor director.

— Te mereces todo, Lola. Te quiero. Tenía ganas de verte.

— Vamos a la bañera y me dices todo lo que me merezco — susurro sobre sus labios.

— ¿Sabes lo guapa que estás con este uniforme negro de *staff*?

— No lo mires tanto que me lo vas a quitar ahora mismo, adonis. Hazte a la idea de que aquí no necesitaré apenas ropa.

Mario presiona la empapada esponja sobre mi hombro derecho. El agua templada recorre mis brazos, mis pechos y parte de la nuca. El sonido del agua cayendo, es lo más maravilloso que escuché después de llegar agotada del trabajo.

Su torso a mi espalda y sus piernas me rodean a cada lado de mis caderas, me mantienen en calor. La poca espuma que queda empieza a dejar ver nuestros cuerpos desnudos, encajando a la perfección.

Cierro los ojos, relajada, dejándome llevar por el roce de sus dedos y la esponja por mi cuello, mi clavícula y mi hombro derecho.

Roza sus dedos por mi cintura, y aprieta la empapada esponja a la altura de mis pechos, dejando caer las gotas de agua.

— He pensado en ti todo el día — susurra.

— Y yo en ti, adonis.
— ¿Y sabes? Me gusta lo que veo.
— ¿Sí? — Sonrío de lado.
— Mucho. No puedo dejar de mirarte.
— ¿Quieres más?

Tomo impulso con los bordes de la bañera y me pongo en pie ante él. Dejo que sus ojos me contemplen de cuerpo entero. Su mirada busca mi sexo.

— Es justo lo que pretendía, Mario. Esa mirada es alucinante.
Sus manos suben por mis piernas, lentamente, recreándose en seguir mi figura.
— ¿Cómo voy a dejar de hacerlo?
— Hazlo, Mario. Cómeme.
— No podría detenerme viéndote así.
— Tenía tantas ganas de que estuvieses conmigo... — Acaricio mi pubis y gimo — . Hazlo.

Sí...

— Ven aquí — gime antes de enterrar su cara entre mis piernas.
Apoyo mis manos en la pared mientras Mario se cuela entre mis piernas.
Le abro paso, deseosa de recuperar nuestra pasión.

CAPÍTULO 11. UN DÍA EN FAMILIA

Aparece mamá, cargada con una enorme bandeja de lasaña.

— Ay, hija, no abrías. — Entra en casa, decidida.

— Mamá, se saluda al entrar.

— Mario, cariño. ¡Hola! — Topa con mi adonis en el recibidor. Besa su mejilla — . ¿Has dormido bien? ¿Está todo a tu gusto?

— Todo más que a mi gusto, Verónica.

— ¡Soy Vero! ¡Coño!

Mamá se apresura por el pasillo.

— Hija, ¿qué te parece? — Papá me muestra la botella de vino.

— Me encanta este vino.

— Sabía que me lo dirías. Iré sirviendo una copita para todos.

— Estoy segura de que... — Pasa de mis halagos y va directo hacia Mario.

— Chico, ya estás aquí. — Palmea la espalda de mi adonis, a modo de saludo.

— Parecía que nunca llegaba, Fernando. ¿Quién lo iba a decir? Solo he tardado catorce años.

— Nos alegramos mucho de tenerte aquí. Bienvenido a la familia. — Palmea de nuevo su espalda, emocionado.

— Gracias, en serio — responde tímidamente mi adonis.

Papá se va directo al pasillo que lleva a la cocina; busca a la mujer que porta la lasaña. Solo tiene que guiarse por los portazos de los armarios de la cocina y la vajilla chocando.

— A ver, ¡quitaros! — protesta Alexia. Va cargada con una bolsa llena de *tuppers*.

— ¿Cuánta comida has hecho?

— Somos muchos, niña. — Se dirige a Mario — . Me das mucho trabajo, marciano. Quédate para siempre, si puede ser.

— ¿Pudiste aparcar bien ayer? — pregunta Mario.

— ¿Lo dudas? Conduzco mejor que tú.

— ¡Me alegro de verte! — Se funden en un abrazo

— Mario — musita mi mejor amiga.

— ¿Cocinas bien? — se burla mi adonis.

— ¡Te arranco la piel a tiras como te comas todo lo que he traído!

— Me han abierto el apetito esta mañana. — Mario me mira con una sonrisa de lado.

Jesús y las niñas esperan su turno para saludar al recién llegado a Barcelona.

— Os echaba de menos. He pensado mucho en vosotras.

— Tía Lola. — Me abraza María.

Valentina se despega de su padre y mira la muleta de Mario, sorprendida al ver su regalo ayudando a equilibrar los pasos de mi adonis.

— Hola — saluda Mario.

Valentina se coloca al lado de él y acaricia los pedacitos de papel que ella misma pegó con esmero en la muleta.

— Es la muleta más bonita que he visto jamás — la halaga.

La pequeña artista le sonríe. El bueno del marido de Alexia entra en casa. Sé que lleva en la mano ese flan tan delicioso que prepara para las comidas y cenas especiales.

— Siempre serás mi favorito, Jesús — gimo al oler el envase — . Oh... canela de la buena....

— No hagas caso a Alexia. Hoy está muy alterada; se ha despertado a las cuatro de la mañana para cocinar.

— Alexia nació alterada, yerno — responde Karina — Algo hice mal durante el embarazo. Mario, por favor... ¡cuánto tiempo sin verte! — saluda a mi adonis — . Sigues revolucionando a mis dos niñas.

— Dejad el postre en la nevera — les invito a pasar.

Jesús le cede el paso a Karina.

— ¿Es tuya la sorpresa, Mario?

— Sí, pensé que te gustaría. — Le tiembla la voz, emocionado — . Todo esto es increíble. Me siento como nunca.

— Nos lo merecemos, Mario.

Narra Alexia

Mario se pone en pie, sosteniendo su copa champán en la mano. Se tambalea ligeramente sobre sus pies, pero logra mantener el equilibrio con ayuda de la mano de Lola.

Bajo la vista a mi servilleta, incómoda al tener a Lola enfrente.

— ¡Habla! ¡Vamos! ¡Haz el brindis! — lo anima Verónica.

Sé que no le gusta sentirse el centro de atención. Mario es distinto a todos los demás.

— Se me da muy mal esto.

— Mario, no pasa nada, somos nosotros — le anima Lola.

— Está bien. Pues... — Mario busca mi aprobación. Sus ojos se dirigen a los míos, que lo esperan de una forma distinta a la que él pueda imaginar — . Quiero hacer un agradecimiento especial. Todo esto no hubiese sido posible sin una persona que está aquí sentada. Muchas gracias, Alexia. — Todos los de la mesa sonríen al saber que soy la elegida del bienvenido — . Este brindis es por ti.

Lola, mamá, Jesús, Karina, Verónica y Fernando se levantan y alzan sus copas, invitándome al brindis que ha empezado el hombre que agita mi vida a una velocidad vertiginosa. Este homenaje no me lo merezco, no es justo, no es honesto. Me siento terrible.

— Alexia, nunca necesitaste una excusa para beber — me apremia Lola al ver que no muevo un solo músculo de mi cuerpo.

— Vamos, hija — protesta mamá.

Me pongo en pie intentando disimular mis enormes ganas de llorar.

— ¡Por Alexia! — grita Fer.

Mi sorbo solo sirve para bajar el nudo que tengo en la garganta.

— ¡Voy a por el puto postre! ¡Tanta ñoñería me da hambre! — Me escabullo del momento. Necesito huir — . Iré a la cocina y... bueno... os lo traigo.

Abandono el brindis a medias antes de que mi estado preocupe a las personas que más quiero y adoro. Hoy no me siento con fuerzas para enfrentar la verdad.

Al entrar en la cocina, me dejo caer sobre la isleta, cabeza baja y reprochándome a mí misma por no poder controlar estas inmensas ganas de estallar en un mar de lágrimas.

Entonces, la puerta de la cocina se abre ante mí.

— Alexia. — Mario se carcajea mientras cierra la puerta de la cocina — . ¿Sigues sin dejar que te veamos llorar?

Se acerca cojeando con su muleta. Estoy aterrada.

— ¿Puedes dejarme?

— Eh, Alexia..., ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

Frente a frente, me permito unos segundos para fijarme bien en esos ojos cargados de nuevas ilusiones.

— ¿Estás bien? — Inspecciona mi aspecto.

— No.

— ¿He hecho algo malo? ¿He dicho algo que te haya molestado?

Llevo mis manos a sus mejillas.

— No, no has hecho nada — musito.

— ¿Por qué lloras?

Sin que lo espere, acerco mi boca a la suya, para dejar un beso casto en sus labios. Al separarme, veo en la expresión de estupefacción.

— Acabas de... Tú... De... — tartamudea. Era un punto de ternura que excitaba.

— Lo siento. Todo esto es una mierda. Mario, creía que podía, pero no ha sido así.

— Me has... — Se toca los labios con la yema de los dedos, desconcertado — . ¿Es una broma? Como cuando éramos niños.

— Mario, estoy asustada. — Niego con la cabeza — . Jamás sentí tanto miedo por romper algo con mis propias manos. Me alegro de que al final lo hayáis conseguido, pero me está matando en vida. — Mis lágrimas caen por mis mejillas — . Mario, juro que os adoro con toda mi alma, y que esto no tendría que cambiar las cosas, pero... — Suspiro sonoramente — . Dame tiempo, ¿de acuerdo? Solo un poquito más de tiempo para hacerme a la idea de que no debes estar en mi cabeza.

— Alexia, no entiendo nada.

— Perdóname por hacerte esto. Justamente hoy.

— Pero ¿qué quieres decir? ¿Por qué estás diciendo eso?

— ¿Podrás guardarme este secreto? Por favor, Mario. No quiero perder a Lola. No quiero perder a Jesús, a las niñas... — sollozo.

— Alexia, ¿es un beso de verdad? Me lo has dado ¿de verdad?

— Te juro que me alegra tenerte aquí, pero no de la manera que te imaginabas. Ayer, en el coche, me di cuenta de que no tenía fuerza de voluntad.

— No lo entiendo. ¿Desde cuándo?

— Desde que nos presentó Lola, en realidad. — Seco las lágrimas de mi cara — . Antes de saber que estabas enamorado de ella, ya te quería, Mario. Lo de marciano, lo de reírme de ti, lo que hacer que no me importabas, era, en realidad, todo lo contrario, a lo que sentía por ti.

— Pero..., nunca...

— Puede que desaparezca unos días antes de Navidad. — Seco mis primeras lágrimas con el reverso de la mano mientras asimila mis palabras — . Así que necesito que me ayudes a que Lola no note que necesito ese tiempo para no pensar en ti. Es mejor que me aleje unos días hasta que recupere mi cordura.

— Alexia, no hagas eso. Ahora no — responde con desesperación. Me alejo de él — . Dijiste que todo estaba bien.

— ¿Y qué harías tú en mi lugar, Mario?

— No sé cuál es ese lugar — suplica respuestas. Sus ojos transmiten miedo.

— ¿Alguna vez has estado enamorado de tu mejor amiga, en silencio?

— Sí.

Me encojo de hombros y bajo la vista al suelo.

— ¿Crees que estás enamorada de mí?

Me hago con la bandeja de flan de Jesús.

— Bienvenido a Barcelona, Mario — respondo sin poder mirarle a los ojos.

— Tú eres mi familia, Alexia. No quiero que dejes de venir a casa de... de... de...

Preparo las cucharas y los platos, sin saber qué responderle. Esto es nuevo para mí. Cuando tenía quince años no me dolía tanto como ahora.

— Alexia, por favor, mírame...

— Es que no puedo, Mario. Me siento ridícula, ¿entiendes?

— Si algo te duele, lo afrontaremos juntos. ¡Dime lo que tengo que hacer!

— No puedes.

— Pídeme lo que quieras, pero no te alejes, por favor.

— Dame unos días para que me aclare.

— ¿Te servirá eso?

— No lo sé, pero debo intentarlo.

Dejo la bandeja y las cucharas sobre la isleta, y cubro mi cara con las palmas de las manos para llorar. Mario tira de mi muñeca, con tanta fuerza, que me hace aterrizar en su torso.

— Lo siento. De verdad, lo siento — sollozo aferrada a su camiseta.

— Alexia. — Busca mi mirada. Me obliga a encontrarme con sus ojos — . Si lo que te preocupa es que sepan algo, te prometo que será nuestro secreto hasta que creas que todo va a mejor. Yo...

— Vayamos fuera.

— Perdóname si he hecho algo que te haya confundido — suplica.

— Basta. — Lo aparto bruscamente y me seco las lágrimas que empapan mis mejillas — . Basta — me regaño a mí misma.

— Alexia, por favor.

— Mario, hay cosas que para mi mala suerte no tienen explicación. ¡Los sentimientos no siempre son putas cosas racionales! — Me hago con la bandeja y los cubiertos, y le doy la espalda — . Esto ya lo he vivido antes. El problema es que me ha cogido con la guardia baja. Ya no somos unos críos. Todos tenemos responsabilidades y obligaciones. ¿Comprendes?

Salgo de la cocina a toda prisa. Dejo a mi espalda al chico canijo al que quise y querré.

— ¡Aquí está el mejor postre del mundo! — anuncio nada más llegar al salón — . Maldito marciano... ¡Me ha hecho llorar con el puto brindis! ¡Dejad de mirarme así, coño!

— Mamá, ¿estás llorando? — pregunta Valentina.

— Son lágrimas bonitas, hija. — Miento ante los demás.

Mario entra en el salón. Acaba por sentarse al lado de Lola. Esquivo encontrarme con sus ojos mientras corto el flan de mi marido.

— ¿Quieres que te ayude a repartir? — se ofrece Jesús.

— Gracias, amor. — Me dejo caer en el asiento, abatida — . A mi Fer dale el plato con el pedazo más grande.

— Alexia Mayol — se burla mi amiga.

— ¿A ti qué coño te pasa? — le sigo la burla.

— Jesús, ¿lleva pasas? — Vero se hace con una y se la muestra.

— Es una nueva receta.

— A Alexia no le gustan las pasas — le advierte la madre de mi mejor amiga.

— ¿No te gustan las pasas?

— No, cariño. No me gustan — respondo sin ánimo.

— ¡Feliz Navidad! — grita María.

Fernando comienza a cantar un villancico. Vero le sigue la letra, Jesús aplaude, las niñas golpean la mesa y Lola se carcajea de la escena, mientras Mario y yo nos miramos.

Nadie debe saber que esto ha pasado. Todavía siento sus mullidos labios sobre los míos.

— ¡Alexia! — grita Fernando.

— ¡Canta bien, coño! — Me pongo en pie. De un solo trago, me bebo la copa de champán — . ¡Mi burrito sabanero, va camino de Belén!

Las risas vuelven a ser parte de mi rol en esta familia; el lugar que siempre me dieron ante las dificultades que hayamos pasado. Ellos ya son felices con esta nueva vida junto a Mario. Ahora me toca buscar mi lugar a su lado. Espero que sea lo más pronto posible.

— ¡Si me ven, si me ven...! — sigo cantando y bailando para animarlos a todos.

— ¡Voy camino de Belén! — canta mi mejor amiga.

Estos van a ser sus mejores años, cueste lo que me cueste.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerles a las personas que han llegado hasta aquí y han leído las tres entregas. Para mí, ha sido muy especial recibir tanto cariño por vuestra parte y escribirme lo mucho que os ha calado Mario y Lola.

Estoy deseando volver con más historias. Amo escribir, me apasiona crear mundos de ficción y haceros llegar mensajes de superación con los que sentirse identificados (así puedo traer un pedacito de mi mundo profesional entre las páginas de mis libros).

Gracias, de todo corazón, por cuidar esta historia y regalarme estrellas y reseñas. Agradezco vuestro tiempo y vuestro amor por la lectura.

Y, por último, quiero agradecerle al personaje de Alexia que me haya brindado un final tan impactante. Creo que hay muchas "Alexias" por el mundo, sufriendo en silencio solo por poner en la balanza qué le importa por encima de ella misma. Por eso, quise hacerle un libro propio, en honor a los buenos momentos que me ha aportado en el hilo conductor de la trilogía Adonis.

Finalmente, pido disculpas si el libro necesita mejoras ortográficas o correcciones de estilo. Espero que se vea el esfuerzo por presentar algo de calidad, a pesar de mis carencias lingüísticas. Juro que he hecho lo mejor que sé. Lo he corregido con todo el cariño del mundo y sigo aprendiendo a darle más cariño a mis textos. ¡Tiempo al tiempo!